

La vida al fin y al cabo

Fernando García Lobo

LA VIDA AL FIN Y AL CABO

Fernando García Lobo

*Fue como una ligera brisa,
que acarició mi rostro.
Una cálida mañana de otoño,
lo volví a sentir.
Durante un breve instante,
efímero, me diste la vida.
Fue como una ligera brisa,
y sentí renacer.*

Para ti, que siempre confiaste en mí.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso del propietario del copyright. Todos los derechos reservados.

© Fernando García Lobo, 2016

ISBN: 978-1523251414

PRÓLOGO

Me pregunto a qué altura estoy en este momento. Nunca he sido muy hábil para calcular distancias. En realidad, nunca lo he sido para calcular nada. ¿Cuánto mide un edificio de viviendas de tres plantas? Esa pregunta, recuerdo que nos la hicimos un día, hace mucho tiempo, en una terraza de verano tomando unas cervezas. Aquellos amigos de entonces, hace tiempo que abandonaron mi compañía. Ley de vida. Recuerdo nuestras risas cuando un par contestamos: ¿cien metros? Cómo se notaba que no teníamos ni idea de arquitectura, y ni falta que nos hacía por entonces.

¿Cuántas personas pasan por nuestro lado a lo largo de nuestras vidas? Muchas. O no tantas. De todas se aprende algo, y ahora me pregunto qué les habré enseñado yo a todas y cada una de ellas. Espero que algo bueno. Poco, me temo, pero bueno.

Pero aquí donde estoy ahora, hay muchos más de tres pisos, eso lo sé seguro. Siento la ciudad a mis pies. Al alcance de mis manos. Desde aquí parece mucho más grande. Sí, definitivamente es una ciudad. Y ahora es mía. Estoy tan a gusto, que incluso he olvidado el motivo por el que estoy aquí arriba. Y me da igual. En este momento, todo me da igual... Cierro los ojos para sentir, sólo sentir, que, de momento, sigo aquí, aunque haya decidido probar a volar... Yo elijo el momento. Y éste es el mío.

El ruido de una ambulancia ahí abajo, me devuelve al presente. A la realidad. Un aire helado me recorre todo el cuerpo. Me doy cuenta de que voy en mangas de camisa, a pesar de ser invierno. Es curioso que, la valentía de hace apenas unos minutos, se haya esfumado. Así, de repente. Hace un momento, la idea de saltar al vacío, desde la azotea de este hotel, me parecía genial. No sólo la única opción, sino la más acertada. Pero ahora, aquí arriba en este edificio que no alcanzo a saber cuál es, me entran las dudas. Permítanme la posibilidad de

dudar al saber que me dispongo a hacer algo, que no tiene vuelta atrás, que una cosa es echarle valor a esto del suicidio, y otra muy distinta es hacerlo a lo loco.

Cómo ha cambiado mi vida esta última semana. La vida es esto, ¡pam! y todo cambia. En sólo una semana, la última semana...

PRIMERA PARTE: SEBASTIÁN

Bajé del autobús en la que creí que era mi parada. A pesar del frío, anduve unos metros con la chaqueta colgada del brazo, ajeno a todo lo que me rodeaba. Realmente, qué más daba el frío. Qué más daba todo. No podía quitarme de la cabeza la visita al médico, de hacía una hora. Todavía podía ver la cara de ese tipo, con su pose de hijo de puta, mirándome sin verme. Haciendo ver que me entendía. No entiendo el por qué de la pose que adopta esa gente, ¿nadie les ha dicho que utilizan el mismo uniforme que un charcutero? Si lo tuvieran más en cuenta, tal vez dejarían de hablar con ese tufo a trascendente.

—Lo siento señor Montes, lamento tener que decirle todo esto...

—Monjes.

—¿Perdón?

—Mi nombre es Monjes, Sebastián Monjes.

—Ah, si, si, perdone...

Aquel tipejo no sabía ni cómo me llamaba. Pero no le tembló la voz para soltarme, a bocajarro, la noticia. Síndrome de Stouhauer, o algo parecido...

—¿Oiga, y no será el tal Montes el que está bien jodido, y no yo? —tiré de fina ironía. No hay que dejar de ser uno mismo, ni en las peores situaciones.

Aquel hombre vestido de blanco me explicó, a grandes rasgos, que aquel síndrome, era la explicación a todos mis recientes dolores de cabeza y mis estimados mareos. Y lo hizo con una mezcla de falsa condolencia y franca satisfacción profesional, por haber dado con la tecla. Por haber averiguado al fin el enigma. Como un mecánico, que nos anuncia el motivo por el cual nuestro coche no arranca. Con una sutil diferencia: el coche no era tal, era yo; y el problema era el contrario, el riesgo a apagarme del todo.

El diagnóstico del doctor Morales, o Minerales no lo recuerdo bien, no era muy alentador. Me explicó con todo lujo de detalles el tratamiento de choque a seguir. No tendría ningún problema en exponerlo ahora mismo, pero me resulta del todo imposible. No le presté la más mínima atención. Dejé de pensar en

aquella consulta. En aquel hospital venido a menos. Ya no me importaba nada. No estaba allí. Estaba en mi niñez. De nuevo enfrentándome a los miedos a solas. Con la terrible certeza de que esta vez, tocaba perder. Por mucho que aquel señor me explicara las diversas posibilidades, estaba convencido de que no. No había nada que hacer. No veía el momento de largarme de allí. De despertar de aquella pesadilla. Esto no está ocurriendo, me dije. Sabía perfectamente que era un burdo intento de engañarme a mí mismo. Qué dura es la realidad... Hay momentos, los más, en los que una buena mentira abriga. Lo único que pude descifrar entre aquella colección de palabras y silencios, fue que había un tratamiento experimental. El doctor Morales entonces, fue más sincero todavía al indicarme que la esperanza de curación era escasa. Nula más bien. Pero merecía la pena intentarlo. Al menos para él, que parecía ligeramente inclinado a seguir con pruebas y más pruebas. Añadió que el tiempo corría en nuestra contra. Me hizo gracia que utilizara el plural, y me tranquilizó la certeza de que en realidad, el tiempo corre en contra de todos.

La cabeza me iba a estallar. Definitivamente aquel maldito síndrome iba ganando terreno. Durante el último mes, prueba tras prueba buscando la solución, había albergado la esperanza de que todos aquellos males, desaparecieran de la misma manera en la que llegaron: de la noche a la mañana. Todos tendemos a desear eso. Negamos el dolor esperando que desaparezca. Y lo peor es que, en ocasiones, lo conseguimos. Pero no siempre.

Caminaba con pasos pesados hacia mi casa, reflexionando sobre qué haría a partir de ese momento. Si valía la pena o no enfrentarse a nuevas pruebas, a nuevos tratamientos, a nuevas esperanzas... Todas encaminadas a fracasar. A sucumbir...

Me detuve un momento para contemplar un parque repleto de niños jugando. Ajenos a todo. Ajenos a mi realidad y a la de todos. Únicamente pendientes de lo suyo. ¡Qué envidia! Ojalá volviera a esa edad. A esa época dulce de la vida.

—¡Perdone, perdone!

Seguí caminando sin esperanza. Ahora más que nunca, sin prisa. Como queriendo retener esos pasos. Ya no quedaban muchos...

—Perdona...

Noté una mano sobre mi hombro y me giré por inercia. Ante mí había un rostro ligeramente conocido.

—Se te ha caído esto —me dijo, al tiempo que me tendía el sobre blanco del hospital. Sin decir palabra, lo cogí sin mirarlo.

—Gracias, eh, gracias —balbuceé con dificultad, más por la sorpresa que por otra cosa.

La rescatadora de mi maldito sobre, resultó ser Eva Losada, una antigua compañera de mis tiempos de EGB. ¿Cómo diablos lo llaman ahora? Cuánto ha llovido... A pesar del paso del tiempo, seguía teniendo la misma mirada burlona y sensual de entonces. Recuerdo que fue mi primer amor, aunque no estoy seguro de que a aquello que sentí entonces, se le pueda llamar amor. Tal vez no lo era, o lo era en su máxima expresión. Toda una vida intentando averiguarlo, y ahora que tal vez llegaba al final del viaje, me daba cuenta de que lo más importante no son ni las preguntas, ni las respuestas, ni nada parecido. Lo importante, es sentir la duda y tratar de resolverla. Cosa que yo, en la mayoría de las cosas verdaderamente importantes de la vida, no había hecho. Demasiadas dudas pendientes por resolver.

Le di las gracias y quedamos para tomar algo, algún día. Volví a mí mismo, al tirar de ironía. Le recalqué que mejor no dejarlo para muy tarde, broma que degusté en mi interior, al saber que sólo yo la entendía.

Al llegar a casa, más vacía y hueca que de costumbre, no sabía bien qué hacer. A pesar de las advertencias del maldito doctor, me pareció que lo obvio y natural en mi situación, era tomarme un buen copazo. Nunca he sido bebedor, hecho que no me ha impedido tener un pequeño arsenal alcohólico repartido en varios muebles de la cocina. Cualquiera cosa valía. ¿El whisky caduca? Torturándome con la bebida, como si no tuviera suficiente con lo mío, encendí el ordenador, y me dispuse a mirar, como si nada, mi correo y mi facebook. Nada destacable. En mi muro escribí un escueto “Putá Vida”. Fui a la ducha, intentando que el agua aclarara mis ideas.

¿Qué iba a hacer a partir de ese momento? Lo único que tenía claro, es que nada de pruebas. Eso no. Estaba harto. El doctor Morales, me había emplazado a pedir nuevamente hora para seguir con el tratamiento. Me di cuenta en ese momento, que al salir de su consulta, no lo había hecho. Simplemente salí, directamente a la calle, y a mi casa. Francamente, no me preocupaba.

Lo difícil de decidir era qué hacer con mi entorno. Familia y amigos. Decirlo o no decirlo. Ahorrarme escenas insoportables, lágrimas sinceras y condolencias dudosas. Ya lo decidiré mañana, pensé. Poco a poco. Sobre el trabajo no había problema. Hacía una semana que me habían despedido. Según mi jefe, o ex jefe, por una falta de respeto inaceptable. Buena manera de decirlo... Hartos de mis continuas ausencias, provocadas por las diferentes pruebas y los días de franca indisposición, mi jefe me soltó: Monjes, la empresa no puede seguir consintiendo este alto índice de absentismo suyo; a lo que yo, por mi parte, harto de mis propios problemas, le espeté: Señor Asensio, me la suda lo que crea su puta empresa. No pareció gustarle al bueno de Asensio mi franqueza. La ausencia total de disculpas, o arrepentimiento por mi parte, nos condujo

directamente a negociar una salida, lo más amistosa posible. A cambio de no airear ciertas cosas referentes a mi labor en “la casa”, el señor Asensio fue relativamente generoso en las duras negociaciones que mantuvimos sobre mi despido. Fueron tres largos minutos, en los que llegamos a un acuerdo que nos libraba al uno del otro. Llevaba años pensando en dejar ese trabajo. Y ese era tan buen momento como otro cualquiera. Recién salido de la ducha, me di cuenta de que aquél sería mi último trabajo. Menuda pena. Una vez seco, comprobé que tenía una notificación en el ordenador. Cuánto tiempo libre tienen algunos. Envidia. Facebook. Eva Losada. “¡No será para tanto!” No sabía ni que la tenía agregada...

¿Qué hacer con mi familia? De nuevo la pregunta. Decidí rápidamente que lo mejor era no decir nada. Otro trago. En nada me ayudaría soltar la bomba y, evidentemente, ningún favor les haría a ellos. Que se preocupen de sus asuntos, de sus problemas, que seguro que ya tenían suficientes. Mis padres, separados desde antes de casarse, vivían totalmente ajenos el uno del otro, y mucho más respecto a sus hijos. De mi hermano poco puedo decir. Es prácticamente nula la relación que mantenemos. Cada vez menos cordial. Una decisión menos.

“Si yo te contara...” Facebook. Eva Losada.

A la única persona que le contaría mi situación, llorando en su hombro, sabiendo que mis lágrimas no estarían solas, sería a mi abuelo. A él le podría expresar mis miedos, mis dudas, mis falsas esperanzas. Y sé que él, con su mezcla de ternura, sentido común y saber estar, me hablaría y me dejaría más tranquilo. No me daría una solución a mis problemas. Ni tan siquiera me hablaría de como afrontarlo. No daría consejos del tipo "yo haría...". No. No lo haría. Pero me transmitiría el privilegio de estar aquí y ahora. Y no pensar más allá. En abrazar este momento que, ahora te das cuenta Sebastián, es único. En esos momentos de soledad en mi casa, cerré los ojos y pensé en el abuelo Matías. En los veranos en el pueblo hace mucho tiempo... Mucho, y parecía que fue ayer...

Ir de vacaciones al pueblo, es como tener dos personalidades. Dos hogares. Dos patrias. Es el choque cultural que representa dejar la ciudad, y en el mismo día, llegar a un sitio conocido pero que vive a otra velocidad. De pequeño pasaba varios meses al año allí. Mis padres se despojaban así de la molesta carga de sus hijos. Y compartíamos la vida con los abuelos. Mi abuelo era un hombre tan analfabeto como sabio. La de cosas que puede aprender uno de la naturaleza, sólo basta con saber observar. A lo largo de mi vida, he descubierto la gran cantidad de cosas que nos enseñan fuera de ese entorno, que sirven de bien poco. Nunca llegues a viejo Sebastián, solía repetirme el abuelo entre calada y calada a su pitillo, siempre a punto de quemarle los labios. Para él, llegar a viejo era alcanzar una experiencia, una madurez, una sabiduría, que sólo servía para

molestar. Se sentía fuera de lugar. Sin voz ni voto. Nunca dejó de sonreír en los largos veranos que compartimos, y aunque severo como el peor de mis profesores de la época, recuerdo en él la verdadera devoción y admiración. Creo que me tenía ese afecto que tanto niegan las personas mayores a los niños. Tal vez esa tozudez en no expresar ese amor, fue el germen del carácter esquivo y poco dado a efusiones de mi santo padre... El caso es que, en aquella niñez y posterior adolescencia en el pueblo, con mi abuelo, llegué a ser lo que se dice feliz. A mi manera.

Pero en estos momentos a los que me refiero, no contaba con el apoyo de mi abuelo. A él ya no podía confesarle nada. Hacía algo más de diez años que había fallecido. Así, de repente. Sin recordarle un día enfermo, sin que nadie de los alrededores le hubiera visto fallar a su cita diaria con la partida de cartas, a su eterno vaso de vino y a esa colilla perenne que nunca se apagaba ni le llegaba a quemar los labios.

La pérdida del abuelo supuso un verdadero shock para mí. Fue la primera persona cercana de veras, a la que veía partir. La primera vez que la muerte, picaba directamente a la puerta de casa. Mi padre se encerró en sí mismo un poco más de la cuenta, lo cual era encerrarse mucho, y mi madre vivió todo aquello con una indiferencia que rozaba la desfachatez.

De mi hermano no recuerdo bien su actitud. Creo que por entonces no vivía con nosotros. Como buen esnob que era, y sigue siendo, estaba estudiando no sé qué carrera o curso en el extranjero. Creo que en Bélgica. O tal vez Holanda.

Lo que se llevó mi abuelo, por encima de todo, fue su voz. Su sonido. El ruidito que hacía al respirar. O los pasos pesados. La casa donde había pasado mis mejores veranos, se llenó de un silencio únicamente interrumpido por los suspiros de la abuela, caminando sin hacer ruido de un lado a otro de la casa siempre atareada. La abuela ejercía la figura de mujer totalmente sometida al marido. Tal vez era lo que se llevaba en su época. Nunca tenía una mala palabra para él. Nunca le regañaba con maldad y cuando quería que éste hiciera esto o aquello, le hablaba como quien lo hace con un niño, y bien podría haber conseguido que el viejo se alistara en el ejército si se lo hubiera pedido con ternura. Era conmovedor verlos juntos. Después de más de medio siglo, se seguían queriendo y respetando. Seguramente ver en otras personas lo que sabes que nunca tendrás, hace que ese algo cobre mayor relevancia.

No estoy muy seguro de que me hubiera dicho el abuelo en ese momento. Tal vez, que si no hay respuestas es que las preguntas no importan. Aunque le vaya el cuello en ello a uno. Tal vez... Tampoco merecía la pena perder el tiempo especulando en eso. Además, de tiempo precisamente no iba sobrado. Y aunque el

momento era propicio para dejarse llevar por momentos mejores, éste desde luego era de los peores, mejor no malgastarlo en pensamientos negativos...

2

Los rayos de luz se colaban a puñetazos por los huecos que dejaban las persianas. Millones de motas de polvo, revoloteaban a mi alrededor. Todas perfectamente alineadas. Una visión estupenda. Sobre todo, siendo la primera del día. Desde la cama. Con los ojos medio abiertos. Los párpados semi pegados. Aún costaba discernir si aquello era la primera imagen del día, o la última del sueño. Medio despierto y medio dormido a la vez. Lástima que como un fogonazo me vino el recuerdo. Iba a morir dentro de poco tiempo. Puta vida, con lo poético que había empezado el día. Tenía razón yo, y no Eva Losada con su ignorante y atrevido “no será tanto”... o algo así.

Eva Losada. Qué bueno haberla visto de nuevo. Tal vez si todo fuera diferente... Pero no. Todo era diferente. Un día normal para todo el mundo excepto para un desgraciado como yo. ¡Zas! Y Todo al carajo. Al maldito carajo.

El café últimamente me resultaba asqueroso. Pero por costumbre y tradición, no dejaba de tomarlo. Ciertamente, no sabría decir si ese cambio de gusto en el paladar, era consecuencia de mi enfermedad o simplemente de la fecha de caducidad del producto. ¿Han ido a mirar alguna vez la fecha de consumo preferente de algo, y está totalmente borrada? Pues eso. Tanto daba. Tomando aquello, decidí que lo mejor era aprovechar el tiempo que me quedaba, haciendo literalmente lo que me diera la gana. Disfrutarlo. Exprimirlo sin medida. Y para hacerlo más a mi estilo, sin sentido. Primera medida: bajar a desayunar al bar en pijama.

Las miradas curiosas de la parroquia reunida en el bar de debajo de casa, cesaron al tercer día de bajar en semejante vestimenta. Qué curiosa es la capacidad del ser humano para interpretar como normal lo habitual. Lo fácil que se asimilan las excentricidades de los vecinos. Durante la semana que desayuné en zapatillas y pijama, ninguno de los allí reunidos me preguntó si estaba bien. Hubiera sido lo deseado para alguien que realmente estuviera mal, o quisiera dar la nota, pero no era mi caso. Ni siquiera el camarero se molestó en saber mis motivos, únicamente mostraba cierta preocupación, al sospechar que aquel loco en pijama, tal vez fingiera lo que no era, para irse sin pagar. Lucía una estupenda cara de alivio cada vez que le pedía la cuenta. Y mucho más cuando veía como sacaba los euros. Sobra decir que yo me comportaba con educación y respeto, que una cosa es bajar a desayunar directamente desde la cama, sin hacer paradas

intermedias, y otra cosa muy diferente, es comportarse como si a uno no le importara en absoluto quedar como un estúpido.

Aquella chiquillada me duró sólo aquella semana. Luego me di cuenta de que no era divertido. Y volví a mi café, o lo que fuera, en casa. Con idéntica vestimenta. Que si no me vestía para bajar al bar, no lo iba a hacer para asistir solemnemente a mi propia cocina.

Después del experimento de bajar en pijama al bar, decidí entregarme de nuevo a la rutina. A no crear un personaje ridículo con mi misma piel. Había que ser espontáneo, y no lo estaba siendo.

Al volver a la rutina, los días se llenaron de una profunda soledad. Sin un trabajo, eso tampoco era un drama, sin amigos disponibles a quien llamar y con una familia huérfana de afecto, me vi en la esquelética compañía de mí mismo. Me resultó francamente sorprendente, y un punto divertido, que al final de todo iba a estar a mi propio lado. Iba a encontrar cobijo en mi soledad. El Sebas, ese que siempre acababa largándose en cuanto percibía un problema, ese que nunca se comprometió a nada que representara fijar una cita más allá de la próxima media hora, ese mismo, estaba aquí sentado a mi lado para ayudarme. Es de agradecer su noble gesto, que yo en su caso, de haber podido, me hubiera abandonado sin pensarlo dos veces. Pero aquí estaba, acompañado, pensando en todas las cosas que había hecho en mi vida para acabar, lindando los treinta, sin nadie a quien recurrir para rellenar los días más sombríos y largos de mi existencia. Los últimos.

Negar la realidad es algo que todos, más o menos, hacemos en nuestra vida de forma constante. Yo no soy una excepción a esa regla. De hecho, creo que no soy ninguna excepción a ninguna. El caso es que actué en los siguientes días, con una naturalidad tan asombrosa como ridícula. Sólo comprensible en un loco o en un tonto. Pero al menos, me servía para continuar levantándome por las mañanas y acostándome por las noches, cuando llegaba el cansancio que me impedía seguir despierto haciendo nada.

De ese no hacer nada, únicamente interrumpido por el continuo sonido del teléfono sonando una y otra vez, siempre las malditas llamadas desde el despacho de un hospital, me surgió la idea de hacer algo diferente. O mejor dicho, de dejarme llevar por algo nuevo. Una cosa llevó a la otra, y después de intercambiar varios mensajes por facebook, acepté la invitación un día de Eva Losada para tomar algo y ponerse al día, ella misma, de su propia vida. No parecía interesada en hablar de nada que no fuera la señora Losada. Yo tampoco estaba interesado en hablar de mí, con lo cual, la primera de las muchas citas que se sucedieron, fue un auténtico discurso sobre su vida. Calcado al que haría si pretendiera venderse a sí misma, en un mercado de esclavas, y yo fuera un

comprador excelente. Eso al menos pensé yo, en uno de mis desvaríos mientras pensaba en si pedirme otro café o largarme de allí. Sin más. Sin ni siquiera despedirme. Levantarme y simplemente caminar. Un comportamiento del todo natural, pero que por cuestiones morales está mal visto. Cosas del corsé de la educación que todo lo hace artificial. A ti te apetece largarte, pero te tienes que quedar allí sentado. Aquella primera vez junto a ella, no lo hice. Ni lo haría en las sucesivas. En lugar de dejarla allí plantada, empecé a pensar en lo extraordinaria que era aquella chica. No escuchaba lo que decía, pero me fijé en cómo lo hacía. Hablaba de unas vacaciones con una amiga, o un novio no recuerdo bien, a Menorca o tal vez Mallorca. Lo hacía con una sonrisa y un brillo en los ojos que te atrapaban. Imposible levantarse y marcharse sin lamentar verse a oscuras, privado de esa luz. Me di cuenta en ese instante de atención tardía, que a pesar de haberla tenido siempre idolatrada en el recuerdo, como siempre hacemos cuando la memoria real se desvanece, mis recuerdos se habían quedado cortos. Y no sólo a nivel físico. Concentrado ahora sí en lo que hasta ese momento era un monólogo, descubrí que a nivel intelectual, la Eva real le daba un buen repaso a mi Eva imaginaria.

De la historia de aquel antiguo novio mallorquín, o la del viaje con una amiga a Menorca tanto da, pasaba a otros temas como quien pasa hojas de un libro. Hasta que llegó el momento más temido para alguien cuya propia vida ha pasado de largo:

—Bueno, ¿y tú qué? ¿No me cuentas nada?

—Perdona, ¡pero tengo que ir al lavabo! Ahora te cuento...

—Sí, sí, claro...

Hay que reconocer que mi síndrome a veces me sacaba de algún apuro. Como en este momento al que he retrocedido. Mi remedio casero para los fuertes dolores de cabeza que iban y venían, era sentarme un buen rato, apretándome fuertemente con ambas manos las sienes. En una cafetería, no hubiera sido fácil hacerlo sin sentirme observado con perplejidad por Eva. Alguna otra vez, sentado solo en una mesa junto a un café, en algún bar abarrotado, sí había podido hacerlo tranquilamente, nadie reparaba en mí. Pero ese día, al estar sorprendentemente acompañado, me fue imposible hacerlo donde estaba. Con lo cual, sólo me quedaba la opción de ir al baño, fingiendo una severa indisposición. Eso justificó los quince minutos largos que estuve sentado en el excusado aquel día. Lo bueno de Eva era que no parecía importarle nada de lo que no tuviera el control. Lo que no dependía de ella, solía decir, no le preocupaba. Cosas que a mí me hubieran sacado de mis casillas tiempo atrás, cuando todo lo insignificante era importante, a ella no parecían alterarle lo más mínimo. Nada le irritaba y nada hacía que preguntara más de lo debido, sobre aquella costumbre mía o alguna otra. Por

detalles como ese, por su naturalidad y simplicidad para pasar por la vida, me fui enamorando perdidamente.

Otra noche, me vi cenando con el que fue el amor de mi vida durante mis días más felices. Eva estaba espléndida y yo, cada vez más desinhibido y desvergonzado, estuve realmente a la altura. Llevábamos ya unas tres semanas viéndonos casi a diario, cuando caí en la cuenta de que lo nuestro estaba conduciéndonos a una relación seria. Cosa que no podía ser. ¿Quién era yo para hacerle aquello? Mi enfermedad seguía su curso. Al menos el que yo imaginaba.

Durante esas semanas, el contestador me escupía cada día cuatrocientos sesenta mensajes del hospital. El fulano de Minerales, o Morales, parecía incluso preocupado por mí. Hay que reconocer que el tipo de la bata era un cabezón de cojones. Qué exceso de celo... Pero yo no tenía la más mínima intención de atender a sus llamadas. ¿Para qué? No me iba a convertir en su jodida cobaya. Y menos a mi edad. Con todo lo que tenía aún por hacer. ¿Tenía algo por hacer en aquella vida? ¿Cuánto tiempo me quedaba?

Maldita sea, por momentos perdía la esperanza y a veces, las menos, descolgaba el teléfono decidido a llamar a ese veterinario de tres al cuarto. Unas veces para decirle que sí, que mañana mismo me tenía ahí con el pijama y el cepillo de dientes en la mano; pero otras estaba decidido a gritarle que se metiera en sus asuntos, que yo ya era mayorcito para elegir con dignidad como morir y que me dejara en paz. Nunca llegué siquiera a rozar los números del teléfono para marcar. Al oír el pitido constante de la línea, me acordaba de las máquinas esas que están enchufadas a los enfermos bien jodidos, que pitan así cuando la palman en una fría habitación de hospital. Y yo, como era evidente, no la quería palmar de esa manera. Al menos, no de momento.

Total, que fui dejando que pasaran los días, luego una semana y luego otra. Y en esas mi amistad con Eva fue creciendo. ¡Qué bien que nos hayamos reencontrado justo ahora Sebas! Solía decirme con una espléndida sonrisa. Yo no podía dejar de sonreír ante aquella ocurrencia. Menudo momentazo estaba viviendo yo... Claro que ella era ajena a todo eso. Vivía en su realidad. En la que podía ver. Yo era injusto con ella. Lo reconozco. Pero no era fácil para mí. Todo esto suponía un problema. Y grave. Hay que ser desgraciado, más de lo que mi situación de por sí representaba, para encontrar el amor precisamente al final de la película. Pero en mi caso particular, contrariamente a lo que se supone que sucede en la ficción, cuando la palabra fin con letras blancas sobre fondo negro cubre la pantalla, yo no tendría la posibilidad de imaginarme como seguiría la historia. Porque ya no habría historia. Nada de cerrar los ojos para ver un final feliz. No. Nada de eso sería posible al final de mi película.

Eva representaba esos días mi verdadera preocupación. Por un lado,

deseaba verla y disfrutar del poco tiempo que, suponía, nos quedaba. Por otro, era consciente de que en realidad estaba jugando con ella un juego muy macabro. No tenía ningún derecho a hacerle eso. No quería que nadie llorara por mí el día de mañana. Me sorprendió pensarlo precisamente en ese momento, y por ella. Antes no lo había pensando ni por mi familia.

Es curioso como alguien de fuera, puede hacernos sentir cosas profundas, que los de casa ni siquiera han intentado. Y cuando hablamos de amor, cala más. La familia, por el mero hecho de serlo, está claro que no representa nada. No te garantizan que estarán a tu lado cuando los necesites. Ni siquiera te garantizas a ti mismo, que pensarás en ellos cuando creas que los necesitas. Al menos la mía, mi familia, no representaba eso para mí. Tampoco les guardo rencor. No es momento para ello. Pensamiento positivo, o como era el caso, neutro. Mejor no pensar.

Pero volvamos a Eva... Se presentaba un auténtico problema. Y más teniendo en cuenta que hubo un momento, en el que no recuerdo bien si fue ella la que preguntó, o fui yo quien dijo que sí, decidimos irnos a vivir juntos. Entre no saber como negarme, y estar deseando aceptar, todo pasó rápido. Muy rápido. A pesar de llevar tan poco tiempo juntos, entendimos que éramos el uno para el otro. Rebrotó ese amor infantil. Para mi sorpresa y franca vanidad, me confesó una noche de vino y chocolate, que ella también había estado enamorada de mí en nuestra época de compartir pupitre. Pero ella sí aseguraba que lo que sintió entonces, era amor verdadero. El mío también era de ese tipo de amor, le dije soltando la primera y última mentira piadosa de nuestra relación.

Por primera vez en mi vida adulta, era plenamente feliz. Dolores de cabeza, abdominales, mareos frecuentes, náuseas constantes, pérdidas de equilibrio, insomnio, falta de apetito, dolor al orinar y demás dolencias a parte, era feliz. Y lo podría haber seguido siendo eternamente. Dicen que una persona necesita veintiún días para adquirir un hábito. Yo me acostumbré a mi rutina de dolencias en tres. Incluso mejoré mi técnica de apretarme las sienes para frenar las jaquecas de caballo. Ya no era necesario ausentarme durante un cuarto de hora. Descubrí que frotándome las sienes haciendo pequeños círculos durante unos diez minutos, no necesitaba hacer lo otro. Fue una gran victoria en calidad de vida para mí. Le robé cinco minutos al síndrome ese.

Durante el tiempo de vidas unidas, al principio, Eva me animaba para que buscara trabajo. Le conté que me habían despedido injustamente. Sin entrar en detalles. ¿No querrás que te mantenga una mujer toda la vida, verdad? Solía decirme, con una media sonrisa, su sonrisa burlona, mientras yo pensaba que de cumplirlo, le iba a salir francamente barato, y reía para mí. Créanme, el humor negro aplicado a uno mismo, es mucho más divertido.

Había días en los que supuestamente iba a una entrevista. Para mi alivio, un entrevistador ficticio es igual de implacable que uno real, y nunca me dieron la posibilidad de incorporarme a un puesto de trabajo imaginario. A pesar de presentar un currículum excelente, lleno de carreras y doctorados varios, si uno se inventa las cosas se las inventa bien. Siempre imaginaba que me decían aquello del "ya le llamaremos", y esa versión de los hechos no ocurridos, era la que me llevaba a casa para contar a Eva mi enésimo fracaso.

En realidad, a lo que me dedicaba era a pasear por el centro de la ciudad. Cómo me gustaba andar sin prisas... Recorrer las calles una y otra vez. Empaparme de sus sonidos. Sus luces y sus olores. Creer que podría volver allí siempre que quisiera. Toda la vida. Que nada iba a cambiar. Que mis pasos siempre serían los míos, que nadie los sustituiría cualquier mañana, cualquier tarde, en la que yo ya no estuviera... Eran días en los que siempre acababa dándome cuenta, a solas, de la puta realidad del momento. De que un día cercano, ya no iba a estar. De lo mezquino que estaba siendo con Eva, de lo injusta y miserable que era la vida. Me convencía a mí mismo de la imposibilidad de seguir así. Volvía a casa decidido a contarle toda la verdad, a convencerla de dejar lo nuestro, a suplicarle que me dejara, que se fuera, que huyera. Por su bien y por el mío. Que nos ayudara a los dos a seguir cada uno con su destino.

Pero al llegar a casa, me encontraba con esos ojos, con esa mirada y esa sonrisa que eran mi todo, y me quedaba mudo. Ella me sonreía porque interpretaba mi mirada desolada como una nueva negativa laboral, y se dedicaba en cuerpo y alma a besarme y abrazarme. Y yo, claro, me dejaba hacer hambriento de su afecto. Entonces tomaba la sabia decisión de posponer mi confesión para el día siguiente. Que visto lo visto, quizá no alcanzara a ver, ahorrándome el mal trago.

—Así no puedes seguir —era lo que solía decirme, palabras que yo interpretaba a mi manera.

En esos días, mi preocupación era más cómo afrontar el reto de confesarle que lo nuestro no tenía ningún sentido, que mi propia suerte. Que muy afortunada, no era la verdad. No sé por qué le llaman suerte a ese tipo de situaciones. Hubo un tiempo en el que incluso dejé de pensar en mis dolores, y al tercer o cuarto día, no recuerdo bien, desaparecieron sin más. Llegué a albergar la infantil esperanza de que mi mal se había evaporado. Por arte de magia. Eva notó esa mejoría, reflejada sobre todo en mi buen humor. Esa es la actitud Sebas, decía para insuflarme ánimos de cara a conseguir ese puesto de trabajo que me diera la estabilidad emocional que, creía ella, había perdido. Sediento de felicidad, me vine arriba e incluso llegué a sopesar seriamente la idea de asistir, convencido y decidido, a una entrevista de trabajo real. Pero una vez que el

problema de confesarle mi dolencia, dejó de importarme por el aplastante hecho de que había desaparecido, volvió... Y lo hizo con fuerza. Entonces, regresé a mis entrevistas ficticias, cada vez más espaciadas en el tiempo, mientras luchaba para que no se notaran mis dolencias. Pasar prácticamente todo el día solo, con el único trabajo de dejar pasar el tiempo hasta Eva regresara del suyo, me permitía sufrir en calma mis achaques. Luego, por la noche, fingía tener un tremendo dolor de cabeza, cosa que muchas veces no era del todo mentira, para acostarme pronto. A la hora de las gallinas, decía graciosamente ella. Y me acostaba, como las gallinas, para aliviar un poco mi dolor y con los ojos abiertos prácticamente toda la noche, lloraba por mi desgracia. Eva dejó de insistir en la búsqueda de trabajo, y su preocupación se tornó a mi estado, que empeoraba de manera atroz mañana a mañana.

Aunque hubiera querido, fue imposible negarle que había algo dentro de mí que me comía...

3

Que sorprendentes llegan a ser las personas. Da igual que creamos que las conocemos. Muchas veces acaban por sorprendernos. Siempre existe ese margen de movimiento. A veces nos sorprenden para bien, y otras muchas más para mal. Unas nos decepcionan y otras nos fascinan, pero siempre subyace la sorpresa. Eva era de las de sorpresa amable. Tantas semanas intentando buscar ese momento para dejarme caer en la confesión, y al final lo hizo todo fácil. Como siempre. Como solía hacer. Si no fuera por el semblante serio y preocupado, bien podría decirse que adoptó la misma actitud divertida y despreocupada de siempre. Se permitió llorar de pena y rabia por un solo instante, y las lágrimas eran del mismo color de cuando lo hacía de alegría ante un momento feliz y gracioso. Era la misma en su actitud generosa. Un solo reproche al tiempo perdido. Sólo uno. Nada de regañarme. Yo, por mi parte, experto en excusas vagas y perezosas, me entregué por completo a sus abrazos y caricias. Por un instante, me creí a pies puntillas sus palabras nunca pronunciadas de que no me iba a suceder nada. No me dijo aquello de que me protegería, de que no iba a dejar que el síndrome venciera, justo ahora que parecía que todo iba bien. No me dijo nada en ese momento. Las promesas más firmes jamás se pronuncian. Que la palabra todo lo ensucia. Pero lo sentí. En un abrazo que bien podría haber durado dos semanas, me lo dijo.

Yo sabía que tras esa confesión, mi estado de dejadez profunda y mi empeño en dejar que todo sucediera por sí mismo, había acabado. Eva tenía esa

virtud. Era enérgicamente pausada. Nada parecía tener prisa para ella, pero no dejaba nada por hacer. En dos segundos parecía tener claro qué se debía hacer, y ejecutaba su plan con una calma rápida. Esta era una de esas situaciones en las que yo me dejaba llevar por su sabiduría innata. A un estúpido le resulta mucho más fácil obedecer, y durante toda mi vida me ha gustado desempeñar el papel de eterno segundón, incluso cuando estaba solo.

Al día siguiente, me vi de nuevo en el hospital. Si Eva fue comprensible y amable, la actitud del doctor Minerales, o Morales, no puede precisamente catalogarse de la misma manera. Al parecer, el buen hombre había estado preocupado y deseoso por igual por iniciar el experimento, y el hecho de que su cobaya se hubiera ausentado durante unos escasos seis meses, se le antojaba una temeridad. No dejó de reprocharme mi actitud y de recordarme que me avisó que el tiempo jugaba en mi contra. Sí, usó claramente el singular, ya no era a los dos a los que apremiaba el reloj. Ese egoísmo, impropio en alguien que se supone que le tiene que salvar el cuello a uno, me envalentonó. No estaba dispuesto a dejarme apabullar de semejante manera, y menos delante de Eva, con lo cual, le contraataqué diciéndole que le veía mucho más gordo y que le habían salido multitud de canas. A veces, cuando uno no sabe qué decir es mejor callarse. Pero es que es precisamente cuando uno no sabe qué decir, que siente más fuerte la necesidad de hablar. Qué suerte tienen los sordomudos, que todo lo hacen con gestos. Un simple corte de mangas, ahorra multitud de palabras estériles e hirientes por igual.

Si hubiera sido por mí, nada de lo que sucedió a continuación hubiera pasado al plano real. Además de verme recluso a la fuerza, como si eso no fuera suficiente penitencia, sufrí otra tortura añadida: comencé a recibir visitas en mi pequeña habitación de hospital. Mi compañero de celda, un barrigudo cincuentón, tenía la afortunada costumbre de no recibir ninguna, pero la pésima de relacionarse con las mías. Llegó a hacer migas con mi padre. A mi padre le vino bien, porque encontró a alguien a quien coger cariño y compadecer de veras. Al cincuentón le vino bien, simplemente le vino bien.

A parte de mi familia más directa, pocas visitas. Si en los buenos momentos tenía poca gente alrededor, en los malos pueden contar ustedes. La soledad es buena cuando uno está solo, cuando es en compañía, se evidencia más y resulta mucho más sospechosa.

Mi hermano apareció un par de veces contadas, y siempre daba la impresión de haberse equivocado de lugar. Y de hermano. Seguramente estaba en lo cierto. Siempre le estaré agradecido por el noble gesto de no intentar un acercamiento, a todas luces innecesario y a deshora.

La única persona que parecía sentir algo más que indiferencia fue mi

madre. Primero parecía francamente compungida, pero luego pasó a un estado de permanente y desvergonzada curiosidad hacia Eva. Y no le faltaron críticas hacia ella. Tan preocupada siempre por su corte de pelo, me pareció más lejana que nunca. Y egoísta. Al principio su tosquedad, albergó en mí el sentimiento de que lo que sentía mi madre eran celos. Que quería ser ella quien cuidara de su pequeño. Al menos eso hubiera representado un afecto sincero. Pero nada más lejos de la realidad. Permítanme que deje a un lado este lamentable suceso, por innecesario de contar, por doloroso y sobre todo, porque ya nada puede hacerse. Las cosas son como son, y si uno es una especie de estorbo en la vida de alguien, aunque ese alguien sea la persona que le trajo al mundo a uno, con la aceptación encontramos el alivio. Es lo que hay.

Las primeras pruebas a las que el doctor Morales me sometió, nos dieron ciertas esperanzas. Según el tipo de la bata, la evolución de la enfermedad no había sido la esperada. Me indignó que no incluyera la palabra "afortunadamente", y desde ese momento empecé a mirar con ojos recelosos al tal Minerales...

Pero a pesar de ese vaticinio del doctorcito de que todo iba mejor de lo esperado, la alegría duró poco. Aquel doctor parecía que emitía suposiciones y resultados analíticos como quien rellena una quiniela: pronosticando lo que cree que va a pasar, sin tener la más mínima idea. Ni puta idea. Como pueden imaginar, a mi lamentable estado físico, había que añadir un pésimo humor. Cuando uno se ve justificado a cabrearse y volverse faltón, se crece en la seguridad de que todos le calmarán sin recriminarle su nuevo temperamento. Y eso hice yo. Decidí que ese charcutero de medio pelo, era el culpable de todos mis males. Cuanto menos, el responsable de que yo, que siempre me había sometido con extremada docilidad a sus propuestas, aunque medio año tarde, no mejorara de forma inmediata.

El caso es que la cosa no fue como esperábamos, al menos Eva y yo. A los pocos días, mi estado empeoró levemente. Nada raro por otra parte, según el veterinario ese. El organismo está muy débil, decía el tipo con poca gracia y menos convicción. Y a partir de ahí, ya no hubo más noticias buenas. Cuesta abajo. De un leve empeoramiento, pasamos a uno progresivo. Y a las medicinas. Esta gente todo lo arregla con la química. Sin ser consciente del todo, empezó la sedación progresiva, dejaba de ser yo mismo poco a poco. Al menos, dejaba de estar. Uno de esos días, en un breve espacio de tiempo, conseguí abrir los ojos y me pareció que había cambiado de habitación. Era más pequeña y aunque no puedo asegurarlo, estoy convencido de que el cincuentón amigo de mi padre, ya no estaba. Tenía la seguridad de estar solo.

En esos momentos ciertamente confusos, uno se agarra a lo que puede y

creo encontrar alivio en cualquier cosa. Al final me dejé llevar. Intentaba huir de aquella situación. Cerraba los ojos, medio despierto medio sedado, y volaba a días azules. A cielos de verano. Lejos. Volvía al pueblo. El abuelo me sonreía como nunca lo hizo en vida, ni en la suya ni en la mía. Incluso me abrazaba. Cosa impensable en él. Pasaron lo que creí que fueron un par de días y aunque no puedo asegurarlo del todo, diría que mi estado, en líneas generales, no sufrió grandes cambios. Seguía tumbado. Eso sí lo puedo asegurar.

Ni se te ocurra llorar Sebastián, los hombres no lloran en público, ¿me oyes? Lloro en casa pero fuera jamás. A esta vida se viene como un niño, pero debes irte como un hombre... El abuelo, incluso en la nebulosa de los sueños, siempre tenía las palabras adecuadas. Me refugiaba allí, en mis días felices. Con edad incierta, volvía. Otras veces, dejaba esa fría habitación y mi helada realidad, para huir hacia el futuro. Me veía de mayor con Eva, exactamente como éramos entonces. Cogidos de la mano sonriendo paseando por Viena, por París, por Atenas... Qué graciosa estaba ella con el pelo revuelto por el viento... ¡Y qué guapa! Me sonreía y sin decir palabra, me juraba que me amaría por siempre. No movía los labios para gritar que me quería. Y ante esos gritos, me quedaba sordo de amor, embriagado por una sensación que jamás viviría. Corría a lugares lejanos en sueños, sueños que no se han de cumplir por mucho que los soñemos. Esos días los recuerdo, desde la distancia del tiempo pasado, como relativamente tranquilos. Incluso gocé del privilegio de no ser molestado por nadie. Tuve tiempo para pensar en muchas cosas. Sobre todo en Eva. Qué maravilloso era haberla encontrado tantos años después. O haberme encontrado ella a mí. Tanto daba. Rememoré cientos de veces la escena en la que nos encontramos, cuando yo volvía de la consulta del doctor ese... un tal... bueno qué más da su nombre, él no es importante en esta historia. Sentía de nuevo su mano cuando me rozó el hombro para entregarme los malditos papeles. Tuve tiempo para detenerme a saborear esos meses pasados. Cortos pero intensos. Conocerla por dentro. Una vez superada la capa que todos nos imponemos como parte del disfraz. Aunque la verdad es que a nosotros, el disfraz nos duró muy poco tiempo puesto. En sentido literal. Me di cuenta en ese momento, y puedo presumir ahora sin ningún rubor, que ante ella me mostré tal y como soy. Sin mentiras ni ambigüedades, sin ocultar absolutamente nada. Las mentiras son las mejores aliadas de la traición, y si algo no quise hacer con Eva, fue traicionarla. Le conté absolutamente todo y no le oculté nada. Y me enorgullecí de ello. No era para menos. Bueno, le conté todo menos el pequeño detalle de que me moría. Pero no era aquel momento para reproches. No. Lo tuve claro.

Fueron, en definitiva, momentos de paz recordando. Las risas compartidas. Los besos robados en cualquier esquina. Hacer el amor por primera

vez en mi vida. No crean que llegaba virgen a los treinta, pero lo que había hecho con anterioridad comparado a lo que experimenté con ella, no creo que fuera hacer al amor. Lo hicimos en sitios diversos, donde la diversión superaba al deseo, y la carcajada al gemido. Pero lo hacíamos... ¿Se han reído a pleno pulmón haciendo el amor alguna vez? Si lo consiguen, habrán encontrado el verdadero amor. Pueden creerme. Esos días, o semanas no lo sé seguro ni nadie me lo dijo después, me sirvieron para hacer ese repaso. Treinta años de vida y sólo me importaban los seis últimos meses. De mi familia, de la formal por decirlo de alguna manera, poco me detuve a pensar. En esa situación en la que disponía de todo el tiempo del mundo para mí, pues ni en comer me entretenía, decidí conscientemente que no perdería ni un solo segundo en ellos. No lo merecían. Pero no les reprochaba nada. Culparles de algo me hacía culpable a mí de todo. Que no hay más responsable que uno mismo. Y que quieren que les diga, no me apetecía pensar en ellos. Cuando saliera de mi estado y recuperara fuerzas, dejando atrás este maldito síndrome, ya vería qué hacer. Puede incluso que les invitara a mi boda con Eva, sí es que quería casarse, que no estaba yo muy seguro de si era de las que quería vestirse de blanco.

Blanco. Como ese maldito e incompetente medicucho. A veces parecía escuchar su voz muy a lo lejos. Me hacía el dormido para disimular. Incluso para hacer más real mi camuflaje, dejaba de pensar. Y me funcionaba. Nunca notó que le oía.

Otras veces sentía los susurros de Eva a mi lado. Me contaba que había hecho en el trabajo, o alguna anécdota divertida. Yo reía y me sorprendía que ella nunca lo hiciera, con lo alegre que se mostraba siempre. En estas ocasiones, a diferencia de cuando oía al doctor ese, intentaba mostrar que le escuchaba, abría los ojos para no verla e intentaba buscarla con mis manos sin llegar a rozarla. Por momentos, sufría al sentir que uno de los dos no estaba allí. Hasta que me rendía, y simplemente me dedicaba a escuchar los planes de futuro que me proponía cuando todo acabara y pudiera abandonar mi reclusión. Yo sonreía y me deleitaba pensando en esas vacaciones a la costa pendiente. Luego, a solas, me lo imaginaba. Cuando las voces cesaban comenzaba el rumor del mar. A lo lejos. El olor delicioso a sal. Notaba gotas de agua en la espalda, el sol bañándome el rostro...

En ocasiones las voces eras menos identificables, menos audibles. Se mezclaban las de Eva, las de mi madre o las de alguna otra persona más. Dejaba de pensar, me concentraba en intentar identificarlas, pero nada, preso de la frustración, me volvía a dormir.

Cada vez mis sueños se fueron haciendo más profundos. Sin ninguna explicación aparente. El doctor no sé qué, cada vez aparecía menos por mi

habitación. En las pocas ocasiones en las que era plenamente consciente de su presencia, me parecía que hablaba muy bajito. Lo imaginaba moviendo levemente los labios, mientras los que le rodeaban, asentían moviendo la cabeza, pero yo no era capaz de entender nada. Alguna vez intenté pedirle que hablara un poco más alto, un poco más cerca... Pero no sé por qué extraña razón, acababa sucumbiendo al sueño sin que nadie me prestara la más mínima atención. Al menos eso me daba una cierta calma. Sonreía al pensar que soñando, volvía de nuevo con el abuelo y con Eva.

El sueño se hizo cada vez más y más pesado. Y placentero. Aquí ya dejé de sentir el tiempo. Parecía que el reloj se había detenido, y lejos de preocuparme por ello, me sentí más tranquilo todavía. Qué más daba todo. Lo mejor era no preguntarse. Las preguntas no importan Sebastián, me susurraba el abuelo más allá de la conciencia, esperando al otro lado. No importan las preguntas. No importan. Vamos ven aquí que te abrace tu abuelo. Ven conmigo...

Y el abuelo me abrazó, por fin. Sorprendido y alegre por verme tan alto.

SEGUNDA PARTE:

EVA

4

La mañana en la que Sebastián murió, fue de las más divertidas para Eva de las últimas semanas. Ajena a los últimos suspiros de él, estuvo disfrutando de la compañía de Ana, su compañera de trabajo. Ésta, siempre alegre y consciente de las preocupaciones de su amiga, le estuvo contando las anécdotas de su reciente viaje. Eva se dejó llevar por la ilusión de creer que algún día, más temprano que tarde, podría hacer algo similar junto a Sebastián. Al acabar la jornada, Ana le convenció para ir a comer juntas, y posponer por unas horas su visita diaria al hospital. Te vendrá bien despejarte, hazme caso. Cuánto le pesaría todo aquello horas después. Pero en ese momento, no le pesó, al contrario. Su compañera tenía razón, necesitaba airearse un poco y distraerse.

Con algo más de retraso del habitual, Eva entró en el hospital, a esas alturas era casi como su segunda casa. Después de casi dos meses visitándolo a diario, y muchos días incluso pernoctando, se conocía al detalle su interior y saludaba con cordialidad a todo el personal. Cuando llegó a la planta de Sebastián, le bastó cruzar la mirada con Remedios, la enfermera jefe que cuidaba

de él, para saber lo que había sucedido. No le hizo falta escuchar nada. Únicamente veía los labios de la veterana enfermera moverse, la expresión compungida de su rostro, la mirada caída. Pero Eva no oía nada. Un fuerte pitido apretaba sus oídos. Luego un ruido estridente. Como a platos rotos. Muchos. De repente, una bomba estalló dentro de su cabeza. Todo había acabado. Se dio la vuelta casi sin darse cuenta, como flotando, y comenzó a caminar hacia la que había sido la habitación de Sebastián las últimas tres semanas. No notó la mano de Remedios aferrándole el brazo, delicadamente pero con firmeza, para evitar que siguiera avanzando. Al llegar a la puerta, con la enfermera colgada del brazo, vio la estancia totalmente vacía. Le fallaron las piernas, dobló las rodillas y cayó al suelo. Sin notar dolor. No sentía nada. Sólo ese pitido. Lejos. Agudo. Y voces sueltas que le hablaban de forma ininteligible. Notó la humedad de las lágrimas minutos después de romper a llorar. Y se hubiera quedado así, de rodillas en el umbral de la puerta, si Remedios, ayudada por el resto del personal de planta, no la hubiera levantado y sentado en una silla en la sala de espera.

En la cabeza de Eva se sucedían multitud de imágenes, de conversaciones, de miradas. Como fogonazos. Y de repente, la nada. La mente en blanco. Sólo ese pitido, apenas audible ya, un dolor tremendo en las rodillas y voces alrededor. Susurros. Se entregó a los brazos de Remedios para dejarse mecer como si de una niña pequeña se tratara. Y lloró. Como no lo había hecho en mucho tiempo, lloró.

5

El funeral de Sebastián fue muy duro para Eva. ¿En condición de qué asistía ella? No le hacía falta ningún reconocimiento. No necesitaba nada, porque todo lo que quería acababa de morir. Pero no podía evitar la sensación de sentirse fuera de lugar. Apenas conocía a nadie de la familia de Sebastián, con sus padres no había intimado mucho durante los dos meses de visitas diarias al hospital. Además, durante las tres últimas semanas, cuando Sebastián entró en coma, las visitas de aquellos empezaron a espaciarse unas de otras hasta extinguirse. Nada puede hacerse ya; le pareció escuchar decir al padre, una tarde teñida de incertidumbre en aquella habitación para paliativos. Ahora, en el no menos desolador tanatorio, sintió de nuevo ese comentario. Se fijó en el padre, en su actitud entre estoica e indiferente, acompañado de la que, supuso, era su segunda esposa. O tercera.

La madre tampoco demostró una actitud muy diferente en el hospital, y ahora en cambio parecía destrozada. No paraba de repetir que se había ido su niño, y en su actitud se intuía que la marcha de su hijo dejaba muchas cuentas por saldar. A Eva le pareció sincero el abatimiento de la madre, al fin y al cabo, una

madre siempre es una madre, aunque se empeñe en negarlo. Se presentaba, o la presentaban, como amiga de Sebastián, algo que a ella le era indiferente. Lo que vivió con él le pertenecía sólo a ella. Era el único testimonio de ese amor sincero, eterno, efímero... A nadie más correspondía valorarlo, ni mucho menos etiquetarlo.

En los días posteriores, se encerró en casa. No veía a nadie, no hablaba con nadie. Pidió en el trabajo todos los días de vacaciones que le correspondían. Ni siquiera se detuvo a pensar si pasadas esas cuatro semanas, volvería o no, ni si pasado ese tiempo seguiría donde estaba. Prácticamente ninguna de sus amistades ni familiares, podían hacerse cargo del estado en el que se encontraba. No podían saber la gran pérdida que había sufrido. Su amor con Sebastián, había sido vivido sólo entre ellos, eso lo había hecho tan especial. Durante el tiempo en el que habían vivido juntos, apenas habían quedado un par de veces para cenar con amigos. Dos contadas. Muchas veces posponían los encuentros para más adelante, casi siempre por expresa petición de él. No parecía muy sociable. Pero para ella tampoco suponía un problema dejarlo para más adelante y le parecía que lo que verdaderamente quería él, era aprovechar el tiempo a solas. Juntos con la única compañía el uno del otro. Ahora sabía el motivo. Ni siquiera habían conocido a sus familias.

Tuvo que afrontar su drama en solitario. A solas y a oscuras. Nadie podía entenderla, ni ella quería darse a entender. Una mañana, estando aún en la cama pasadas más de dos horas desde que sonara el despertador, cayó en la cuenta de que su relación con Sebastián, estaría únicamente en su cabeza. No tenía ninguna foto de ambos. No se hicieron ninguna. Se lamentó profundamente de ello. Pensó que la mayoría de la gente muestra todo en internet, pero que ellos no lo habían hecho. Y se volvió a lamentar. No tenía nada físico que le recordara a Sebastián. Nada. Ninguna prueba tangible de que aquello sucedió de veras. Sólo su recuerdo. Fue en ese instante de lamentos, cuando comenzaron las náuseas.

6

Pablo miraba ensimismado por la ventana de la cocina. Subido a una vieja silla, contemplaba el espectáculo que se le mostraba allá fuera. Era la primera vez que veía nevar, al menos la primera en la que era plenamente consciente. La que recordaba hasta ese momento, la había visto por televisión, y llevaba horas mirando incapaz de creer que esas pequeñas motas blancas, llegaran a crear gigantescas montañas de nieve. No podía ser, pensaba incrédulo, para eso debería nevar y nevar durante meses, incluso años. De vez en cuando se volvía a mirar al

abuelo, que estaba sentado junto a la pequeña mesa de la cocina.

—¡Mira abuelo como nieva! ¡Acércate! —pero Julio hacía mucho tiempo que había dejado de sentir la emoción de vivir. Su tiempo pasaba sin sobresaltos en lo cotidiano. Julio, el abuelo Julio, hacía tiempo que había dejado de ser Julio. A veces parecía regresar a la realidad para, asustado, darse cuenta de repente de la vida. Pero eran las menos, y enseguida volvía a caer en ese pozo negro en el que se había instalado definitivamente hacía algo más de dos años. Al principio toda la familia pensó que los despistes y cambios de humor de Julio, eran fruto de todos los sinsabores que entre unos y otros le habían provocado. Eva llegó a discutir con él sobre ello, incapaz de hacer entrar en razones a su padre. Finalmente, el pronóstico del médico les dio al menos a la familia una explicación razonable, aunque dura de aceptar, a ese cambio y deterioro.

A pesar de que la demencia ya era más que evidente cuando nació Pablo, Julio pareció revivir junto a su nieto. Se le veía en mucho mejor estado mental, incluso físico. Recuperó en parte su audacia y sentido común, y sobre todo, rebrotó en él un cariño sincero e intenso hacía su nuevo, y único nieto. Y hacia su hija. A todos les parecía que había olvidado por completo las grandes discusiones con Eva. No recordaba haberle insistido en que abortara. En que no trajera al mundo a un desgraciado, como solía gritar. Que la vida no era eso, que la vida era real y no una novelita de mal amor y buenas penas. Pero ella, no le hizo caso, y a contracorriente de prácticamente toda su familia y amigos, se agarró a su futuro hijo para curar el desgarró de la pérdida de Sebastián.

Pablo, a los cinco años, era el mayor tesoro de Eva. Y lo fue de Julio un día. Y de Elvira, la madre, esposa y abuela que abandonó a los tres hacía apenas dos años, poco después del gran deterioro de su marido. Al menos para él, ese penoso episodio pasó sin alterarle lo más mínimo. Dejó que pasara ante él sin detenerse la soledad y la pena que al resto abrasaba.

Sin duda Elvira representó para toda la familia, el punto de unión. La cordura en calma. Siempre un paso por detrás pero tomando firmemente las decisiones. Eva, que en ese momento pelaba las patatas para el almuerzo, miró a su padre lamentando verle en ese estado de ausencia permanente. Cuánto había cambiado... Se acordó del día en el que anunció a sus padres que estaba embarazada. Julio, el gran Julio, ese hombre bueno pero rudo, montó en cólera. No llegó a entender jamás como su única hija tiraba por la borda su vida por un... ¿calentón? La culpa la tienes tú Elvira, por haberle dejado hacer siempre lo que le ha dado la gana. Elvira miraba alternativamente a uno y a otro. Sopesando que decir, pero sobre todo atenta a lo que decían ellos. La hija no se amilanó, dejando claro que su intención únicamente era comunicarles su decisión, no pedirles permiso. No, ya no era una niña. Ya se nota; fueron las últimas palabras que oyó

de su padre antes del portazo final. Ya en la calle, Eva se sentó en la primera repisa que encontró, y tras limpiarse una única lágrima, volvió a pensar, una única vez, como siempre, si no sería cierto todo aquello que le acababa de escupir su padre. Pero no. Estaba segura. Llevaba a Sebastián en sus entrañas. Aquel bebé era la prueba de que todo ocurrió. No fue un sueño. No se ha acabado. Renunciar a su hijo sería renunciar a Sebastián, a ella misma, a su amor. No. No podía renunciar a ello. Pero lo que recordaría siempre de aquel día, fue ver llegar a su madre, la enjuta Elvira, calle arriba, con paso lento, pero decidido, directamente hacia ella.

—Hija, escucha a tu corazón, a nadie más. Y no le hagas caso. Ya sabes como es.

Y no le hizo caso y sabía como era. El pequeño Pablo llegó cuando Julio, el gran Julio, comenzó a ser cada vez menos grande y menos Julio. La evolución del embarazo de la hija y el empobrecimiento de la salud mental del padre, caminaron de la mano durante nueve meses. Hasta que el comportamiento de éste ya se hizo demasiado sospechoso. Si ella necesitó constantemente la ayuda del pediatra, él empezó a necesitar la del neurólogo. Uno para hacer que una vida nueva llegara en las mejores condiciones, otro para atestiguar que otra vieja se iba en las peores.

Perder la memoria es como perderse a una misma. Eso era lo que siempre había pensado Eva cuando alguien le contaba que ese o aquel familiar tenían cualquier tipo de demencia. Pero ahora, se daba cuenta de que lo verdaderamente trágico para su padre, no era perderse a sí mismo, sino perder a los demás. Dejar de sentir que estaba aquí. No saber que tenía un nieto, aunque lo rechazara en un principio. Ella sabía como era su padre, o como fue en otro momento. Era de los que se les iba la fuerza por la boca, toda, para luego ablandarse. En eso también influía Elvira, que lo dejaba hacer. Sacar lava por la boca, como decía ella a solas con su hija, entre risas tomando un café. Le hablaría despacio, suave, con calma. Le convencería, poco a poco, de que nada podía hacer contra la voluntad de su hija. Que Eva era de las que ven las cosas claras desde el principio, y que sólo duda por un instante. Que de esa duda sale la decisión firme, y que esa decisión ya estaba tomada. Julio, por su parte, empezaría con enfadarse con su mujer, haciéndola cómplice de la hija de ambos. Pero acabaría volviendo al camino que le trazaba Elvira, aceptaría simplemente que las cosas son como son, y cuando son, hay que aceptarlas. Sacaría entonces su lado conciliador, intentaría un acercamiento inmediato con su hija, torpe y sincero. Entonces, Eva vería a su padre tragarse su orgullo por ella, viéndolo de nuevo a través de sus ojos de niña, lo abrazaría y lloraría de felicidad. Qué bien le habrían sentado esas lágrimas de felicidad, ahora que sólo lloraba de

pena. Julio hubiera actuado de esa manera de seguir siendo Julio. Pero ya no lo era cuando ella esperaba al hijo de Sebastián.

7

Eva era muy consciente de que a lo largo de su vida, su imagen no era del todo real. Proyectaba una idea de sí misma, pero en realidad era un poco diferente. Todos pensaban que tomaba decisiones a la primera, que tenía esa capacidad para ver las cosas claras y decidir al momento el camino adecuado. Que luego no se permitía dudar. Seguro que Sebastián pensaba eso de ella. A pies puntillas seguramente. A nivel laboral, esa imagen sí era bastante acertada. En su otra vida, vivida hacía tiempo y en otro lugar, actuaba así. Se permitía pocas dudas y actuaba con celeridad. Tenía esa capacidad para tomar la iniciativa. Y no sólo eso, era capaz de analizar la del contrario. Eso le permitió gozar del respeto y hasta cierto punto admiración, y alguna que otra envidia, entre sus compañeros y colegas, a pesar de su juventud. Más te valía ser así en un mundo dominado por hombres, pensaba entonces. Y lo cierto es que le funcionaba, tanto actuar así como tener esa imagen. Conseguía trabajar de forma eficaz y ganar prácticamente todos los juicios a los que se enfrentaba. Pero a nivel personal, la cosa adquiría ciertos matices. Como cuando Sebastián le confesó lo de su enfermedad. Hubiera tirado por la borda esa supuesta imagen de mujer práctica y eficaz, y le hubiera dado una buena bofetada. O dos. A veces se permitía sonreír por un instante pensando en su cara de sorpresa, recibiendo plácidamente los cinco dedos de su mano derecha. Pero no lo hizo, y seguro que en aquella ocasión, él volvió a ver esa imagen de mujer comprensible que todo lo acepta, simplemente porque es así y nada puede hacerse. Pero no. Ni aceptaba ni comprendía lo que le estaba contando. El gol que le acababa de marcar Sebastián, con la mano y en claro fuera de juego. Pero en aquel momento, sacó su lado práctico, ese que usaba tanto en el trabajo cuando le cedían gustosamente la responsabilidad de decidir. Había comprendido que él necesitaba que alguien tomara el mando. Con sensatez. Entonces, no era prudente plantarle la palma de la mano en la mejilla, sino entenderle y apoyarle. Ya llegaría el momento, más adelante, de reprocharle no haber sido más valiente consigo mismo, y más sincero con ella. En ese orden. Y volvía a imaginar, para consolarse un poco, abofeteando al cobarde y embustero de Sebastián. Esas primeras veces en las que se permitía sonreír recordándole, quemaban más que los recuerdos de las lágrimas tristes. Seguro que él entendió en ese momento lo que le dio la gana, o lo que más le convenía, de eso no estaba segura. En todo caso, al menos funcionó para que nada estropeará de forma

prematura lo que se iba a estropear por sí mismo. Qué empeño tiene la gente siempre por provocar lo que va a llegar, se quiera o no. Hay momentos en los que discutir y en otros, simplemente, no.

Esa imagen de mujer segura y un punto testaruda, también le sirvió con su familia. Para tener siempre el poder de decidir. Ser la dueña de sus actos. Que no hay peor error, que el que nos inducen a cometer. Esto le servía para ser libre de equivocarse. Y alguna vez, acertar. Como en el caso de seguir adelante con el embarazo de Pablo, todo un acierto.

Traer al mundo a un hijo sola, no es tarea fácil. No lo fue tampoco para ella. ¿No sería cierto todo aquello que su padre le había gritado en más de una ocasión? ¿Estaba tirando por la borda su vida? Pocas personas supieron todo lo que se le pasó por la cabeza durante esos largos meses. La pena, mezclada con la duda. Pero al final, la seguridad de estar haciendo lo correcto, o al menos lo que el corazón le dictaba, le dio esa tranquilidad que muchas veces la duda impide tener.

Con el nacimiento de Pablo, surgieron muchas otras dudas. La joven madre, se propuso iniciar una vida nueva. Dejó su antiguo trabajo, de hecho, nunca volvió después de tomarse aquellas precipitadas vacaciones. Para sorpresa de sus compañeros y desesperación de sus jefes, avisó que no volvería más. No se sentía con fuerzas para enfrentarse a explicaciones y justificaciones. Tiempo después, se dio cuenta de que lo que hizo en aquel momento, fue una huida hacia delante. Se propuso escapar de su realidad. No quería ser juzgada, ella precisamente, una experta en juicios y sentencias. Deseaba no ser vista y, a ser posible, no dejar pistas. Empezar de nuevo, convencida de que para hacerlo, se debe hacer en un sitio distinto. Sólo le retrasó el empeoramiento de la salud de su padre. Le vino bien esperar un poco, así pudo ganar tiempo para decidir donde ir.

Un día, a solas en casa y con el embarazo muy avanzado, se le ocurrió la idea. Lo dudó un instante, y decidió que sería un sitio estupendo para reinventarse. Un mapa, información por internet, y ya tenía destino.

8

La casa no era precisamente de película. Pero era lo mejor que había encontrado. A pesar de que no tenía problemas económicos, gracias a la venta de sus bienes en la gran ciudad, no quiso arriesgarse a dejar todos sus ahorros en aquella aventura incierta. Podría haberse gastado mucho más de lo que lo hizo en ese pequeño pueblo. Pero dudaba. Sí, dudaba de si estaba haciendo lo correcto o no.

Además, no conocía la zona. Únicamente cuatro datos inconexos extraídos de internet, muy similares a cualquier otro lugar del mundo, y lo que le había contado Sebastián, estos sí únicos. Sus recuerdos del pueblo y de su abuelo. Su niñez. Pero una cosa eran los recuerdos de infancia de alguien que más o menos pertenecía a aquel lugar, y otra muy distinta era que una mujer se plantara allí a vivir con su hijo, sin conocer a nadie. Por mucho que ese hijo lo fuera de aquél.

Pero al llegar al que sería su nuevo hogar, a Eva se le disiparon las dudas. Sin saber muy bien por qué, decidió que el lugar adecuado para educar al pequeño Pablo, sería el mismo donde Sebastián fue más feliz. Era la manera en la que quería acercarse a padre e hijo. Que viviera la misma infancia. Que recordara las mismas puestas de sol, el mismo olor a hierba mojada en el rocío de la mañana. Todos esos detalles que les hubieran sido ajenos a madre e hijo de haberse quedado en la gran ciudad, a más de novecientos kilómetros de donde se encontraban ahora, y que había decidido que los vivieran los dos. Como hizo él.

El pueblo elegido no era exactamente el de la familia de Sebastián. Eso sí que hubiera sido un error. Era la capital de comarca. Un sitio, pensaba Eva, mucho más adecuado para empezar una vida nueva ajena de miradas inquisidoras y habladurías malintencionadas. Una ciudad pequeña, como les gustaba decir a sus nuevos vecinos, ávidos de marcar distancias con los pueblos de alrededor. Como el del padre de Pablo, que estaba a unos treinta kilómetros de su nuevo hogar. Lo visitarían a menudo, con lo cual el pequeño enseguida se familiarizó con ver esa pequeña aldea perdida en medio de la nada. O del todo. Los lugareños de la apartada aldea, no tardaron en acostumbrarse a las frecuentes visitas de aquella desconocida mujer con su hijo, y la desconfianza inicial dio paso a un afecto sincero hacia los dos.

Fue una manera de empezar.

9

La habitación de Julio, el que fue gran Julio, estaba en la parte baja de la casa. Las escaleras eran un auténtico suplicio para él. Y para Eva, en sus intentos por ayudar a su padre a subirlas. A lo que había que añadir, el no menos embarazoso ejercicio de conseguir que las bajara. Y no es que le costara físicamente hacerlo, es que simplemente, le daban miedo. Con la habitación en la parte baja de la casa, donde también estaba la inmensa cocina que hacía las veces de comedor, y un cuarto de baño especialmente instalado para el abuelo, el problema de las escaleras quedó resuelto. Pero por desgracia para todos, no era el único. La demencia era lenta pero decidida. El día que no preguntaba por Elvira, olvidaba

dónde estaba, o se enfurecía sin más. Con quién siempre se mostró especialmente cariñoso fue con Pablo. Tanto al nacer el pequeño, como justo después de morir su esposa. En ese trágico momento, Eva tuvo que decidir qué hacer con su padre. Y entonces, sí actuó como seguramente ya le habían catalogado en su nueva comunidad de vecinos: una mujer segura y decidida. Donde caben dos, bien caben tres, y tratándose de un padre, enfermo, más. Y se lo llevó con ella para que él también probara eso de reinventarse. Ardua tarea para alguien que se había olvidado de sí mismo.

Al principio le vino bien el cambio a su padre, incluso le pareció que buscaba consuelo a algo que no acababa de entender ni de darse cuenta, en el afecto hacia su nieto, su único nieto. Otras veces lo sorprendía en la entrada de la casa, sentado en una vieja silla llorando. Eso era lo peor, porque daba la terrible sensación de que había vuelto a la vida para darse cuenta de su estado. De lo decadente que es envejecer, y de lo mucho que se le había escapado de entre las manos temblorosas, sin ni siquiera darse cuenta. Si hubiera vuelto en sí, al menos eso habría servido para recuperar por unos instantes al gran Julio, y poder decirle lo mucho que le quería. Lo mucho que lo añoraba. Y darle las gracias por todo. Decirle a la cara que nunca lo abandonaría, que cuidaría de él. Que aquí estaba ella para secarle esas lágrimas. Que mamá se fue sabiendo lo mucho que la quería. Que... Tantas cosas... Pero no, Eva se tenía que conformar con abrazar a ese cuerpo inerte de espíritu, y mecerlo poco a poco para que se calmara. Como había hecho Remedios, la enfermera jefe del hospital donde atendieron a Sebastián, cuando todo se apagó para ella. Se tenía que conformar con darle ese calor, calmarlo de algo que desconocían ambos o temían a la vez. Los llantos de Julio se repetían de forma cíclica. Al principio muy de tanto en tanto, para después ser cada vez más comunes. Como si el abuelo se diera cuenta de que algo malo le iba a suceder, y se apenara por ello.

Y sucedió que, poco a poco pero sin pausa, fue apagándose cada vez más. Hasta que llegó el momento en el que apenas emitía un gruñido, y dejó de relacionarse por completo. Como se ha referido en la anterior escena de la nieve, ya ni su nieto le despertaba el más mínimo interés.

10

Normalmente, este tipo de salas, siempre parecen pequeñas. Tal vez eso es debido al gran número de gente que allí se congrega en ese último momento. O tal vez sea por las numerosas flores que llevan a rastras hasta allí, esas que representan una especie de macabro adorno. Suelen ser estancias sombrías. Frías.

Distantes. Y no es para menos. La situación no invita precisamente a verlas de otra manera. Pero ésta, donde descansaba Julio, parecía enorme. Únicamente la presencia de Eva a un lado, pensativa, demostraba que el bueno de Julio, el que fue gran Julio, había tenido alguien a su lado hasta el último suspiro. Ninguna corona adornaba la estancia. Nada de que estos o aquellos nunca te olvidarán. Ni un lamento. Ni una lágrima.

Se había negado en redondo a ingresar a su padre en una residencia. No, no quería eso para él. Y lo cuidó hasta el último momento, cuando el que fue grande un día, ya no era absolutamente nada. Decidió no llamar a nadie de la familia para comunicar el desenlace final. Tenía que ser práctica, y no caer en falsedades. Únicamente llamó a dos personas el día anterior, cuando se quedó sola en casa, al marcharse los empleados de la funeraria, llevándose lo que quedaba de su padre. Primero a Ana, su ex compañera de trabajo allá a lo lejos, en el tiempo y la distancia. Era la única amiga que le quedaba de su anterior vida. Nunca perdió el contacto con ella, desde que se fue precipitadamente lejos de todo. Había representado un apoyo incondicional entonces, a pesar de declararle abiertamente que no compartía su decisión de tirar para adelante con el embarazo y abandonar su vida. Pero nunca dejó de mostrarle su aprecio, cariño y colaboración. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Le llamó para comunicarle el fallecimiento de su padre, y para confirmarle que la celebración del sexto aniversario de Pablo, seguía en pie. La esperaban el mes que viene. Como cada año.

La otra persona a la que llamó fue a Remedios, con la cual mantenía una relación más intermitente pero no menos afectiva. Una no puede llorar con el corazón en brazos de alguien, y desaparecer sin más. No, Eva no podía. Y la antigua enfermera jefe, no quería que lo hiciera. Acostumbrada a ver dramas casi a diario en la planta de paliativos del hospital, donde se apagó Sebastián tiempo atrás, no había conseguido entonces, ni lo conseguiría jamás, despegarse del dolor ajeno. Al menos no de todos. Y el de Eva era uno de esos casos en los que no podía. O no quería.

Tras el breve velatorio, incineraron a Julio al día siguiente. En presencia de su hija y su nieto. Tenía que ser práctica de nuevo, y en un tarro y hecho cenizas, era la mejor forma de llevarlo de vuelta a la ciudad, para que se reencontrara con Elvira.

Mientras el pequeño Pablo lloraba, de pena e incomprensión por todo aquello, ella pensaba que había hecho todo lo que estaba en su mano por su padre, que la vida es una sucesión de tragedias, en busca de algo de paz, y que el tiempo se nos escapa esperando algo bueno, mientras asimilamos que todo va mal.

—Nos quedamos solos, Pablo. Ahora más que nunca, hay que seguir.

Ahora debes escribirle a él también.

Y siguieron. Y el pequeño le escribió cartas a él también.

El duelo por su padre pasó más rápido que lento. Y no porque no sintiera su pérdida, llevaba mucho tiempo esperando este trágico desenlace. Su progenitor hacía una eternidad que la había abandonado a su suerte. Fue una especie de luto lento. La muerte simplemente fue el final. Un mal final. Pablo encajó como pudo aquella pérdida. Se sentía unido a su abuelo, a su manera, a la de los dos, y se quedó solo. El hecho de que el abuelo Julio hubiera vivido con ellos, aunque fuera como una sombra, había dado al pequeño la posibilidad de tener algo muy parecido a una figura paterna. Aunque el abuelo no ejerciera como tal, no podía aunque hubiese querido. Pero para alguien que no sabía que era tener un padre, al menos había supuesto tener algo. Y ese algo, ya no estaba. Ni volvería.

11

Sin la compañía y la responsabilidad de tener que cuidar a su padre, comenzó una nueva vida para Eva. Otra más. Debía enfrentarse de nuevo a la realidad. Buscarse un sustento. Un futuro para Pablo, y para ella misma. El pequeño había cumplido seis años hacía unos meses. Era todo un hombrecito, curtido en mil sinsabores ya desde tan corta edad. Al menos, se tenían el uno al otro.

Comenzó con trabajos esporádicos, y como su experiencia era limitada en cuanto al abanico de posibilidades, enseguida se vio haciendo cosas parecidas a aquella vida que dejó atrás, lejos, hacía mucho tiempo. Eso no fue de su agrado, pero le sirvió para empezar de nuevo. Para salir a la vida. Era joven, no llegaba a los treinta y cinco años, pero su vida ya tenía todas las cicatrices que muchas otras no llegarían a tener jamás. Se trataba de ser práctica una vez más. De mirar hacia delante y, a ser posible, con la mirada en alto. Y eso hizo. Con Pablo al lado, no podía permitirse venirse abajo a la mínima. Tenía que sacar ese carácter duro que siempre le atribuían. Ese comportamiento estoico que se le suponía. Aunque estuviera asustada, nadie debería notarlo. Si no, sería peor. Y lo consiguió.

Al salir a la vida, una se encuentra con gente. Y esa gente le encuentra a una. Marga y Eva se hicieron muy amigas en aquella época. De trabajo en trabajo buscando algo de estabilidad. Marga era toda energía. Como ella misma. Pero la diferencia era que ésta, era más visceral. Y mal hablada. Bruta que dirían en la ciudad. Sorprendía verla tan decidida y valiente, sabiendo que soportó malos tratos durante años. Hasta que acabó divorciándose del que fue su marido, dando un portazo a su anterior vida. Era algo que le dolía al recordar, pero de lo que no

se avergonzaba en absoluto. Había entendido, con el tiempo, que no se merecía lo que le pasó. Ni ella ni nadie que viviera esa situación. No fue fácil llegar a ese entendimiento, pero lo logró. Con lo cual, aunque no lo iba contando de buenas a primeras, tampoco le ocasionaba un sentimiento de culpa el recordar aquel oscuro pasaje de su vida. Como sí le pasaba cuando su ex marido, le daba de vez en cuando un buen bofetón primero, una mala paliza después. Eso confesó un día a Eva: sentía que la culpa era suya, en aquellas muestras desmedidas de fuerza de Manuel, el padre de sus dos hijas. Sus dos tesoros. Por ellas había aguantado las vejaciones y humillaciones, por temor a un futuro desconocido. Hasta que pasó lo que tenía que pasar. La última bofetada de Manuel. Ésa que no impactó en el cuerpo acostumbrado de Marga, como todas las anteriores, sino en la mirada aterrada de Elena, la pequeña hija de ambos, que observaba la escena desde el umbral de la puerta de la cocina. Eso fue lo que le hizo abrir los ojos, tarde pero a tiempo. Miró directamente al que era su marido entonces, con tanta rabia y odio que incluso el cobarde maltratador retrocedió unos pasos. Y tomó las riendas de su vida. Con sus dos niñas del brazo, Laura de siete años y Elena de cinco, emprendió un viaje más allá del espacio. Se fue lejos de allí. Abandonó ese lugar y a ese monstruo, decidida a dejar atrás un presente que olía a alcohol y a suciedad, pero sobre todo decidida a buscar un futuro con color para sus niñas. Huyó de todo aquello para volver a casa de sus padres, a escasos cuatrocientos metros de donde había vivido los últimos diez años. Fue el viaje más largo de su vida, como si hubiera cruzado todo un océano. Se libró de todo aquello. Y empezó de nuevo. Como Eva.

Al inicio de su amistad solían contarse penas. Al fin y al cabo, las vidas de ambas estaban surcadas de desgracias y lamentos. A veces incluso comparaban sus realidades, y discutían amablemente a cuál de las dos ese Dios ciego había castigado más cruelmente. Al final siempre la misma reflexión: Eva le decía a Marga que, al menos ella tenía a quien odiar, y Marga le decía a Eva que, al menos ella tenía a alguien a quien amar, aunque ya no estuviera aquí, y además tuvo alguien que la amó. Sí, la vida es eso. Una mala mezcla de amor y odio, a unos les toca una cosa y a otros la contraria. Al final Marga siempre acababa opinando que lo importante era el presente, y que debían mirar hacia el futuro por las tres criaturas que tenían entre ambas. Eva asentía, y añadía que lo que no estaba en sus manos, no les debería preocupar. Y que mejor ser prácticas y luchar. Se llevaban muy bien. Incluso sus tres hijos entre sí. Se habían encontrado los unos a los otros en una especie de casualidad del destino. De entrada, ambas pensaban que les unía la desgracia, pero luego descubrirían que no. Les unían las ganas de ser felices. Y lo fueron. Juntas.

El Restaurante *Casa Lola*, que era como se llamaba el establecimiento al principio de ser abierto, únicamente durante sus primeros cincuenta años, fue el típico restaurante de menús, donde el precio superaba en importancia a la calidad. O mejor dicho, a la variedad. Porque hay que ser justos, y comer, se comía bien. Entre comidas se jugaba al dominó, o a las cartas, entre vaso y vaso de vino malo. También contaba con un salón, donde llegaron a celebrar bodas los humildes, los que no podían permitirse una celebración fastuosa. La decoración era espartana. Estaba claro que toda la clientela que asistía religiosamente allí a comer, no lo hacía por el entorno. Tampoco se llevaba entonces el diseño para todo, como hoy en día. Pero a pesar de todo, era un sitio con encanto, entrañable, próximo y familiar. De esos sitios donde a los habituales, que eran casi todos, se les llamaba por su nombre y se les preguntaba por la familia. En los buenos tiempos, había llegado a contar con hasta diez empleados, que se ganaban bien el jornal cuando a Dolores le alegraban el mes contratando un banquete. Nada más entrar se topaba uno con lo que vendría a ser el bar propiamente dicho. A mano izquierda la barra, donde se exhibían todo tipo de bebidas alcohólicas, todas las botellas empezadas. Iba casi de pared a pared. Alrededor de ella, una serie de taburetes gastados, se ofrecían sin hablar a los clientes que se abrían paso entre restos de frutos secos y alguna colilla. Como esas putas que se niegan a dejar el oficio por pura costumbre, los maltrechos taburetes seguían al pie del cañón, soportando la carga de borrachos y fulanos en busca del último trago. O del primero. Es lo que tienen las ciudades pequeñas, o los pueblos grandes, como se prefiera. Demasiado tiempo libre, y siempre un conocido al que invitar, o del que ser invitado. Siguiendo el pasillo que se abría al fondo, se llegaba al salón. Y a medio camino, los lavabos. Era aquí donde se celebraban los convites. En el salón entiéndase. Si el festejo superaba los cincuenta comensales, había que hacinarlos como se pudiera, pero para actos menos concurridos, que eran casi todos los que allí se celebraban, la sala era suficientemente grande. El toque de modernidad a última hora, fue añadir enormes manteles de papel, que se cambiaban con cada cliente, o cada dos, según fuera de limpio el tipo.

Este fue el lugar donde Marga, se había pasado prácticamente todas las tardes de su infancia, ayudando en lo que le dejaban. De aquí sacaron sus padres el dinero para pagarle a ella, y a sus hermanos, la educación que recibían todas las mañanas. Había quedado en sus manos el día que sus padres se jubilaron por fin. Sus dos hermanos mayores no querían saber nada del negocio. En parte porque ninguno de los dos vivía en la ciudad, pero sobre todo porque el negocio

contaba con más agujeros económicos que tenedores. Y había muchos. La propuesta de Miguel, fue vender el local y con lo recaudado, saldar las cuentas. Y a otra cosa. Pero no les pareció mal a él ni a Arturo, el hermano mediano, que Marga se liara la manta a la cabeza y se quedara con el negocio. Al fin y al cabo, había sido ella la que más interés había mostrado siempre por él. Además, y esto Marga nunca lo supo porque no se lo dijeron, los dos hermanos estaban convencidos de que le vendría bien a Marga tener esa responsabilidad, y algo donde ganarse la vida, después de su tortuoso divorcio. Nunca le contaron que habían hablado por teléfono sobre ello, de su interés por ayudarla, por miedo a que se enfadara con ellos. ¿Pero quién creéis que sois vosotros dos sintiendo lástima por mí? Pensaban que diría. Pero no, no hubiera pensado eso. Habría pensado que sus dos hermanos la querían, y le ayudaban. Que aunque lo sabía, nunca está de más que a una se lo digan, y si es cada día, mucho mejor. Lo que nunca imaginaron los dos hermanos, era ver en lo que se acabó convirtiendo *Casa Lola* con el tiempo...

La nueva propietaria no tardó en alquilarlo, pero sin traspasarlo. Con lo que sacaba esperaba ir pagando las deudas heredadas. Lo cierto es que lo iba haciendo, incluso llegó a ganar dinero sin mover un dedo. Pero al finalizar el contrato, la pareja que lo tenía alquilado, decidió que su tiempo allí se había acabado, y lo dejaron. Al menos, las deudas que habían generado sus padres, estaban saldadas del todo.

Cuando el restaurante se quedó sin actividad, no sabía qué hacer con él. Pensó en vender definitivamente el local, como había propuesto Miguel en su día, y repartir el botín entre los tres hermanos. Olvidarse de todo. Pero no era momento para vender, a menos que una quisiera regalar. Y no quería. Fue entonces cuando Eva, dejándose llevar por sus instintos y deseos, le propuso su idea.

Era una especie de sueño que había tenido. Pero no un sueño de los que se tienen por la noche de forma inconsciente, sino algo que siempre había tenido en mente, y que no creía que pudiera realizar nunca. Marga la miraba con los ojos como platos, y de vez en cuando asentía pensativa. Le parecía buena idea, arriesgada tal vez, pero buena idea. Merecía la pena intentarlo. ¿Acaso no era ella quién siempre le decía que había que vivir el presente?

—Me parece una idea genial Eva. Iremos a medias.

—Bueno a medias no... El local es tuyo...

—¡A medias joder, he dicho a medias y punto!

Así era Marga. Contundente. A Eva no le quedó más remedio que aceptar. De nada servía llevarle la contraria a su amiga. Rígida y solemne, un punto ridícula, le tendió la mano para sellar el pacto.

—¡Al diablo con tus formalidades abogada! —de un manotazo le apartó el brazo y le dio un enorme abrazo, al tiempo que le besaba las mejillas. La otra lloró, al sentirse de nuevo abrazada. Hacía mucho tiempo que nadie lo hacía, y le pareció emocionante. Sintió en ese preciso instante, que algo maravilloso estaba a punto de iniciarse.

14

El *Café con Letras* está situado aún hoy en día, en la parte alta de la ciudad. En pleno centro histórico. El emplazamiento es, inmejorable. Lugar de visita obligada para todos los turistas, que son muchos en cualquier época del año. A escasos metros del ayuntamiento y de la iglesia. Desde fuera, en la época a la que estamos retrocediendo, llamaba la atención por su vistosidad. Si uno pasaba despistado, bien le podría parecer que se trataba de una tienda de antigüedades. En cambio, si uno era un visitante que conociera el lugar, pero que hacía tiempo que no pasaba por allí, lo que le habría sorprendido hubiera sido no encontrarse con el austero *Casa Lola*. No eran pocos los que se quedaban en la puerta extrañados, mirando hacia su interior.

Desde la vitrina de la entrada, se veían grandes lámparas verdes, que caían sobre pequeñas mesas, rodeadas de inmensos sofás de color marrón oscuro. El suelo de parquet, casi negro, y las paredes también de tonos oscuros, realzaban la luz sobre los clientes sentados cómodamente en sus asientos. Era un establecimiento tranquilo. Una especie de club de lectura. Nada más entrar, a mano izquierda, había una barra que estaba a caballo entre lo que era, una barra de bar, y el punto de información de una biblioteca. Era mucho más pequeña que la original, y en lugar de estar custodiada por numerosas y variopintas botellas de todos los tipos de bebidas, lo estaba por numerosos libros. En estantes idénticos a los de las bibliotecas. Del mobiliario anterior, cuando era *Casa Lola*, sólo quedaba en pie la enorme cafetera. Ya no se hacen como ésta; afirmó Marga cuando su amiga, y socia a partes iguales, le preguntó si estaba en condiciones de seguir utilizándose. Se servían cafés, té. y puntualmente copas de vino. Eso sí, la norma de la casa era que los clientes únicamente podían tomar una. Nada de excesos con el alcohol. Aunque el local no era precisamente un lugar que atrajera a borrachines sin causa conocida, como lo fue en sus inicios, Marga no soportaba ver a alguien con una copa de más en el cuerpo. Hay imágenes que a una nunca se le olvidan, y sin querer viaja a lugares oscuros del pasado, donde no es agradable regresar.

La parte trasera del local, la que hizo de sala para convites, se convirtió

en una sala más tranquila incluso que la parte anterior. Parecía un gran salón inglés. Aquí el silencio era total. No era interrumpido por el ruido ronco de la máquina de café, ni por el tintineo de las campanitas que sonaban al abrirse la puerta de la entrada. Los clientes disfrutaban de la paz de sentirse a solas, aunque rodeados. Sólo una leve música de fondo. Y sus ideas. Aquí se leía, estudiaba o escribía.

Esta descripción correspondía, más o menos, con la idea que Eva le expuso a Marga en su día. Una especie de cafetería biblioteca. Pero el local tenía algo más. No sería justo exponerlo aquí y ahora, sin presentar al ideólogo de tan brillante idea. Más adelante retrocederemos aún más en el tiempo, para conocer al viejo Agustín. Mientras tanto, volvamos al *Café con Letras* ya construido.

—La norma esa de una sola copa, nos llena el salón de gente que no consume nada y se pega toda la tarde aquí...

Eva tenía razón, pero más razón tenía Marga.

—¿Y qué más da? Hay sitio de sobra y además hacen como de mueble.

Y reían. En ese salón, de tanto en tanto, organizaban algún pequeño acto cultural. Artistas locales, y no tan locales, iban allí para mostrar su talento. Un cantautor, un violinista, un poeta... En esas ocasiones, se saltaban la norma, para alegría de Eva, y permitían a todo aquél que quisiera, tomarse una segunda copa de vino. Pero sólo una más. Que una cosa era engordar la caja registradora, y otra muy distinta llenar el *Café con Letras* con la clientela del pasado.

Al final, tanto la una como la otra, sentían que por fin sus vidas iban en la buena dirección. Se dejaron llevar por el viento a favor. Pronto el local adquirió cierta fama. Al principio por lo exótico de la propuesta, lo original, para convertirse después en un lugar de referencia. Es sorprendente como en las ciudades pequeñas, o pueblos grandes, la cultura se vive de forma más intensa. La menor oferta, en comparación con la que una podía tener en una gran ciudad, era la causa según Eva, de que la gente de allí valorara más lo que se le ofrecía y, al fin y al cabo, saboreara más las cosas. Y eso era lo que se obtenía cada tarde noche en el *Café con Letras*.

El punto álgido del negocio, les vino cuando el periódico provincial publicó un reportaje en su revista dominical. "*Café con Letras, como dejarse mecer por la lectura*", titulaba el periodista que les visitó una mañana de junio para conocer el local, hacer cuatro preguntas, y quedarse prendado del local. No sólo del local.

13

La Plaza Mayor siempre estaba llena a esas horas. La tarde invitaba a salir. A respirar. El verano daba sus últimos coletazos, y había que aprovechar días como

ése, teniendo al otoño picando a la puerta. Y es que los otoños, en este lugar, son inviernos. Pero al menos por entonces, la gente podía disfrutar de la tarde tranquilamente sentada en una de las muchas mesas de las terrazas de la plaza. El tiempo pasaba tranquilo.

En una de ellas, las dos socias del que sería el *Café* de referencia de la ciudad, charlaban amistosamente con Agustín. Eva lo había visto un par de veces contadas, recordaba haberlo visitado algún septiembre, en las semanas anteriores al inicio de algún curso de Pablo. En cambio, Marga conocía al viejo librero desde que tenía memoria. Cuando era niña, iba con su madre a la *Librería Esperanto*, propiedad entonces de un enérgico Agustín. Aquel hombre de mediana edad, siempre sonriente, tenía ese algo especial que atraía a los niños. Y es que son éstos, los que saben reconocer a las personas desde el primer momento. El bueno de Agustín, era de ese tipo de personas que con un simple gesto, hacía sonreír a cualquiera de ellos. Tenía mérito el librero, porque a los niños en general, acercarse a su librería a principios de septiembre, representaba una especie de peregrinación forzosa hacia el inminente inicio del curso. Y eso, ni para los más aplicados, era plato de buen gusto... Pero la visita a la *Librería Esperanto*, también era la posibilidad de admirar tebeos, revistas y portadas de libros fantásticos...

En ese momento, ese mismo librero, cargado con muchos más años sobre sus espaldas, escuchaba atentamente la exposición que Eva le hacía sobre su idea de negocio. La tarde anterior, Marga le había telefoneado para pedirle consejo. Le contó, muy por encima, la idea que tenían las dos amigas. Agustín aceptó encantado la cita para el día siguiente. Claro que iría a la Plaza Mayor a tomar un café. Y claro, les escucharía y daría su opinión. ¿Cómo estaban sus padres? Se alegraba.

Y ahí estaba. Serio y atento. Hablar de libros era su pasión. Literatura. Cultura. Educación. El pobre había tenido que luchar contra ello. Contra la insensatez de un sistema que se había empeñado en dejar sin leer a los pobres. Durante la época más gris del pasado reciente, había intentado que eso no ocurriera. Nada más abrir su librería, y ayudado por su esposa Herminia, ofrecía clases a niños sin recursos. Clases que nadie había de cobrar, ni mucho menos pagar. Enseñanzas sin coscorriones, ni aquello de que la letra con sangre entra, ni siniestros crucifijos adornando paredes. Lo único que se proponía era que esos muchachos, al menos, supieran leer y escribir. Con eso intentaba el obstinado Agustín, colaborar en un futuro mejor para todos esos desgraciados. Y no solamente asistían niños a sus clases, no eran pocos los adolescentes que iban muy de tanto en tanto, cuando podían, a la parte trasera de su librería. A éstos, sólo les exigía una cosa: debían lavarse bien las manos, para no dejar manchados

de restos de carbón, los libros gastados que les prestaba por unas horas... Esa actividad suya, que a su pesar no fue todo lo clandestina que hubiera deseado, le había hecho ganarse el cariño de sus vecinos y, en cierta medida, la enemistad de los poderosos de la época. Pero de eso hacía mucho tiempo. Ahora se había convertido en un anciano que miraba ya con cierta distancia a la vida, satisfecho por lo vivido.

—Vaya, qué pena que me hayáis cerrado *Casa Lola*... —dijo y rió al ver las caras de desconcierto de las dos. Le encantaba hacer este tipo de bromas. Y añadió al momento, ahora sí serio—: A ver jovencitas —para alguien que rozaba con la yema de los dedos los ochenta y tres años, todo aquél que tuviera menos de sesenta, era un jovencito—, ¿me estáis diciendo que prestando libros, vendiendo cafés y copas de vino —y mirando directamente a Marga añadió—: una por persona, pensáis hacer rentable un negocio?

No le faltaba razón al viejo librero. Le parecía una idea estupenda. Él, que era un romántico enamorado de la literatura, aplaudía esa forma original y bella de tirar el dinero. Qué total, ¿para qué se quería? Pero, ¿eso no era lo que querían hacer ellas, verdad? No, no querían.

Entonces, les dio una idea.

—Más que una biblioteca, podríais hacer una especie de librería. Vender libros. Prestarlos también, una cosa no quita a la otra —de vender, él sabía.

—Vale —Marga miró de reojo a su amiga y añadió—: ¡A medias!

La carcajada de Agustín se escuchó en toda la plaza. Incluso hubo un par de palomas que salieron atemorizadas del lugar. ¿A medias dices? No digas tonterías Marga, dónde voy yo a mi edad en un negocio. Ni su librería dirigía ya, al menos no de forma directa, ahora lo hacía su hijo.

—Mira, hablaré con mi hijo. La cosa no va muy bien, y crear un espacio nuevo de venta, puede ser interesante. Podéis hacer una especie de colaboración, vender los libros en la librería o en vuestro *Café*. Lo que no sé, es sí haciendo esto os meteréis en líos legales que os puedan traer problemas...

De nuevo los clientes de las demás terrazas se volvieron hacia aquella mesa en la que charlaban dos mujeres y un anciano, sobresaltados por una nueva carcajada. Pero esta vez la que reía sin medida era Eva. En la esquina opuesta de la plaza, una pareja de estadounidenses, concretamente de Memphis, se giraron hacia ellos irritados.

—*What the hell those fucking spaniard are whining about it?* —dijo él. Christine ni siquiera miró a su marido cuando se giró, volviéndose de nuevo al frente. No le contestó, hastiada como estaba por el inmenso dolor de pies, provocado por unas jodidas ampollas, en ese maldito viaje a pie recorriendo medio continente.

Así era el *Café con Letras*. Un espacio de unión para todos aquellos amantes de la literatura en esa bonita ciudad. Para los que leían, e incluso para los que escribían, que alguno siempre había, tecleando suavemente el teclado de su ordenador portátil, o los más clásicos bolígrafo en mano. Días felices en años plácidos. Tanto Eva como Marga, disfrutaban de esa calma. Por fin. Las dos.

Lo cierto es que el bueno de Agustín, había dado en el clavo con su propuesta. A pesar de que su hijo, y heredero del negocio, Enrique, había puesto el grito en el cielo, cuando su padre le había comentado, como de soslayo, la idea. Y no era la idea en sí lo que indignaba de veras al hijo, lo era el hecho de que su padre hubiera sido el impulsor de semejante barbaridad. ¡Se lo había propuesto él a aquellas dos!

—Pero papá, ¿me estás proponiendo que ayudemos a la futura competencia?

—Bueno, visto así... Tienes razón. Sí, te estoy pidiendo eso mismo.

Así era Agustín. Si creía que algo estaba bien, no lo rechazaba. Y por algún motivo incierto, había decidido que aquel negocio merecía la pena, no sólo nacer, sino perdurar.

Enrique se dijo que por qué no, al fin y al cabo su padre seguía dirigiendo la librería, a su manera, y sabía que en casos como ese, no merecía la pena perder el tiempo intentando cambiar de opinión a su tozudo padre. Quedó un día para charlar con Marga, a solas, y por un motivo menos incierto, también decidió que aquel *Café* merecía la pena perdurar. Y él les ayudaría.

—¿A medias? No, no, mejor colaboradores.

Al final, Enrique acabaría de socio del negocio. Trasladando por completo la librería que sería por entonces definitivamente suya, vendiendo el local donde en ese momento se encontraba. Mudando no sólo libros, sino a sí mismo, para encontrar algo que ya daba por perdido. Pero eso sucederá más adelante. De momento, quédese mi apreciado lector, con la idea de que Enrique era un simple colaborador en el *Café con Letras*.

Sobrevivir a un naufragio, no significa dejar de sentir el sabor del agua salada en el paladar. No acaba una nunca de luchar. De bracear. No se deja de mirar atrás. Se sigue sintiendo la oscuridad pegada a la piel. La soledad. El sinsentido de

todo. Pero también, se apreciaba más la amistad. La sonrisa. La complicidad. En ese punto estaban Eva y Marga, después de haber sobrevivido cada una a su propio hundimiento. Dirigiendo una cafetería, que era mucho más que eso. No sólo era un local para degustar un buen café, una especie de biblioteca con cientos de libros cedidos por la gente, o una original librería. No, era mucho más que eso para ellas. Era su tabla de salvación. Lo que les unía aún más y, sobre todo, lo que les hacía sentir vivas. Incluso por un largo periodo de tiempo, llegaron a olvidar que un día tragarían mucha agua.

Disponían de una enorme carta de cafés, otra de té y una menos extensa de vinos, por aquello de la norma de una sola copa por gajate. Eso, sumado a la venta de libros o alquiler de alguno, les hacía cubrir de sobras los gastos. De hecho, no tardaron en entrar en beneficios. A la norma de una sola copa de vino, se sumó otra no menos curiosa: toda persona que compraba un libro, comenzaba su lectura allí mismo, sentado cómodamente en uno de los enormes sofás, acompañando esa lectura de las primeras páginas de la nueva historia que acababan de adquirir, con la degustación de una buena taza de café arábico, robusta, Brasil, o en el caso de los más excéntricos, de un insulso descafeinado.

El negocio iba bien, muy bien. Aquella gente no parecía, de momento, cansarse del local. La novedad inicial que acompaña siempre a toda apertura, dejó paso a una especie de devoción hacia aquel lugar.

En lo que en su día fue el salón para banquetes, en una esquina, había un espacio destinado a los niños. Los hijos de las dueñas. Los tres ocupaban ese rincón cada tarde. Después de la escuela, iban allí a seguir con sus deberes. Marga los miraba desde lejos, orgullosa de ver a sus pequeñas en el mismo lugar al que ella también acudía cada tarde, después de clase. Pero el orgullo que ella sentía, era el de verlas estudiar donde ella había tenido que lavar vasos, fregar suelos o incluso servir mesas. Y sonreía cuando notaba que Eva se sumaba a aquella visión en silencio, a su lado. Miraban sin hablar a los tres niños. Laura parecía enseñar a Pablo. Pablo parecía enseñar a Elena. Y Elena repetía sin más... Ventajas de tener a tres pequeños que se llevaban un curso entre ellos...

Los días en los que no había programado nada especial en el *Café*, cerraban pronto y aprovechaban para ir a cenar todos juntos. No les resultaba extraño que en esos días, se les uniera con frecuencia Enrique. Siempre llegaba hasta ellas como por casualidad, aprovechaba para comentarles algo sobre este o aquel pedido de algún libro curioso y siempre, siempre, aceptaba su invitación para acompañarlas a cenar. Qué casualidad, decía para sí Eva, sonriendo sospechando lo que, para ella, era más que evidente.

Su presencia fue haciéndose cada vez más natural. Pronto dejó de parecer casual. Poco a poco, aquel nuevo cliente, que siempre pedía un café con leche, ni muy frío ni muy caliente, se hizo un auténtico habitual del *Café con Letras*. Enseguida dejó de ser un nuevo cliente. El periódico en el que trabajaba, lo había destinado definitivamente a aquella ciudad. O pueblo grande, según prefieran. Primero, inflando su ajustado sueldo a base de dietas, y más adelante suprimiéndole las mismas, animándole a echar raíces en aquel lugar. En ese momento, exento de la obligación de desplazarse, disponía de más tiempo para lo que realmente le gustaba: escribir. Qué sí, ya lo hacía en aquel Diario de provincias, pero no es lo mismo escribir con guión, que hacerlo sin él. Que cuando uno escribe en un Diario, la verdad se impone como guión preestablecido. Eso le estaba explicando a Marga una tarde, cuando ésta cayó en la cuenta. De repente se acordó y, por fin, supo por qué aquel tipo le sonaba tanto.

—¡Hostia Fermín, pero si fuiste tú el que vino hace unos años, a hacer una reportaje sobre nuestro *Café*!

Efectivamente, fue él quien cubrió aquella noticia. Para la revista dominical de su diario, como seguro que recuerdan. Ni fotógrafo había llevado, no había entonces recursos para dos billetes de autobús desde la capital a aquella pequeña ciudad. Nada, nada, Hernández, coja esta cámara de fotos, y usted mismo... El jefe de redacción, había que reconocerlo, era un hombre con recursos. De ahí que fuera el jefe.

Así fue como Fermín conoció años atrás aquel establecimiento. Y cada vez que su diario le enviaba a este pueblo grande, si podía, se escapaba hasta allí. Le había encantado el ambiente de aquel local. No necesitó adornar en absoluto la crónica sobre la experiencia de sumergirse en la lectura con olor a café recién hecho.

No tardó Marga en darse cuenta del modo en el que Fermín, el bueno de Fermín, miraba por descuido a Eva. A una mujer esas miradas casuales, una cada cinco minutos, rara vez le pasan desapercibidas.

Una tarde de primavera, de éstas en las que el frío del invierno se empeña en volver, Marga comentó algo a Eva. Estaban las dos amigas, y socias a partes iguales, charlando tranquilamente tras la pequeña barra. La tarde, por fría, era tranquila en el *Café con Letras*. Un cliente había estado hablando con Marga, pero ahora éste estaba tomado su café a solas, otro miraba los libros en una estantería, dos estudiantes comentaban apuntes, dos chicas más al fondo reían en voz baja... Y Fermín, sentado en la que era su esquina ya, el ordenador portátil encendido, tomando su segundo café, pero sin hacer ruido al no teclear su ordenador para escribir. Marga lo sorprendió varias veces mirando hacia ellas,

pero enseguida bajaba la mirada.

—Ese periodista, no te quita ojo nunca.

—¿Quién, Fermín?

—¡Joder! ¿Quién sí no?

—¿Quieres decir? —Eva notó como se ruborizaba levemente. De repente un calor, ¿agradable?, le recorrió el cuerpo. Lo cierto es que llevaba un tiempo, en el que a ella también le parecía que Fermín, el bueno de Fermín, estaba más pendiente de ella que de seguir trazando esa historia que, decía, estaba escribiendo.

Marga la miró con sonrisa pícaro, y tras darle un leve codazo le dijo: ¡vaya, sí se está poniendo roja y todo! Pero dejó de sonreír. El semblante de Eva mudó por completo. Las dos amigas se conocían lo suficiente como para saber, con mucha antelación, cuando a la otra le sobrevenían las lágrimas. Habían compartido muchas confidencias en el pasado, mezclando muchas de ellas. Sabían de sobras que unas mismas lágrimas pueden brotar de ojos diferentes. Y esa complicidad, iba más allá. Con la antelación referida, también eran capaces de distinguir la naturaleza de esas lágrimas por brotar. Marga sabía que su amiga no estaba a punto de llorar de felicidad. Ni de emoción. Lamentó en aquel preciso instante, haber hecho ese comentario que, creía, era inocuo, y se preparó para la tormenta de tristeza que iba a llegar de forma inminente al alma de su amiga, y por extensión, a la suya propia.

Eva sintió en un segundo, que bien podría haber durado medio año, que el tiempo retrocedía. Le abrasó, no sólo el recuerdo, sino el remordimiento. Que quema mucho más. Sintió un escalofrío al pensar que, como siempre le habían dicho y ella negado, el tiempo lo cura todo. ¿De veras le había curado a ella? No, claro que no.

18

El pequeño Pablo contaba con diez años. Hacía algo más de cuatro desde el fallecimiento del abuelo. Cómo pasa el tiempo, pensaba con pesadumbre Eva. Pablo era ya todo un hombrecito. Dispuesto a ayudar en lo que fuera menester. Siempre, después de sus tareas escolares. Su madre se sentía especialmente orgullosa de la dedicación de su pequeño para con los deberes encomendados. Nada parecía más importante para él, que dedicar todas las tardes al estudio, en el que fuera salón para banquetes del *Café con Letras*. Siempre en compañía de Laura y Elena.

No parecía que hubiera sufrido más de lo normal, si es que se puede

definir como normal el sufrimiento, con la pérdida de su abuelo. Al fin y al cabo, Julio había sido la única figura paterna que el pequeño había conocido, aunque un tanto distorsionada. El pequeño era todo para Eva. Por él se había sacrificado, y mil veces más lo haría. Aunque reconocía que tampoco le habían ido tan mal las cosas desde que...

Y apareció ese tal Fermín, y hasta Marga se había dado cuenta. Y ella, tan interesada en negar lo que, al parecer, no pasaba desapercibido para nadie, no se reconoció en aquella olvidada sensación. En lo que sí se reconoció, fue en el sentimiento de culpa que la invadió. ¿Desde cuándo no aparecía Sebastián en sus pensamientos? ¿Tan bien le iba todo? ¿Cómo podía siquiera imaginarse empezar de nuevo? ¿Realmente se lo merecía?

Diez años son demasiados, le repetía a menudo Marga. No, no son nada, es sólo tiempo, ése que no cura nada; le replicaba ella sin mucho convencimiento. Eva había tenido varios pretendientes durante todo ese tiempo. Con alguno incluso llegó a intimar algo más, pero siempre que intuía que ese alguien, quería algo más que compartir una tarde paseando, yendo al cine o comentando este o aquel libro, ella cortaba por lo sano. No, no quería nada. No, no es por ti. Déjalo, no quiero explicar nada más. Y se acababa. Y no explicaba.

Pero con Fermín, no ocurrió nada de eso. Sucedió sin más. Casi sin pretenderlo. Sin buscarlo tampoco. Para ella, fue como una especie de renacer. Recuperar sensaciones que daba ya por muertas. Al sentir las de nuevo, le produjeron una especie de sentimiento de culpa. Cruel. Un tipo de engaño hacia Sebastián. ¡Cuánto tiempo sin pensar en él! No eran pocas las veces en las que se culpaba, a solas, de aquella desfachatez de querer querer. Incluso sentía que se engañaba a sí misma, a sus sentimientos.

Tras el comentario de Marga, le pareció que su desliz, su descuido, su bajar la guardia, su dejarse llevar, su infidelidad, se hacía pública y, evidentemente, vergonzosa. ¿Tan insensible era? Y Marga, ¿tan poco le comprendía? ¿Cómo se había atrevido a decir aquello? Y qué pensar de ese tal Fermín Hernández, que decía escribir un relato barato y sin futuro, ¿cómo había podido creerse que ella, que penaba aún, diez años después, iba a caer rendida a su farsa de cortejo mudo? Y se repetía la misma pregunta: ¿cuánto tiempo hacía que no pensaba en Sebastián? ¿Cuándo dejó de hacerlo? ¿Qué pensaría Sebastián de todo esto? ¿Qué le hubiera aconsejado? ¿Qué hubiera querido para ella? Imposible de saber. Nunca hablaron de eso. Ni de muchas cosas, que se quedaron en el tintero. Seguro que le hubiese aconsejado que viviese, que disfrutara, que aprovechara el tiempo. Lo hubiera hecho, pero no lo hizo. Ya no estaba aquí, y no era momento para rogar consejo a alguien que ha sido olvidado tan rápido...

Los siguientes días, fueron para ella un peregrinar hacia un pasado

tortuoso. A lo que añadió, por propia voluntad y sin medida censora, una especie de auto flagelación por sentir que había olvidado, demasiado pronto, su pena por Sebastián. Que casi once años no son nada. O no deberían serlo. Que el tiempo no cura, que como mucho cicatriza, pero jamás hace olvidar. Que hay penas que no se marchan de una como si nada, que siempre vuelven, por la espalda, para asestar un terrible golpe, cuando menos lo esperamos aunque, pensaba, más nos lo merecemos.

Marga escuchaba paciente a su amiga relatándole sus sentimientos. Al principio le daba la razón, el tiempo no cura nada. Ni hace olvidar. Que no, las penas no se marchan como si nada. Pero no, no vuelven a golpearnos. Aquí no le daba la razón. Que somos nosotras quienes nos empeñamos en golpearnos. Que no Eva, que la vida no es eso. Que venimos a la vida para ser felices. Para reír y amar. Que no, no me pongas esa cara, y llora si quieres, eso es bueno. Aquí estamos para vivir, y la vida es luz. Es despertar por la mañana contentas de que contamos con un nuevo día. Y los hay con sol y otros con nubes, pero vamos sumando. Sí, lo sé, el dolor vuelve de tanto en tanto pero, ¿sabes Eva? Permite que vuelva las veces que quiera, pero no dejes que se quede.

—No se quedó conmigo cuando me visitaba cada día, cada vez que algún hombre me hablaba amablemente, cada vez que uno me rozaba el brazo, volvía. El dolor y el miedo... Volvían Eva, volvían.. ¿Y qué hice? No dejé que se quedaran. Tú harás lo mismo.

Y es que para alegría de ambas, Marga llevaba ya un tiempo saliendo con Enrique, socio de facto de su *Café*. Esos encuentros esporádicos, no lo eran tanto. Con el tiempo, establecieron una amistad que fue más allá. El hijo del viejo librero, nunca representó para Marga un recuerdo de su pasado de violencia. Se acercó a ella de una forma natural, y si con todos los hombres se le encendían todas las alarmas, con Enrique no se encendió ninguna. Claro que para ella, entonces él sólo tenía intereses comerciales con ellas. Claro que para él, entonces Marga simplemente representaba la mujer más maravillosa del mundo. Eva estaba radiante de felicidad por ver a su amiga superando sus miedos, que aunque justificados, eso los hacía más terribles, no tienen por qué aceptarse. Le encantaba ver a la pareja cuchicheando a cada momento, confidencias que no se han de compartir. Y sonreía. Por las dos. Porque la suerte de una, era la de la otra. Y ahora, tal vez, le tocaba el turno a ella. Con lo cual, por el azar o por el destino, las dos mujeres que se ayudaron la una a la otra, para salir del oscuro túnel en el que la vida les había introducido, fueron la confidente y animadora de la otra para asomarse a la luz de la vida. A menudo lloraban de pena o de alegría, incluso había momentos en los que no sabían con certeza si era lo uno o lo otro. Si se habían entendido y apoyado en lo malo, ¿cómo no lo iban a hacer en lo

bueno?

Eva entonces optó por una especie de dejarse llevar. Por ella misma. Por lo que quería. Y lo cierto es que no le costó hacerlo. Era algo que tenía que pasar de cualquier forma. Estaba en un momento feliz, plenamente feliz. Y ni los recuerdos amargos de otro tiempo, le estropearon el inicio de algo que creía que iba a pasarle. Se limitó a no hacer nada, y por fin creer que merecía algo bueno. Aquel periodista de capital trasladado a aquella ciudad pequeña, fue ocupando poco a poco, pero sin pausa, su tiempo y su espacio. Las conversaciones dentro del *Café con Letras*, se hacían cada vez más largas. Versaban sobre muchas cosas. Importantes y no tan importantes, arrancando miradas mutuas y sonrisas compartidas. Alguna cena a solas en algún restaurante de la zona, paseos al atardecer, y la relación fue afianzándose lenta pero segura. Las relaciones que no van a ninguna parte, son las que más lejos llegan. Y la de ellos, era una de larga distancia.

Ella simplemente se dedicó a vivir. Guiada por su corazón que volvía a latir. Él, simplemente inició un nuevo camino. Con ella como inicio y fin. Al contrario de lo que ella pensaba, en una de esas ideas que no se piensan, no comparó. No hizo el ejercicio de imaginar a cada momento que haría Sebastián. No puso ningún listón imaginario al bueno de Fermín. No, no lo hizo. Un día a solas, sentada en una mesa del *Café*, pensó en ello, y se sintió reconfortada al saber que el sentimiento de culpa, no existía. No es que se hubiera ido, sencillamente nunca había estado, porque con Fermín definitivamente al lado, nunca llegó esa culpa. Pensó en el otro con cariño, incluso con ternura, pero no con amor. Y casi sin pena. Tocaba vivir. Esa idea, hizo que sintiera un afecto sincero hacia el que fue, y abrazara ilusionada al que era. Así debía ser.

—¿Qué piensas tan concentrada? —Marga se le había acercado sin que ella se percatara.

—No dejé que se quedaran... —dijo con voz apenas audible. El miedo y el dolor, no se habían quedado en ella. Les había expulsado de su vida, sin esfuerzo. Casi sin darse cuenta.

En una de esas conversaciones que todas las parejas nuevas tienen, en las que hacen un repaso fugaz y de puntillas por su vida anterior, salió el tema de Pablo.

—¿Qué pasó? —preguntó entre curioso y precavido Fermín.

—Es una historia... iba a decir que larga, pero en realidad no lo es...

Mientras Eva le contaba a Fermín el origen de Pablo, éste cambiaba de expresión. A ella le pareció que le invadía la pena. Si esa conversación hubiera sucedido años más tarde, cuando la pareja se conociera de veras, no le hubiera quedado la más mínima duda de que Fermín estaba a punto de llorar. En ese

momento, sólo se lo pareció por un breve instante. El periodista escuchaba entre abatido y melancólico, y no dudó en tomar su mano, cuando vio que empezaban a asomarle las lágrimas por esos ojos que tanto admiraba.

—Una historia muy dura... —fue lo único que acertó a decir. Sobraban las palabras.

—Lo siento —dijo ella.

—No tienes por qué —replicó él, solícito.

—No pienso compararte, estoy en una especie de renacimiento —aseguró ella.

—No tienes que disculparte si lo haces, es normal —le tranquilizó él.

—Si, pero no quiero que pienses que sigo queriendo a un fantasma —suspiró ella.

—No es eso, es recordar, y si no lo hicieras, no serías tú, y yo me estoy enamorando de ti por ser tú —y tras estas palabras, se unieron en un largo beso.

Eva empezó a recordar a Sebastián con afecto, el amor, lo dejaba para Fermín. Y Fermín se sentía dichoso por devolverle la vida a quién amaba de veras. Se necesitaban y, ahora más que nunca, se tenían.

—Espero que mi pasado no nos condicione nada Fermín...

—El pasado no se puede cambiar Eva. Yo lo que quiero es cambiar tu futuro, el nuestro, desde el presente.

Y lo hicieron. Juntos. A Eva se le presentaba otro problema en esta nueva etapa de su vida: Pablo. El niño, crecido ya, nunca contó con la figura de un padre. Por desgracia para todos. El pequeño, pensaba, ni siquiera podría hacer esas odiosas comparaciones. Pero Pablo, si las hizo, al menos en su cabeza.

19

Aquella era una mañana cualquiera. Al menos, muy parecida al resto del último mes. Eva estaba sentada en la mesa de la cocina, tomando tranquilamente su pequeño desayuno, leyendo la nota. Fuera hacía frío. Pero de ése agradable que parece encender la sangre. Ese tipo de frío que calienta, que nos mantiene vivos, en contacto con nosotros mismos. Pero dentro de la casa, no. Y en la cocina, menos. Hacía una media hora que había vuelto a casa, después de llevar a Pablo a la escuela. Y ahora, como cada mañana, tomaba ese merecido desayuno. Y como el último mes, a solas.

No eran raras esas notas. Le llegaban a menudo, y cuando una lo hacía,

tras recogerla del buzón, la dejaba en casa para leerla más tarde. Como muchas veces, mientras leía, una lágrima lenta pero pesada, resbalaba por su mejilla para caer, en la mayoría de los casos, dentro de la taza de café que reposaba sobre la mesa. Así leía aquellas notas frecuentes. Sentada e inclinada hacia delante. Como le habían enseñado en la escuela que había que estar cuando se prestaba atención. Leía y se emocionaba. Por muchas que recibiera, siempre lo hacía. Más tarde, por teléfono, se reiría con el remitente sobre eso. Sin desmentirlo. Para nada. No fuera a creer aquél, que no tenían el efecto deseado y dejara de enviarlas...

*En lo más hondo de mi alma.
Me despojo del triste disfraz.
Solo quedo. Sólo soy yo.
Desnudo de superficialidad.
Renace mi verdadero ser.
No siento miedo.
No siento envidia.
No siento odio.
Sólo soy yo.
Sólo soy luz.
Sólo soy amor.
Y te espero.*

Esa fue la nota de aquella mañana. Una mañana cualquiera. La firmaba Fermín Hernández, desplazado de nuevo a la gran ciudad por su periódico. A Eva le encantaban esos detalles de su hombre. Al principio, los recibió encantada y emocionada, pero con el paso del tiempo, y al no menguar en absoluto éstos, le encantaron y emocionaron aún más. No era él de esos que buscan impresionar al principio y olvidarse después. Siempre tenía algo que darle a Eva. Algo que le hiciera entender que pensaba en ella. No basta con decirlo, hay que hacerlo saber; solía decir. Y desde luego que lo hacía. Tras dos años de relación, nunca había dejado de hacerlo, y ahora que por trabajo vivían separados, físicamente, eran aún más frecuentes esas muestras de amor incondicional.

Al año de estar juntos, Fermín dejó su piso de alquiler, y se trasladó a casa de Eva. Pablo encajó aquello bien. No parecía disgustado por la nueva situación. Tampoco entusiasmado, eso ya hubiera sido pedir demasiado. La madre dejó claro al hijo, que jamás, bajo ningún concepto, debía llamar papá al recién llegado, jamás. Insistió demasiado, ya que el pequeño pensó al momento de conocer a aquel padre de plástico, casi un año antes, que jamás le llamaría de esa forma, jamás. Asintió, pues, más convencido que nunca, a las indicaciones de su madre. Jamás, volvió a repetir entre dientes cuando se dirigió con pasos pesados hacia su cuarto. Jamás. De eso precisamente se acordaba ella aquella mañana

releyendo la nueva nota. La enésima. En haberle ordenado a su hijo que no llamara papá a Fermín. Dudaba si había hecho bien o no. Quizá lo correcto hubiera sido dejarlo a decisión del pequeño que, pensaba ella, no habría tardado en aceptar esa manera de dirigirse a Fermín, seguramente lo había estado deseando hacer. Pero ya estaba dicho y, en todo caso, sería absurdo ordenarle al niño lo contrario. Pablo se limitaba a llamarle por su nombre, con afecto y cordialidad. Más no se le podía pedir. Pero a partir de ese momento, a ella le parecía que todo se podía complicar más todavía.

Llevaba un par de semanas trabajando menos horas. Muchas menos. Un par por la tarde. Por decisión unilateral de Marga, que se había negado en redondo a aceptar la propuesta de su socia de seguir como si nada. Y es que Eva estaba decidida a cambiar lo mínimo su rutina. Al menos, no de momento. Pero su socia era más tozuda que ella.

—Pero si nos apañamos perfectamente sin ti, incluso estaremos mejor — y reía a carcajadas viendo la cara seria de su amiga. Pero la otra también tenía su parte terca, y al menos consiguió que le permitiera trabajar algunas horas cada tarde. Hasta el final de todo aquello.

—Oye, que somos socias a partes iguales. ¡Qué no mandas tú, eh! Además, no es para tanto, es sólo un embarazo.

20

El segundo embarazo de Eva fue totalmente distinto al primero. Nadie le reprochaba nada. Absolutamente nada. Todo fueron felicitaciones. Buenos deseos. Alegría. Y se sintió feliz como nunca. A pesar de no contar con una familia cerca. Al menos no una real. Porque familia, tenía, en aquella pequeña ciudad que antaño le era desconocida, y ahora reconocía como suya.

Pensó durante un instante en cómo habría sido la primera vez, si todo no se hubiera ido al garete por aquella extraña enfermedad de Sebastián. Un síndrome del que no recordaba el nombre. Se imaginó por un momento, la cara que hubiera puesto él al saber la noticia. Pero eso, era pasado, y lo que verdaderamente importaba era el presente y el futuro. Y en ello se volcó en cuerpo y alma. Ahora, todo era diferente. Mucho mejor.

Fermín recibió la noticia con una alegría que arrancó en ella una carcajada que duró varios minutos. Los que tardó el periodista en calmarse. Aquel día, estaban en casa preparando la cena. Tras un retraso en el periodo de Eva, ésta se hizo la prueba... Positivo. Al principio sintió algo extraño. ¿Se alegraba? Claro que se alegraba. Mucho. Demasiado quizá. Pero, ¿qué pensaría

Fermín? No le cabía duda de que aquel hombre la quería como nadie lo había hecho en mucho tiempo. Probablemente, como nadie lo había hecho nunca. Pero tener un hijo, era otra cosa. Ella había apostado fuerte por el suyo en su momento. ¿Lo haría también Fermín? Creía que sí, pero en esta vida de luces y sombras, y promesas carentes de avales, nada había que dar por seguro. Tenía ya una edad como para ni plantearse un embarazo, pero como le sucedió con Pablo en su momento, el destino, la fortuna o el azar, le habían dado otra vida, y decidió que debía sacarla adelante.

Pero sus sospechas se cumplieron, y ese día en el que todo iba a cambiar, las cosas ocurrieron como había pensado que ocurrirían, y como deseaba...

—¿Te imaginas tener un hijo?

—¿Un hijo, quién?

—Pues nosotros idiota...

—Sería fantástico...

Y mientras decía eso, Fermín dejó de pelar la patata que tenía en la mano. Miró por la ventana, y pareció que hasta se lo imaginaba.

—¿En serio lo crees?

—¿El qué?

—¡Joder Fermín, lo de tener un hijo!

—Por supuesto...

—Felicidades.

Tardó varios segundos en reaccionar. Siguió pelando como si nada la maltrecha patata. Entonces se giró hacia Eva, que sonreía como nunca. Que tonto eres, le dijo. ¿Yo? Entonces ella, se señaló el vientre y movió la cabeza como diciendo que sí. Nunca olvidaría la cara que puso Fermín en ese momento. Abrió la boca como quien grita a pleno pulmón, pero sin pronunciar una palabra. Dejó el cuchillo delicadamente sobre la mesa de la cocina, y con la boca todavía abierta, abrió la ventana y lanzó con todas sus fuerzas la patata a medio pelar hacia la calle. Se asomó y soltó un grito que debieron de escuchar hasta en la sede de su periódico. Se giró hacia Eva envuelto entre lágrimas. Ésta reía a pleno pulmón, y dejó de hacerlo al ver a su amor llorar y mirarla tiernamente. Se callaron los dos, para escuchar los latidos de sus corazones. Latían a la misma frecuencia. Se acercaron el uno al otro, y se abrazaron. Fermín le acarició la cabeza. La peinó suavemente. Le dijo al oído, en un susurro, lo mucho que la quería y lo mucho que le hacía feliz. Entonces, se agachó despacio. Como queriendo perpetuar ese momento. Una vez de rodillas, levantó suavemente la blusa de ella, que se dejaba hacer. Le miró a los ojos y sonrió. Depositó en su vientre un beso para los dos. Y la volvió a abrazar allá abajo. Ella rompió a

llorar, como hacía tiempo que no hacía. De plena felicidad. Pensó en lo feliz que era, otro beso en su vientre le devolvió a Fermín, que volvía a besarle entre lágrimas.

Como no podía ser de otra manera, la segunda persona que recibió con verdadera emoción la noticia fue Marga. Rompió a llorar nada más acabar Eva su breve discurso. Qué diferentes eran esas lágrimas de ahora. Se abrazaron en la pequeña barra del *Café con Letras*, y Marga gritó a todo aquél que la quiso escuchar, que la casa invitaba a una copa de vino. Pero nadie se levantó a por ella, lo que provocó una sonora carcajada de Eva.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado Enrique, que se acercó corriendo desde la estancia que fue salón de bodas.

—¡Vamos a ser tíos *Quique*!

Y entonces fue Eva quien se emocionó al ver la cara de felicidad de éste al saber la noticia. Qué diferente era todo ahora. Esta segunda vida que se proponía traer al mundo, venía con una alegría y una felicidad nada conocidas por ella. Ahora que no tenía familia, se sentía más querida que nunca entre los suyos. Tras recibir la felicitación sincera de Enrique, se sentó en la mesa del fondo, la de Fermín, sola. Pensó un buen rato en lo feliz que era a su lado. Por nada del mundo, cambiaría su vida con él.

21

Llovía. Ese día llovía con intensidad. En esa parte del mundo, lo hace a menudo. Y más en esa época del año. Algún motivo tiene que haber al hecho de que el paisaje sea tan verde. Al principio, a Eva le costó acostumbrarse a eso, ella que venía de un lugar donde dos días seguidos lloviendo, provocaban irascibilidad en las personas. Pero con el tiempo, le pareció una característica más de su nuevo hogar. El caso es que llovía, y como todos los días que lo hacía, Pablo llegó empapado a casa. Al entrar, fue directo al cuarto de baño para quitarse la ropa. Tan rápido, que no se percató del semblante solemne de su madre y de Fermín, a quien jamás había que llamar papá.

Pero al salir del baño, únicamente vestido con unos calzoncillos de *Spiderman*, se percató de que su madre lo esperaba. Vístete y ven a la cocina Pablo, hay algo que debemos hablar.

El pequeño repasó concienzudamente lo que había hecho esa semana. Nada. Retrocedió un poco más. Nada tampoco. No recordaba haber hecho nada manifiestamente malo el último mes. Nada. Empezó a ponerse nervioso al desconocer por completo el motivo de la bronca que, pensaba con temor, estaba a

punto de venírsele encima. Y no es que recibiera muchas, más bien al contrario. Por eso empezó a sentir miedo a lo desconocido.

Pero no. Lo que iba a escuchar aquella tarde, no era algo que hubiera hecho él. Aunque, de entrada, no estaba seguro de si eso era un severo castigo o no. No sabía como reaccionar ante la noticia...

Eva se alegró al ver a su hijo contento. El pequeño sonreía y recibía la noticia con entusiasmo. ¿Un hermano? O hermana... Gracias. Eva sintió que todo iba bien, por el buen camino. Le estaba dando a Pablo una familia. Sin buscarlo, sin pretenderlo. Primero la figura de un padre, y ahora algo que no era necesario llamar como no era, un hermano. O una hermana. Alguien que le acompañaría toda la vida. Alguien a quien confesar todo. Alguien a quien querer por encima de todo y de todos. Sí Pablo, un hermanito que deberemos cuidar todos. ¿Estás contento? Nos alegramos. Y le abrazó, le abrazó durante unos minutos que bien podrían haber sido horas.

Lloró de nuevo Eva de emoción. Lloró otra vez Fermín de felicidad. Y Pablo, mientras, se preguntaba qué era aquello tan horrible que había hecho para merecer ese castigo tan cruel.

La confirmación del segundo embarazo de Eva, precipitó lo que tenía que pasar. Seguramente iba a suceder de todos modos, pero fue el impulso definitivo.

Ese otro día no llovía. Hacía un sol radiante. Era otoño. Cálido. Cercano. Una mañana tranquila en un lugar tranquilo, rodeados de gente con ganas de celebrar. Pocos familiares y mucha familia. Muchísima. Aquella mañana de octubre, Eva estaba radiante de felicidad. El día en el que le dijo "sí quiero" a Fermín, era la mujer más bella del mundo, y lo siguió siendo mucho tiempo, que la felicidad radiante no dura un solo día. Si es sincera, dura toda la vida, y la de ellos era más que sincera. Eva se acordó allí mismo, mirando fijamente a los ojos de Fermín, guapo como siempre, cuando éste le propuso torpemente matrimonio apenas tres días después de comunicarle ella que estaba embarazada.

—Esto... me preguntaba si... quieres qué...

—Pues claro que si tonto, dame un beso anda.

—¿Sí qué?

—Que nos casamos.

Y se casaron esa mañana de octubre. Todo seguía viento a favor.

Pablo miraba maravillado al cielo. Le encantaba ver como caían suavemente los copos. Y caminar sobre la nieve. Siempre iba buscando las zonas sin pisar, para dejar impresa su huella. El invierno era su estación preferida precisamente por eso. Por ver nevar. Aunque el frío no era precisamente de su agrado.

—Vamos Pablo, no te entretengas, ve recto que tenemos prisa.

Fermín lo apremiaba camino del hospital. Esa misma mañana había nacido María, y ahora le tocaba a Pablo conocerla. ¿Qué sentiría al verla? ¿Afecto? No estaba seguro.

Eva les sonrió desde la cama, mientras se llevaba el dedo índice a los labios para hacerles callar. María dormía en una extraña cuna, al lado de la cama de la madre que ahora debían compartir los pequeños. Pablo la miró en silencio. Eva sonrió. Fermín mantuvo las distancias ante aquel momento de comunión entre madre e hijo, y aunque lo sintiera como suyo, no quería inmiscuirse. Ni tampoco desentenderse del todo.

—Cuando se despierte, la coges.

Claro. Cuando se despertó, Pablo la abrazó entre sus brazos, y sintió algo que no sabía describir. Era su hermana, y llevaba algo de él también. Pero no todo.

23

—¿Cuándo sabrás algo seguro?

—Pues no lo sé, es posible que la semana que viene.

—Sería genial que consiguieras ese puesto...

—Ya lo creo...

Fermín acunaba delicadamente a María para que se durmiera, mientras hablaba en voz queda con Eva. Le encantaba hacer esas cosas. La paternidad. Esa sensación de felicidad extrema, no le impedía sentir una envidia rayana a la devoción hacia las mujeres, por ser ellas las verdaderas protagonistas de la creación. Por eso ahora, actuaba así, como si quisiera compensar a María por esos nueve meses en los que las dos mujeres de su vida habían estado unidas sin él. Le había cambiado el humor al bueno de Fermín el hecho de ser padre. Si ya de por sí se mostraba siempre amable, ahora lo era algo más. Si antes era paciente, ahora lo era mucho más. Había en él un brillo especial en la mirada, cada vez que contemplaba como la madre le daba de mamar a la hija, y no eran pocas las veces en las que se le escapaba una lágrima, de felicidad decía él, al contemplar la escena.

Incluso sus crónicas en el periódico eran diferentes. Más sentidas, más

humanas. Todo él había cambiado. Sin hacer ruido en aquella algarabía interior recién estrenada. En esa situación, se había propuesto no perder más tiempo y buscar un trabajo que le permitiera no separarse de Eva ni de María. Ni de Pablo. De eso precisamente hablaban ese día, mientras mecía a la pequeña entre sus brazos. Para Fermín, era momento de apostar por lo suyo, y olvidarse de él mismo. Siempre había creído que en su periódico tenía una carrera por hacer, la posibilidad de escalar profesionalmente. Pero eso carecía de importancia en comparación con el placer, el privilegio, de poder ver dormir a su María cada noche. Y de charlar, como ahora, con su mujer. Su jefe le había dicho, con pesadumbre temiendo lo peor, que no le podía garantizar un traslado definitivo. No, no podemos mantener un corresponsal fijo allí, de momento no. Y ante esa dificultad, Fermín había movido hilos, hecho cuatro llamadas, y asistido a varias entrevistas en los medios locales. Y ahora, en el momento preciso al que hemos viajado a través de estas páginas, Fermín, el bueno de Fermín, estaba a una semana de encontrar el trabajo que le devolvería a su hogar.

A Eva todo aquello se le hacía una densa espera. No quería que su marido desapareciera tanto de casa. Disfrutaba viendo su devoción paterna. Le resultaba reconfortante tenerlo siempre cerca. Tan preocupado por todos. Por fin, había encontrado la figura del esposo, del padre, del amigo, del hombre, del compañero... Todo eso, en Fermín, el bueno de Fermín. Pero no podía presionarle en un sentido u otro. Ella en su momento se había olvidado de su profesión, pero sabía que él no podría hacerlo. Y le gustaba que así fuera. El amor y el respeto es eso, desear los sueños de los que una quiere con más fuerza que los propios. Ella soñaba los sueños de él. Lo quería ver feliz. Cumplir sus deseos y que su carrera profesional fuera exitosa.

Como se ha adelantado antes, finalmente encontró trabajo en la ciudad donde ya se sentía uno más. El inicio fue duro, pero las cosas buenas nunca son fáciles, eso lo sabía muy bien Fermín. Y entre preocupación y preocupación, siguió con sus crónicas apasionadas. En el pequeño diario local, enseguida cobró relevancia su sección, e incluso llegaron a reconocerle por la calle. Algo que no era muy del agrado de él, pero que provocaba la sonrisa en ella. Aunque ese reconocimiento público no era de su gusto, sí se le veía feliz por su nueva situación. Por su nueva vida más estable y serena.

—¿Oye, y esa novelita que estabas escribiendo cuando frecuentabas tanto el *Café*? —le preguntó un día socarrona Eva.

—Se está escribiendo.

—¿Y de qué va?

—De la vida.

—¿Es de llorar?

- ¿Tú lloras en tu vida?
—Claro.
—Pues eso.
—¿Y tiene título?
—Uno provisional: *La vida al fin y al cabo*.

24

Fue idea de Enrique, que aquello le pareció una especie de homenaje a su difunto padre. Sí, definitivamente era una buena idea. Aunque con matices, las circunstancias de ahora afortunadamente no eran las de entonces, esa nueva actividad dentro del *Café con Letras*, era recuperar en cierta manera el espíritu de Agustín, en su intento de dar cultura a los necesitados. Por eso le propusieron que trasladara allí mismo, al salón del fondo, sus clases particulares. Ella aceptó encantada, con la misma sonrisa de siempre. Qué fácil era todo con aquella mujer.

Christine llevaba casi un año viviendo en aquella ciudad. Junto a su marido, Harry, un alto directivo de una multinacional con sucursal allí mismo. El trabajo de éste era dirigir aquella delegación un poco apartada de todo. Viajando constantemente a lo largo y ancho del país. Con el tiempo, le propusieron, más bien le ordenaron, que se trasladara a la capital. A las oficinas centrales. Pero se negó en redondo a abandonar la que se había convertido en su ciudad. Eran una pareja amable, agradecida en el trato corto. Christine buscó trabajo nada más llegar. Siempre lo había hecho. No aceptaba vivir a la sombra de su marido, él tampoco lo hubiera querido. Pero el tema del idioma le condicionaba sobre manera. Apenas si sabía pronunciar unas pocas palabras en castellano, aprendidas años atrás durante la peregrinación que hizo junto a su marido. Aquel viaje a pie, les contó una vez en el *Café*, fue una de esas brillantes ideas de su marido. Tenía muchas ideas como aquella del paseo por medio país: desastrosas.

—Chris, nos vamos a España. Vamos a ir primero a recorrerla a pie. Me han dicho que es la mejor manera de conocer el país. Su interior y su gente —le dijo una mañana desayunando en su casa de Memphis, cómodamente sentados alrededor de la mesa de la cocina, leyendo la prensa, tomando café y tostadas. Ese día, Harry le expuso una de esas ideas tan brillantes, obviando el detalle que ese viaje iniciático, estaría aderezado con dolor de pies, brazos y espalda. Christine asintió desinteresada por la propuesta.

Tras ese viaje, ella entendió un poco más la cultura y hacer de esa gente, que ahora son la suya. Por su parte, él observó todo con ojo mucho más crítico. Acabaron hastiados de ese viaje, pero más conscientes de, nunca mejor dicho, donde iban a pisar.

El trabajo con el que se tuvo que conformar Christine, como decía ella entonces, fue con el de dar clases particulares de inglés. Eso le sirvió de entrada para, no sólo enseñar su idioma, sino familiarizarse con el de los demás. Era una especie de pasatiempo temporal hasta que encontrara algo más acorde a su formación. Pero lo cierto es que le cogió gusto a aquello y, lo más importante, le ayudó a relacionarse.

A Fermín se la recomendó un compañero de trabajo, y se interesó desde el principio. A Pablo le vendría muy bien esa ayuda. Además, si perfeccionaba su inglés usando la manera americana, mucho mejor. Incluso la pequeña María, a sus cuatro años, también se colaba alguna tarde en las lecciones de su hermano. Christine la recibía con una sonrisa y siempre, siempre, le hablaba en inglés. Al principio la pequeña la miraba divertida, sin entender ni una palabra. Le hacía gracia esa voz distinta y esas palabras extrañas. Pero pronto empezó a contestarle, primero con gestos, y luego con palabras cortas pronunciadas en la misma lengua extraña que ella no entendía pero que empezaba a saber qué significaba. Ahí empezó a tejerse la amistad entre Christine y la familia de Eva. Especialmente con ella. La profesora particular de inglés, se dejaba ver cada vez con más frecuencia en el *Café con Letras*. Tanto Eva como Marga, no tardaron en acostumbrarse a su siempre encantadora presencia. Establecieron un tridente de amigas que vino a completar una especie de triángulo de confesiones y anhelos de unas y otras.

Hasta que a Enrique se le ocurrió lo de las clases particulares, y Christine se unió ya para siempre a la familia *Con Letras*, como solía decir entre risas Eva a sus dos amigas.

—Quien entra en esta familia, tenedlo bien en cuenta, no sale nunca —y volvían a reír.

25

Luís Samprín, *El Gato Samprín*, fue uno de esos casos de joven promesa con el futuro truncado. Uno de tantos. Un portento de la naturaleza. No se había visto cosa igual. ¡Con diecisiete años debutó en el primer equipo! Se llegó a comentar en más de una tertulia, que la selección nacional estaba a punto de convocarle para la sub-21. Incluso se aseguró que el equipo de la capital le seguía la pista. Había quien aseguraba que varios ojeadores de primera, solían dejarse ver en los partidos que el equipo disputaba. Era cuestión de tiempo que alguno de ellos se lo llevara para siempre. Pero al final ninguno acabaría llevándose al mejor portero que la historia vio jugar en estas tierras. *El Gato Samprín*, en una de esas noches

de juerga que su edad, fama e inconsciencia le obligaban a disfrutar, sufrió un grave accidente de tráfico que le apartó definitivamente del mundo del fútbol. Al menos como protagonista directo. Pero no era Luís de los que se hundían a las primeras de cambio, y el muchacho de entonces decidió tirar por los estudios, licenciarse en periodismo y así, ese era el objetivo, seguir vinculado al mundo del deporte. Y naturalmente, al fútbol.

En el momento al que estamos retrocediendo, Luís Samprín ya ejercía su profesión como locutor en la radio local. Retransmitía todos los encuentros del equipo de la ciudad, que militaba en la segunda división. Toda una gesta para aquel pueblo grande.

—Me tienes que hacer un favor Gato —esas palabras utilizó Fermín aquella tarde en la que llamó a Luís desde la redacción de su periódico. Y es que la tarde anterior, Harry les había pedido tanto a él como a Enrique, que le explicaran todo sobre el fútbol.

—¡Oh, es maravilloso el *soccer*! Enséñenme las reglas...

Para eso, había un problema: ni Fermín ni Enrique, tenían la más mínima idea sobre fútbol. Eran los raros seguramente. Pero al bueno de Fermín, se le había ocurrido la idea de llevar a Harry al campo para que pudiera ver un partido en directo, y quien mejor que *El Gato* para que le explicara los pormenores de ese maravilloso juego, según el americano.

—Vale, pero dile a tu amigo que en la cabina, ni una sola palabra.

Cumplió su palabra Fermín. Le dijo a Harry que sobre todo, ni una palabra en la cabina. Cumplió a medias el americano, que no se estuvo de exclamar a cada ocasión que pudo: "*Oh*", cuando un lance del encuentro le resultaba sorprendente, por motivos inverosímiles. O "*it's fantastic!*" cuando le agradaba algo, "*oh yeah!*" al marcar el equipo local, u "*oh shit*" cuando lo hizo el contrario. Luís se desesperaba mientras narraba, y recriminaba a su polizón con la mirada. Éste parecía entender, y se llevaba el dedo índice a los labios y asentía, como diciendo nunca más, que siempre resultó ser hasta la próxima.

Pero el caso es que los muchos oyentes locales de ese partido, aplaudieron lo que ellos creían que eran efectos sonoros. Su jefe, en lugar de recriminarle la desfachatez de meter a un intruso en la cabina, le felicitó por la idea, encomendándole la responsabilidad de repetir aquello cada partido.

—Tu amigo me deja sin trabajo cualquier día —le llegó a decir, medio en broma, medio en serio, Luís a Fermín un día por teléfono. Tranquilo, que a eso no se va a dedicar profesionalmente Harry, creo... Y ese creo, tranquilizó a medias al otro.

Harry no cabía en sí de gozo. Asistía cada dos domingos al campo para ver el espectáculo. Aquel periodista malhumorado, había dejado de reprimir sus

exclamaciones, y ahora las hacía sin pudor. Y no sólo eso, a medida que se manejaba con el idioma y en el conocimiento del juego, se permitía la licencia de opinar sobre esto o aquello. No tardó en tener micro propio, y en convertirse en segundo, cuando no primer, narrador de los encuentros. Christine estaba encantada con el nuevo hobby de su marido. Ya no faltaba todos los fines de semana por tema laborales. Como mínimo, dos al mes, los pasaba en casa, esperando para ir al estadio a "trabajar". En su empresa también aceptaron de muy buen gusto, que delegara en sus subordinados y les dejara a ellos asistir y tomar decisiones cuando él no podía desplazarse. Y le pagaban. Cosa que le resultaba ciertamente cómica. El dinero ingresado por charlar de fútbol, lo donaba en parte a una asociación benéfica local, y con el resto invitaba a sus amigos a cenar una vez al mes. A todos.

En la mesa se juntaba la Familia *Con Letras*: Eva y Fermín con Pablo y María; Marga y Enrique, con Elena y Laura, y Christine y Harry. En alguna ocasión se les unía Luís a esa especie de ritual mensual, pero no todas las que quería Harry, que eran todas. Eran noches de sentimientos, todos reunidos. Riendo y contando anécdotas divertidas del último mes, como si hiciera justo ese tiempo que no se veían, cuando lo hacían casi a diario. No era extraño que alguna conversación acabara entre lágrimas, atajadas siempre por Harry con un último brindis. Eran felices, porque se tenían los unos a los otros...

Una de esas noches, se quedaron solos los tres hombres, tomando la última. Ya fuera por la alta ingesta de alcohol que llevaban en el cuerpo, o simplemente porque aquellos tres se llevaban francamente bien, tuvieron un momento de confidencias.

—Amigos míos... Chris y yo, llevamos intentando tener un hijo desde hace muchísimo tiempo... Y no hay manera. No nos hemos hecho pruebas, pero creo que la culpa es mía. Ya veis, no tengo vuestra suerte, que tenéis dos cada uno...

—En realidad, sólo María es mía. Pablo no, aunque como si lo fuera, ya me entendéis...

—Y yo no tengo ninguno, ni Elena ni Laura son mías.

—Vaya... Entonces no me sacáis tanto... ¡Estoy como Enrique, y a uno sólo de ti Fermín!

Después de las risas, Harry se puso serio para brindar.

—¡Por la paternidad! —apuró su copa, la dejó sobre la barra, y se desplomó allí mismo todo lo largo que era. Que era mucho.

—Es un chico estupendo, muy aplicado e inteligente. Y con una gran determinación... ¿Cómo lleváis lo suyo? Bueno, imagino que bien.

Eva no tenía la menor idea sobre qué era eso que Christine llamaba *lo suyo*, refiriéndose a algo de Pablo. Su amiga enseguida se dio cuenta de que ella no entendía a que se refería, o que lo desconocía, y cambió de tema.

—No, no, no te vayas por las ramas... ¿qué es *lo suyo*?

—Oh, nada, nada... No me expresé muy bien... Quería decir qué pensáis sobre que ya no quiera ser médico...

Sin duda Christine había adquirido cierta fluidez con el idioma, pensaba para sí Eva. Había que reconocerlo. Y como reconocimiento a esa capacidad, se dejó engañar. Bien, lo llevamos muy bien; le contestó mientras pensaba qué sería aquello que su amiga sabía de Pablo y ella no.

—Yo no le daría vueltas, no debe ser algo importante. Si lo fuera, te lo hubiera explicado. Será algo que le habrá contado a ella en plan secreto, para que le aconseje. Hay cosas que no se pueden hablar con una madre. No te preocupes.

Fermín siempre le veía el lado razonable a las cosas. Y como casi siempre, tenía razón. Era mejor no dar vueltas a algo que no se conocía y que, como bien decía él, no debía de ser preocupante si Christine no se lo había explicado. Pablo... Doctor Losada... Qué buena salida había tenido la americana de las narices con eso de la medicina. Sin darse cuenta, Eva sonrió pensando en su amiga, y dejó de darle vueltas al asunto.

27

Era principio de septiembre. La reunión de esa noche, adelantada unas semanas para hacer coincidir todo, tenía muchas connotaciones. Por un lado, celebraban el final de las vacaciones de unos, el inminente inicio del curso escolar, el de la liga de fútbol, y por lo tanto las retransmisiones codo con codo de Luís, que esa noche estaba presente, y Harry. Y además, eran las fiestas locales, con lo cual todos habían podido asistir sin problemas. También era una especie de pequeño homenaje a Pablo, que en un par de semanas iba a dejarles a todos, para estudiar fuera, a la misma ciudad donde lo hacía desde el curso anterior Laura. Había crecido mucho el pequeño de Eva. Demasiado, pensaba ella con pesadumbre, más por el avance irremediable del tiempo, que por un sentimiento de protección. No se iba a ir muy lejos, pero sí lo suficiente como para no volver a diario y, esto lo sospechaba y aplaudía ella, sí para probar eso de volar a solas. Una madre sabe que un hijo, una vez probada la independencia, ya no querrá volver atrás, y así

debía ser.

Al final de la cena, todos charlaban alegremente. Alguno a viva voz. Otros cuchicheaban cosas ininteligibles. Marga y Eva reían repasando la cantidad de años que llevaban juntas, con el *Café* a cuestas. Enrique trataba de convencer a María para que acabara al menos el postre. Harry le comentaba a Christine lo guapa que estaba, en castellano, mientras ella sonreía. Luís le explicaba a Fermín, que la semana pasada le habían ofrecido a Harry comentar la actualidad deportiva en la televisión local, a lo que el americano les había contestado que sin *el Gato*, no iba a ninguna parte.

—Después de cinco años trabajando juntos, no deja de sorprenderme el dichoso americano. Ya ves, yo que pensaba que me iba a quitar el puesto...

Laura le contaba a Pablo sus planes inmediatos, ahora que el verano se estaba acabando, y Elena le insistía, en susurros, que no dejara de llamarla cada día.

—¡A ver señores, un poco de atención! —para sorpresa de todos, cuando se habían acabado de tomar los postres, Enrique se puso en pie. Era extraño que iniciara un brindis, con lo cual suscitó enseguida la atención de todos los presentes. Incluso algún camarero, acostumbrado ya a aquella tribu, cesó su actividad para atender y escuchar lo que iba a decir aquel tipo—. Marga, cariño, haz los honores —y con una cómica reverencia, le invitó a que se levantara y tomara la palabra.

—Bien, Enrique y yo... ¡nos casamos! ¡Qué no falte nadie!

Los gritos y aplausos rompieron el silencio estridente previo al anuncio. Volaron servilletas, se escucharon vivas, cucharillas sobre las copas, felicitaciones... Harry, con una sonrisa que no le cabía en la cara, exclamó:

—¡Ya era hora, mucho te los has pensado! —mientras corría hacia su amigo. Fermín también hizo lo propio, y enseguida estaban los tres abrazados y saltando, como tres chimpancés, para alegría y alboroto, desmesurado, del resto. Entonces Harry se giró un momento, y añadió—: ¡Gato cabrón —era indudable que dominaba ya a la perfección el idioma—, ven aquí a saltar a la pata coja! —y el pobre Luís tuvo que ir a saltar, a la pata coja, y hasta se llevó un par de besos de su compañero de cabina. De fondo se descorcharon botellas de cava, se llenaron copas, y se vaciaron. Todos celebraban una unión dentro de la unión. Que aunque ya estaban unidos, se unirían un poco más si cabe.

Después de varios brindis y un sinfín de buenos deseos para la pareja, por un momento todos parecieron recuperar la calma. Entonces ella le cogió la mano a él bajo la mesa, se miraron a los ojos, y le recordó que le llamara a diario. Él asintió: claro que sí, será como si no me hubiera ido nunca.

Aquella noche, por aclamación popular, el brindis final lo hizo Luís, un

poco a regañadientes.

—Por Pablo —dijo solemne alzando su copa—, que tenga mucha suerte siguiendo mis pasos —entonces, al mirarle y verle la enorme sonrisa y que sin duda estaba a punto de decir algo, le señaló y añadió—: ¡Harry *joputa*, me refiero a nivel profesional! —y la carcajada general resonó en todo el restaurante. Quien más reía era el propio Luís, que a base del empecinamiento de su amigo en reírse de él, había olvidado por completo sus estúpidos complejos.

Eva miró divertida a sus amigos. Vio a Fermín reírse feliz, ella también lo era. Junto a toda su familia. Entonces reparó en Pablo. Dentro de poco se iría. Y cayó en la cuenta. Cómo no me habré dado cuenta antes; pensó sonriendo. Miró a Marga, que reía feliz mientras susurraba cosas suyas a Enrique. Seguramente se burlaban de ellos mismos y de esa boda tan oportuna y a deshora. En lo que pensó de veras Eva, fue en su pequeño Pablo, y en que ahora iba a estudiar junto a ella... Y sonrió, más que nunca.

Él, con la mano aún bajo la mesa apretando la suya, sonreía mientras meneaba la cabeza, cuánto iba a echar de menos a toda esa gente. Su gente. Y a ella, aunque pensaba cumplir su promesa y hacer que sintiera que en realidad no se había marchado. Cruzó la mirada con su madre, que le sonreía, y le devolvió la sonrisa guiñándole un ojo. ¡Qué feliz estaba mamá!

44

El pequeño hotel todavía hoy está situado en la parte alta de esa villa marinera. Irán a pasar unos días. A descansar. Habrán estado mucho tiempo planeando la escapada, y por fin la habrán podido hacer realidad. Estarán junto a Christine, Harry, Marga y Enrique, sus inseparables amigos. Desde la terraza donde estará en ese momento Eva, relajada, se verá toda la bahía. Y algún coche despistado circulando a aquellas extrañas horas. Las farolas darán un aire misterioso, con su luz adormecida, acentuando la extraordinaria visión. Correrá una brisa fresca, acorde a la temporada del año en la que estarán. Mirará distraída hacia el pueblo. Cubrirá sus hombros una manta, que habrá cogido, sigilosa, del armario de la habitación. Mirará hacia dentro, y verá entre sombras a Fermín durmiendo profundamente. ¿Qué estará soñando? Pensará con una sonrisa. En ella, se dirá. Nunca habían dejado de soñarse el uno al otro, desde hacía... Mucho tiempo. No merecerá la pena pararse a calcular. Que el tiempo no se calcula en años, si no en sensaciones. La vida es sentir, pensará, y ella había sentido mucho junto a Fermín.

Suspirará profundamente, se volverá de nuevo a la bahía iluminada por la tenue luz de las gastadas farolas, y pensará. Pensará... En su vida. En los múltiples giros que había dado. En la estabilidad que, por fin, había alcanzado. Junto a su Fermín. El bueno de Fermín. Él le había sacado de la oscuridad. Le debía mucho. Todo. Pensará que es ésta una de esas deudas que jamás se han de pagar y que son, al fin y al cabo, las únicas que no se han de cobrar. Así es el amor. Intenso. Puro. Para toda la vida. Durante los más de veinte años de matrimonio, su marido se habrá convertido en su pilar. En el compañero ideal. En su cómplice. En su confesor. Incluso se habrá convertido en padre modélico. Y no sólo de María, sino de Pablo. Al final, su hijo habrá tenido que acabar aceptando que aquel hombre que compartía vida con su madre, había sentido por él un cariño rayano a la devoción de un padre. Entenderá, que nunca quiso sustituir al que tuvo, pero sí darle el cariño y la comprensión que aquél no pudo darle. Y al final, pensará Eva, su pequeño se rindió a la evidencia. Así era Fermín, paciente y contumaz al mismo tiempo. Rotundidad en calma.

En esa terraza de hotel, Eva volverá a recordar a Sebastián. Pensará cuando, muchos años atrás, se lanzó hacia la vida junto al que era su marido. El instante en el que decidió sin decidirlo que había llegado el momento de volver a vivir. Cuando se dejó llevar por el amor. Pensará en sus remordimientos por sentir que volvía a sentir. Y transcurridos esos años, todo ese tiempo, le vendrá como un fogonazo la razón. Entenderá. Lo sabrá. Incluso le parecerá oírlo. Sebastián le animó, desde donde fuera, a que siguiera. A que fuera feliz. Y entenderá, tantos años después, que lo que sintió hacia él en aquel momento, no era sino gratitud. Una enorme y sincera gratitud. Por lo que fue, y sobre todo por lo que sería. Por dejarla continuar...

Entonces notará la vibración del móvil allá dentro, en la habitación. El silencio de la noche permitirá que lo sienta. Eso, y que a pesar de su edad, seguirá manteniendo el oído en condiciones de escuchar las plantas crecer. Correrá todo lo que pueda para alcanzar el dichoso aparato, alarmándose de que alguien le llame a aquellas horas. Tendrá un mal presentimiento...

—¿Sí? ¿Pablo, qué pasa, cómo me llamas a estas horas?

—...

—Si, claro que me acuerdo, ¿pero a qué viene esa pregunta?

Entonces le temblarán las piernas, y se sentará de nuevo en la terraza. El frío se le antojará más cruel en ese preciso instante. El aire más furioso. Las luces menos intensas, y la soledad más presente. Al otro lado, Pablo, entre lágrimas, le dirá que sí, pero ella, entre las suyas, sabrá que no.

**TERCERA PARTE:
PABLO**

Nacer sin un padre es una de las mayores tragedias que un ser humano puede vivir. No es que las conozca todas, evidentemente, sólo faltaría... Pero ésta, representa la pérdida de algo importante sin haberlo conocido. Sin luto. Sin saber que se siente al tenerlo, y perderlo. Es algo duro de aceptar. Debe ser algo parecido a lo que sienten los hijos únicos, cuando alguien le cuenta que siente respecto a sus hermanos. Pero peor. Porque de hermanos, hay muchos que no tienen, o como si no tuvieran. Pero padre, un padre, mi padre, eso lo tiene todo el mundo. O casi. No fue mi caso. Yo no tuve. Bueno, entiéndanme ustedes, de tener sí tuve, pero como si no. Ni siquiera lo llegué a conocer. Murió antes de que yo naciera. De pequeño, llegué a sospechar que en realidad no existió. No era. Nunca fue. Una buena mentira abriga, no me lo negarán. Y a mí, ésa me abrigaba. Pero no siempre. Muchas otras veces pensaba que se había largado por mi culpa, por algo que había hecho mal o, simplemente, porque no me quería ni conocer. Otras, menos pesimista y convencido de que no era culpa mía su ausencia, imaginaba que mi padre volvería cualquier día, por sorpresa. Cuando lo imaginaba, estaba convencido de que medía no menos de tres metros, y tenía la fuerza de diez excavadoras juntas. O más. Que era capaz de recorrer mil kilómetros corriendo, en apenas un par de horas. Vaya, que era mucho mejor que cualquier padre de plástico de los que veía casi cada tarde a la salida del colegio. El colegio. Eso no está hecho para niños huérfanos de padre. No, no lo está. Siempre igual, el pobre Pablito, que cada año tenía que hacer dos regalos en manualidades para su madre. Uno el día de la madre, y otro el del padre. ¿Para qué diablos quería mi madre un cenicero? No fumaba. ¿Fumaba mi padre? Claro que sí, mi padre hacía de todo. Y más que el de ninguno de esos compañeros altaneros y faltosos que insistían en recordarme la falta de mi papá. Siempre le estaré profundamente agradecido a mi profesora, que dulcemente pedía a mis

compañeros que no me molestaran con aquello. Esas advertencias, eran la pólvora de los disparos dialécticos que aquellos mocosos empadrados usaban contra mí, recreo tras recreo.

Eso, nacer y vivir sin padre, le marca a uno el carácter. Se vuelve más vulnerable en según que aspectos, pero también le une más a su madre. A esa figura que debe representar los dos papeles. Mi madre... ¡Qué mujer! ¡Qué valiente toda la vida! Siempre tirando para adelante. Cargando con lo suyo, y con lo de los demás. La determinación en persona. Con el tiempo, ya en la adolescencia, llegué a comprender todo lo que mi madre fue capaz de hacer por mí. Pero no corramos tanto, para la adolescencia, todavía queda.

Volvamos a mi infancia. Recuerdo especialmente cuando me sentaba junto a mi madre en la mesa de la cocina, y nos dedicábamos a escribir cartas a mi padre. Siempre era yo quien dictaba y ella escribía, palabra a palabra, mis ideas. Corregidas evidentemente. Yo no sabía escribir, pero sí soñar. En ellas, le narraba siempre mis progresos, mis pequeñas aventuras y noticias más o menos importantes, que eran muchas por entonces. Los secretos, que alguno tenía, se los enviaba por el pensamiento, que tampoco era plan de descubrirlos delante de mi madre. Siempre acabábamos nuestra redacción con un escueto y sincero: "*Te quiero. Te echo de menos*". Despedida compartida por ambos, pero que mamá sentía más que yo, por ser seguramente más real su sentimiento. Luego, ella doblaba con delicadeza el papel, le daba un beso, dejaba que yo imprimiera el mío en él, y quemaba la carta.

—Así le llegará a través de las cenizas Pablo —y yo la creía.

Recuerdo sobre todo la carta que le enviamos cuando cumplí cinco años. Supongo que al ser un número señalado, dejó en mí el recuerdo. En ella, más o menos, le hablaba de mi cumpleaños, de lo mucho que me gustaría que estuviera junto a nosotros tres, también estaba mi abuelo, y de que me hubiera gustado estar a su lado cuando enfermó, para poder matarle el bicho que acabó matándole a él. Cuando uno es niño, todo se reduce a monstruos y héroes que acaban con ellos. No se sabe ni medir el espacio tiempo. Qué lástima que después nos demos de bruces con la realidad de la vida, que nos impide retroceder en el tiempo para arreglar el presente. Tal vez recuerdo especialmente ese día, por las lágrimas de mi madre, que se confundían con las llamas que prendían la carta.

—¡No llores mamá, que si no, no arderá la carta y no le llegará!

Pues ya saben ustedes mi inicio. Sin padre, y con una madre coraje. Eso sí, tuve una figura paterna. Bueno, algo parecido. Antes me anticipé y les hablé de él: mi abuelo. El tiempo que estuvo con nosotros, lo consideré una persona extremadamente callada. No parecía interesado en expresar absolutamente nada. Yo me comunicaba con él a través de la mirada, y los gestos. La verdad es que

agradecía sobremanera aquella forma de entendernos nuestra. Una lástima que después, a lo largo de mi vida, me he visto en la obligación de usar la palabra como forma de comunicación. Las palabras llegan a ensuciarlo todo. En cambio, los silencios no. Y mi abuelo, entonces, tenía una inclinación por los silencios que a mí, a tan corta edad, me venía muy bien. Claro está que yo no era capaz de entender que lo que le pasaba era demencia, y no falta de interés por comunicarse verbalmente y darse cuenta de todo. Nada le alteraba lo más mínimo. Como por ejemplo, la mañana en la que vi nevar por primera vez en mi vida... ¡Qué momento! Todavía conservo ese día en mi memoria, y a él también, sentado en la mesa de la cocina, lo recuerdo perfectamente, sin decir ni pío. Ni se inmutó. Así era el abuelo, mudo aunque atento, para según que cosas, a la vez. No negaré que por momentos, pensaba que sus silencios se debían a algo que yo había dicho o hecho. Como si en realidad, sus ausencias no fueran sino reproches mudos hacia mí. Tenía yo por entonces cierta tendencia a pensar que todo lo que pasaba a mi alrededor era, de forma más o menos directa, consecuencia de mis actos. Pero respecto a la forma tan particular de relacionarse del abuelo, desechaba enseguida la idea de que fuera por algo responsabilidad mía. Qué bueno ser niño, los problemas duran lo que se tarda en iniciar el siguiente juego.

Pero mi abuelo, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, no podía sustituir la falta de mi padre. Recuerdo a mi madre, la estoica, explicarme muchas cosas de él. De como era, como pensaba, como hablaba, que le gustaba y que no. Yo era pequeño, y no me daba cuenta de que muchas veces, mi madre improvisaba. Opinaba más que asegurar este o aquel aspecto de mi padre. Suposiciones. Pero yo no sabía. No podía entender. Y escuchaba con atención su soliloquio. Y sonreía cada vez que mi madre me decía aquello de que mi padre sonreía como yo. Y volvía a sonreír. Así, exactamente así lo hacía, Pablo. Y reíamos juntos al imaginarlo. Ahora sé que a mi madre le venía bien recordar. Incluso inventarse cosas, para construir un pasado truncado. Perdido. Roto. Con aquellas explicaciones un poco sazonadas por la imaginación, trataba de construir un presente mejor al que teníamos. Era como si en vez de explicar lo pasado, contara lo que hubiera deseado que pasara. Inventarse un pasado distinto al sucedido, sólo puede tener una explicación: buscar un futuro mejor al esperado. Y eso era lo que hacía aquella pobre mujer. Inventarse un futuro para los dos.

No sé cuántos de ustedes tienen el privilegio de vivir en una ciudad pequeña. Espero que muchos. Porque compartirán conmigo que es lo mejor que puede tener un niño. Y un no tan niño. Es en estas ciudades donde todo sigue siendo original. Donde todavía no se ha perdido la esencia de muchas cosas. Tengo la sensación de que las grandes ciudades están, sobre todo, deshumanizadas. Las prisas y el individualismo hacen de vecinos extraños.

Personas con muchos intereses en común, se niegan a compartir su tiempo. Porque les quema entre las manos. Siempre empeñados en correr de un lado para otro. ¿En busca de qué? Pues eso querría saber yo. Es algo que ni hoy, después de haber vivido un largo tiempo en una gran ciudad, he podido entender. En su momento decidí irme a una ciudad enorme. Impersonal. Un tanto inhumana. Seguí el ejemplo de mi madre. Ella me llevó donde mi padre fue feliz, y yo decidí volver donde ella lo fue también. Disculpen ustedes de nuevo. Vuelvo a adelantarme en el tiempo. ¿Lo ven? He adquirido como propio el hábito malsano de correr. Maldita ciudad, ni pensar con calma puede uno. Prometo que no volverá a suceder. Al menos, no hasta la próxima.

29

Mi vida pasaba sin sobresaltos, hasta que ocurrió un hecho relevante. Un día me vi en una sala un tanto extraña. No me gustaba en absoluto. Para nada. Era grande, muy grande. Acentuaba esa inmensidad el vacío. No había nadie. Sólo flores que destilaban un olor horrible. Aunque eran pocas, olían mucho. Eso me impresionó. También el llanto lejano de otras salas como aquella, pero abarrotadas esas otras. No como la nuestra. En la que nos pertenecía por un día, únicamente estábamos mi madre y yo. Bueno, y mi abuelo, pero él, creía yo entonces, estaba más ausente que de costumbre. Recuerdo que mi madre había ido a recogerme al colegio ese día, sorprendentemente callada. El abuelo dormía. Profundamente. Y lo que más me llamó la atención: vestido. Qué raro, pensé. Yo no podía, o no quería, entender de qué iba todo aquello.

—Nos quedamos solos, Pablo —dijo mi madre en un susurro. ¿Solos? ¡Pero si nos tenemos el uno al otro!

Después de aquello, no volví a ver a mi abuelo. Al parecer, y siempre según mi madre, se fue al cielo. Ah, ¿pero el abuelo sabe volar? Pensé entonces. Y parecía ser que sí. Pues vaya, ya podría haber avisado en su momento y haberme llevado con él, dije para mí malhumorado. La inconsciencia de un niño le permite pasar por alto los acontecimientos tristes de la vida. Pero no tardé en comprender. Aquella fue la primera persona de mi vida que se largaba. Que dejaba de estar. Sentí su falta, aunque en vida no se mostrara muy presente. Mi corta edad no me permitía hacer un balance muy profundo, pero aun así, entendí un poco más a mi madre y su sentimiento de pérdida, de su padre y del mío. En ese momento, en el que noté pegada la muerte a mi piel, fui plenamente consciente de que mi padre, nunca iba a volver. Eso me dio miedo.

En la escuela nunca fui un alumno aplicado. Las clases me aburrían sobremanera. En el colegio sólo tenía un objetivo: salir. La media hora del recreo era una especie de tercer grado. Una bocanada de aire fresco en medio de una existencia opresora. ¡Qué tedioso se hacía asistir cada día a clase! ¡Qué duro era empezar un nuevo curso! Septiembre era un mes negro. Incluso lloraba de rabia a solas, al pensar que me quedaban nueve meses por delante hasta las próximas vacaciones. Recuerdo ir a una librería del centro del pueblo a buscar los libros para el nuevo curso. Qué duro. Qué injusto. Y aquel viejo simpático haciendo caja con el sufrimiento ajeno. No parecía compadecerse mucho de nosotros. Sonreía a todos los niños como si nada. ¿Acaso no entendía que colaboraba con el sistema opresor? Yo le suplicaba con la mirada que no, que no sacara ese libro que mi madre llevaba anotado en su lista facilitada por el colegio. Pero aquel tipo, era implacable. Los tenía todos, y eso que se suponía que se acercaba a la librería de su hijo sólo para ayudar, ¿pero a quién? Desde luego, a mí no.

Pero a pesar de mi escasa devoción por el privilegio de aprender, tampoco me quedaba atrás en los cursos. Digamos que hacía lo justo para ir pasando de uno a otro. Eso sí, si alguna materia me interesaba, realmente le ponía interés, y ahí sí me salía. Pero eso ocurría rara vez.

Hasta que un día, todo cambió por completo. No recuerdo muy bien que edad tenía yo por entonces, siete años quizá. Por la tarde, tras las clases, mi madre me explicó que recibiríamos visita. Una amiga suya. Con sus hijas. Tienes que ser muy respetuoso con ellas Pablo, ¿me has entendido? Sí. Sobre todo con las niñas, ¿entiendes? Claro. Tras esa presentación, me quedé un poco intrigado...

La amiga de mamá era todo desparpajo. Un torbellino. Difícil ser respetuoso con alguien así. Enseguida me desmontó la capa de educación rígida que me había auto impuesto. ¡Vamos Pablo, no estés tan serio, que estás en tu casa! Pocos argumentos más sólidos me han expuesto en mi vida como aquél. La amiga de mamá rehuía los formalismos, y desde el primer minuto decidí que era de las mías.

Pero como ya he comentado antes, la amiga de mamá, Marga, no se presentó sola. En cada brazo llevaba colgada a una niña. Se parecían físicamente, pero sus actitudes y poses, eran totalmente diferentes. La mayor, Laura, se mostraba un poco altiva y arrogante. Me miraba entre desconfiada y soberbia, como si me estuviera calibrando. Analizándome. Sus enormes ojos negros se clavaron en los míos en el momento en el que nos presentaron. Me estrechó la mano, con el brazo firme y rígido, como para marcar distancias y que no me

acercara a ella. A pesar de ser un mocoso, uno se da cuenta de muchas cosas, y aunque sea la primera vez que las sentimos, las sentimos. Sentí el rechazo, fue la primera vez, pero no sería la última en mi vida...

Elena, algo menor que yo, tenía un semblante muy diferente al de su hermana. Nada más cruzar el umbral de la puerta de mi casa, parecía sobre todo asustada. Miraba todo desde la estrechez de quien no quiere ser visto. Como si le incomodara algo sobre manera. Me resultó curioso que tardara tanto tiempo en despegarse del brazo de su madre. Ésta le rodeaba los hombros con delicadeza, mientras recorrían tranquilamente la casa en compañía de mamá. De vez en cuando, me miraba con disimulo, y yo creía entrever que cada vez lo hacía con menos miedo y más seguridad. Una vez en el salón, se despegó por fin de su madre, y pude contemplarla sin tapujos. No fue arisca en el trato. No tuvo reparos en besarme las mejillas solemnemente en el momento de nuestra presentación, mientras yo hacía enormes esfuerzos por no sonrojar. A solas los tres niños, con las madres hablando de sus cosas, todas aburridas, nos dedicamos a absurdos juegos y conversaciones. Elena era dulce en la distancia corta y disfruté haciéndole reír. Sin duda era muy diferente a su hermana, que mantenía su pose altiva y actitud esquiva. Apenas pronunció un par de palabras, y en cuanto pudo, se fajó de nosotros y huyó donde su madre. Por todo esto, ese primer día en el que conocí sobre todo a Elena, me enamoré perdidamente de Laura.

Con el tiempo, me di cuenta de que lo que verdaderamente me atrajo aquel primer día, no fue sino su fuerte carácter, que yo juzgué como seguro, cuando realmente significaba todo lo contrario. Ser niño es lo que tiene, nos dejamos impresionar más por lo que creemos, que por lo que vemos.

La aparición de estos nuevos personajes en nuestras vidas, nos dio la oportunidad tanto a mi madre como a mí, de iniciar un nuevo camino. Ampliar el pequeño mundo que nos habíamos construido a solas. Yo estaba encantado de poder compartir alguna tarde con aquellas dos niñas tan deliciosas, y mi madre por su parte, parecía estar viviendo un momento dulce con la que sería su amiga para toda la vida. Es curioso como esa sensación de amigos para toda la vida, se tenga siempre en la niñez. Todos los nuevos amigos parecen que van a ser para siempre, pero no es hasta llegada la madurez cuando llegan esas amistades para toda la vida. De pequeños, para siempre es, sin duda, un periodo de tiempo muy corto. El caso es que fueron pasando los meses, hasta que mi madre me anunció que se iba a meter en un negocio junto a Marga. Pues muy bien, le dije yo, ignorando por completo de que iba todo aquello, y sin mostrar ni el más mínimo interés por saber cuáles eran las claves de la vida adulta.

El negocio de mi madre acabó siendo algo muy cercano. Allí pivotaría el resto de nuestras vidas desde el momento en el que se inauguró. Los estudios

seguían sin interesarme mucho por entonces, pero lo que sí me entusiasmaba, era reunirme cada tarde en el *Café* de mi madre para hacer tareas escolares junto a Laura y Elena. Muchas veces simplemente hablábamos de nuestras cosas, y ni abríamos los libros. Recuerdo que a menudo, Laura contaba que tenían un padre que no quería a su madre, y por lo tanto a ellas tampoco. Yo contrarrestaba aquella muestra de desgracia, alegando que el mío no me quería a mí primero, y por lo tanto a mi madre tampoco. Eso no lo puedes saber, zanjaba ella, y la conversación finalizaba. Me fascinaba que siempre llevara el control de todo.

Pero esperen, que no les he dicho qué era ese negocio que mi madre había abierto junto a su amiga. Una cafetería. Más bien una librería. En realidad es una biblioteca... Bueno, es todo eso a la vez. Lo mejor es que vayan un día, y lo vean con sus propios ojos. Se llama *Café con Letras*, y está situado en el casco antiguo. Exacto, junto al ayuntamiento. Eso es, junto a la iglesia. Veo que alguno ya lo conoce...

Bien, mi vida se movía en estos parámetros tranquilos. De nuevo sin sobresaltos, hasta el día que apareció el tal Fermín, y me hizo creer que venía para joderme la vida. Yo no podía entender como mi madre hacía aquello. Era una terrible falta de respeto a mi padre... Y a mí, por supuesto. Creo que pensaba en orden inverso. Lo grave era que me lo hiciera a mí. Me resultaba difícil de creer que hubiera dejado de echar de menos a mi padre. Que siguiera su vida como si nada. Yo era un niño, no me culpen. Con el tiempo, uno entiende depende qué cosas. Nunca hablé sobre esto con ella, no tocaba, pero supongo que simplemente continuó, y conociéndola como la conozco, estoy convencido de que no tuvo ningún remordimiento ni duda. Siempre supo ver el lado práctico de las cosas, y aunque sintiera algo, también estaba segura de avanzar. Pero para mí entonces, no estaba siendo justa. Y lo más grave de todo aquello, era que Fermín resultó ser un tipo de lo más normal. Nada diferente al resto de padres. Incomparable a lo que había sido el mío. Éste, pensé yo entonces, no tiene la fuerza ni de dos excavadoras... Pero entendí que no era momento de mostrar a mi madre el disgusto. Yo era un crío, pero no tan crío como para esperar salirme siempre con la mía en todo. Además, estaba entrando en una edad en la que si mi madre se despegaba un poquito de mí, pues tampoco era mala cosa esa... Con lo cual, acabé aceptando la situación, aunque no del todo a aquel usurpador de protagonismo. También ayudó que mi madre no dejara de hacer conmigo todo lo que hacíamos antes de que llegara el otro, y nunca lo dejó de hacer.

La nueva situación, resultó ser mucho menos mala de lo esperado. Más bien lo contrario. Pero llegó lo terrible. Una hermana. Eso me provocó un poco de sufrimiento. ¿De veras mamá se entendía en eso con ése? Ahí si temí que mi papel dentro de la familia iba a ser de segundón. Al fin y al cabo, mi futura

hermana tendría un padre y una madre en aquel hogar que había sido mío. Hasta sentí cierta envidia, mezclada con un poco de odio, hacia la no nacida. Era mejor que yo, o en todo caso, iba a tener de entrada más que yo. Una media hermana, pues qué bien... Ni siquiera íbamos a tener los mismos apellidos. Pero al nacer María, se me fueron de golpe todas esas estupideces. Era mi hermanita, y siempre, siempre, la cuidaría y le contaría todas mis cosas. O casi todas, no hay que exagerar tampoco.

Al final compartir a mi madre tampoco fue tan malo como temí de entrada. Ella tenía amor para dar y regalar. Yo seguí con mi vida, más o menos organizada, y estaba a punto de llegar a esa otra edad en la que, todavía antes de afeitarnos por primera vez, debemos ir pensando que queremos ser de mayores. Ese futuro que siempre había visto lejano y pesado, se abalanzaba con urgencia sobre mí. Desde bien pequeño había decidido que sería médico, para curar a la gente y así evitar que se murieran muchos padres y que se quedaran solos muchos Pablos. Pero esa vocación infantil, con los años, se fue apagando. Luego se lo cuento, no corramos.

Laura y Elena iban creciendo a mi lado. A su manera. Lo que un día sentí por Laura, desapareció tal y como había llegado. Sin más. Éramos completamente diferentes, y creo que ella nunca supo lo que sentí. Aunque bien podría haberlo sabido, y jugar con la sensación de dominio sobre mí. No me resultaría extraña esa sensación de dominado el resto de mi vida. Pero entonces, yo era muy ingenuo en esto del amor, y ni cuenta me di, si es que sucedió. Con Elena en cambio, me llevaba de maravilla. Teníamos muchas inquietudes en común. Nos gustaba leer, escribir, pasear... Era, sin duda, mi mejor *amigo*. Sólo a ella le conté mis temores y envidias acerca de María.

—¡Pero si es tú hermana! Es lo mejor que puede tener alguien en la vida —me dijo sorprendida.

—Sí claro...

Ella no juzgaba. Aunque le hablara sobre algo en lo que no estuviera de acuerdo, no juzgaba. No ponía etiquetas. Respetaba y daba su punto de vista. Yo otra cualidad no tendré, pero escuchar sí la tengo. Y muchas veces de su boca salían mis futuras ideas, mis pensamientos. Era capaz de hacerme entender todo aquello que se me escapaba, o que yo no quería ver, cegado por mi estúpido orgullo. Elena era para mí, de esa clase de personas que le hacen a uno sentirse mejor. Y lo sigue siendo.

El círculo de amistades de mi madre, se amplió no sé muy bien cuando, con la llegada a la ciudad de un matrimonio americano. Ella era una mujer espectacular. Me daba clases de inglés. Descubrí que los idiomas eran lo mío. La capacidad de poder entenderme en otra lengua, multiplicaba las ideas y las

posibilidades. Poder expresarme con palabras hasta ese momento totalmente desconocidas. Sin darme cuenta, poco a poco, fue incubándose en mí, la vocación que más tarde podría desarrollar. Contar cosas. Estar pegado a la realidad. También influyó en esa vocación, ahora lo puedo decir sin tapujos, Fermín, que lejos de ser un rival, se había convertido en un fiel aliado.

El marido de Christine, mi profesora particular de inglés, perdonen que no les haya dicho antes su nombre, era un tipo de lo más particular. Era un alto directivo de una multinacional. Seguro que en su trabajo se mostraba serio y hasta un punto distante, pero en su vida personal, cuando no llevaba corbata, era muy diferente. Incluso llegué a sospechar que ese hombre estaba loco. Tenía una personalidad arrolladora. Si estaba él, era el centro de atención. Eso sí, se desvivía por su mujer y por todos sus amigos, entre los que me contaba yo. Y bien que lo demostraba, como contaré más adelante. Harry se llama. Vaya, se me olvidó también ponerle nombre antes.

31

La adolescencia es como la primera primavera de la vida. Es el nacimiento de algo. Todo florece. Uno es más consciente de los cambios. Las ganas de experimentar, de probar, de sentir, son increíbles. Yo siempre he sido una persona sensible a los cambios. Pueden imaginar que mi adolescencia fue un carrusel de emociones. Y en el aspecto sentimental, lo acertaron: Elena. Era mi tesoro. No sé cuando me di cuenta de eso. No recuerdo el momento exacto, si es que lo hubo. Creo que el amor verdadero, el de dentro, no nace por esto o aquello, sino que se va inoculando poco a poco. Día a día. La lástima era saber que con ella las cosas no iban a ser fáciles. ¿Cómo dar el paso? Había mucho que ganar, pero también mucho que perder. No dejaba de pensar en eso. ¿Y sí me decía que no? Además, ¿a quién iba a pedir consejo? Precisamente era ella la que mejor me conocía, y a la que siempre le pedía ayuda. Aunque en estos casos, nunca lo había hecho. Jamás había sentido nada igual, a excepción de con su hermana. Pero esto era diferente. Eso fue un absurdo fogonazo. Esto era de verdad. Al final, a quien pedí consejo, dándole un millón de vueltas, fue a Christine. Aquella mujer, inspiraba confianza. Tanta, que ni siquiera le pedí que no contara a nadie aquella conversación, no hacía falta decírselo porque estaba seguro de que no lo haría.

—¡Eso es fantástico! Tienes que hablar con ella, a ella se le nota que también le gustas, hasta yo me di cuenta —fue lo que me dijo en una de nuestras clases, ya en el *Café* de mi madre.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Y no digas eso de que tienes mucho que perder si te dice que no, más perderás si no le dices nada.

Y no perdí. Le dije lo que sentía por ella una tarde de lluvia fina, dándole mil rodeos a mi discurso. Lo llevaba bien pensado y elaborado, meditando previamente todas y cada una de las palabras que le diría. Pero al comenzar a hablar, se me fueron todas de la cabeza, y tras balbucear cuatro ideas previas ante la mirada divertida de mi Elena, acabé por soltarlo a bocajarro. Y para alegría de ambos, no me llevé un no por respuesta. La vida, comenzaba para mí. Descubrí a una Elena más completa que hasta entonces. Más segura y sobre todo, más feliz. Enamórense ustedes siempre de quien les diga que hasta sus tics le gustan. De alguien con quien reírse de todo, especialmente de uno mismo. Con ella a mi lado, de forma más íntima, fui todo lo feliz que una persona puede serlo jamás. Quizá me llegó demasiado pronto esa felicidad, sin ser lo suficientemente maduro como para valorarla.

Más tranquilo y seguro, decidí tomar las riendas de mi vida. Ir a estudiar fuera, me daría una experiencia que me marcaría para siempre. Me fui con la intención de que mi ausencia no se notara, pero eso, fue difícil. Además, yo lo convertí en algo imposible. En ocasiones, uno tiene que irse para volver a sí mismo. Pero yo fui mucho más allá, me marché de todo.

Bien, hasta aquí lo que ustedes más o menos conocían. No me pongan esa cara de sorpresa. Lo he sabido desde el principio. No les conozco, al menos no a todos, pero sé que ustedes a mí, sí. Lo que les acabo de contar, no les ha resultado del todo extraño. Se han hecho los ignorantes, no intenten negarlo, repito que lo sé todo. No se preocupen, les agradezco el detalle de dejarme explicar sin interrumpirme. Quizá les haya resultado algo pesado tener que leer sobre algo que ya conocían, he intentado ser breve y no excederme más de la cuenta en episodios de mi vida conocidos, pero me he visto en la obligación de tener que exponerles mi versión de los hechos, por decirlo de alguna manera. Para todos, el punto de vista de uno mismo, es la verdad absoluta. Han tenido la oportunidad de conocerme un poco más y, sobre todo, conocerme desde mi interior, y no a través de los ojos de terceros. No sé que habrán leído de todo esto con anterioridad, pero tampoco creo que difiera mucho de lo que les acabo de explicar.

Después de este breve, pero necesario, inciso, continuemos con la parte que no conocen.

32

El edificio parecía tener un millón de años. Sin duda, la austeridad aquí se reconocía como virtud. Si la idea era destacar que lo importante era el alma de la institución, mucho más que el cuerpo, la llevaron al extremo, estaba claro. La sensación de que uno estaba en una residencia de estudiantes de la Europa del este, era más que evidente. Tanto yo como mi compañero de cuarto veníamos de pueblos, con lo cual, tampoco nos supuso un problema grave eso de no vivir rodeados de lujo asiático. En mi caso particular, me di cuenta de eso precisamente: era de pueblo. Estábamos en la capital de la provincia, y esa gente no escatimaba a la hora de recordarnos que nosotros, éramos de pueblo. Marcar diferencias. Imagino que muchos de ellos pensaban que veníamos directamente de vivir en medio de la montaña, en una especie de cabaña, sin luz ni agua corriente. Nada importante por otra parte. Las habitaciones no eran precisamente grandes, y para que no quepa la más mínima duda, aclararé ahora antes de que alguien se haga falsas ilusiones, no disponían de jacuzzi. Eso sí, el día que funcionaba la

caldera, y la ducha era con agua caliente, el placer era idéntico al de estar en un spa de lujo.

Tomás Rosales era un chico más bien reservado. Me costó que tuviéramos cierta confianza. Parecía abrumado por la situación. Con su nueva vida. Él, más que de pueblo era de aldea, lo cual me provocaba envidia.

—¡Vaya, una aldea, qué bueno debe ser vivir allí!

—Sí claro...

No son pocas las personas a las que siempre les parece mejor cualquier otra forma de vida, que la suya propia. Lo ideal sería valorar la de uno. Pero eso, siempre es difícil, ya que la nuestra, por sobradamente conocida, se nos antoja aburrida. Pero es que el bueno de Tomás, tenía motivos suficientes para preferir moverse en ambientes, digamos que mucho más poblados, donde pasar desapercibido. En aquella pequeña capital de provincia, con el tiempo, llegaría a sentirse cómodo. Estudiaba filología hispánica, una carrera que a mí me sonaba a gaitas. Qué sabrás tú ignorante; solía decirme cuando intentaba convencerle de que se pasara a la mía, antes de que fuera demasiado tarde. Periodismo *Tomasín*, periodismo...

Bien, queda claro que la residencia de estudiantes donde me alojé al iniciar mi vida de universitario, no era un palacio. Y junto a un futuro filólogo, pues tampoco podía hacerse uno ilusiones de vivir a todo trapo. Pero esperen, queda lo mejor. El edificio estaba en la mejor zona de la ciudad. A escasos cien metros del centro, de la zona de bares y pubs de los que me hice un habitual. ¿Qué, la cosa ha mejorado verdad?

Los viernes eran días de huelga encubierta en las aulas, provocadas por las correrías del día anterior. A menudo veía en aquellas noches borrosas a Laura. Al principio nos saludábamos con afecto. Jamás me presentó a su pareja, algo que yo agradecía, más que nada porque no tenía intención, ni capacidad, de memorizar un nombre distinto cada vez que me tropezara con ella.

—¡Vamos Tomás, no me jodas, la última! —siempre tenía que convencer a mi compañero de habitación para alargar un poco más la juerga.

Fue un cambio, y sería un hipócrita si no dijera que en ese momento, juzgué que fue para mejor. Para probar, experimentar y saber que era aquello de ser joven y alocado. Pero tanto me preocupé por vivir, que me olvidé de mi vida.

que era pequeño, si alguna asignatura me interesaba, me dedicaba a ella con esmero. En eso no he cambiado a lo largo de mi vida. El periodismo me interesaba de veras.

Las primeras semanas fuera de casa, siempre acababan dentro de ella. Volvía los viernes a media tarde, y regresaba los lunes bien de madrugada. Así aprovechaba más el tiempo con los míos. No sabría decirles a quién echaba más de menos en esos primeros meses fuera del nido. Tampoco sería justo que ustedes me obligaran a elegir. Dentro del hogar, una madre es una madre, no me lo negarán, pero sobre todo pensaba en mi hermana. Era muy pequeña para aceptar no poder verme a diario. También tenía ganas de charlar con Fermín, y así poder comentarle esto o aquello referente a mis estudios. Sin duda era un apoyo fundamental para mí. Conocía a casi todos mis profesores, a alguno incluso de forma muy personal, y me resultó curioso, y muy de Fermín, que nunca cuestionara ninguna de las enseñanzas que me daban. Luego, cuando te toque a ti llevar a la práctica todas esas cosas, sabrás hacerlo a tu manera; solía decirme cuando le expresaba alguna disconformidad.

Familia a parte, como bien habrán adivinado, a quien echaba de menos era a Elena. Vaya, quizá la tendría que haber puesto la primera en mi lista de añorados, pero ya está dicho. No saquen conclusiones precipitadas sobre esto... Imagino que esas primeras semanas fuera, para ella fueron tan difíciles como para mí. Pasado ese momento inicial de separación forzosa, la verdad es que empezó a ser peor para ella. De mi intento para que no notara mi ausencia, pasé a un estado de dejadez que acabaría siendo definitivo. Eso pasaría a los meses de haberme ido, y de qué manera acabaría pesándome al cabo de los años. Siempre dándome cuenta de las cosas importantes tarde, muy tarde.

En fin, volvamos a la residencia. En esos primeros meses, Tomás no solía volver a casa los fines de semana. Prefiero quedarme aquí, y no perder el hábito de estudiar; decía. Yo sabía que mentía, pero era pronto para indagar en una vida que, en ese momento, no me era del todo cercana. Y si esto no era de por sí suficientemente sorprendente, más lo fue el hecho de que la primera vez que mi compañero de habitación abandonó la residencia, no fue para ir a su casa, sino a la mía.

—¡Me parece increíble que no me lo hayas dicho antes! —me espetó entre enfadado y entusiasmado por la noticia.

—A ver, yo qué sé Tomás, tampoco lo voy diciendo por ahí...

—Es increíble, es increíble...

—Tampoco es para tanto, nunca salió en ninguna conversación...

—Me refiero al *Café* de tu madre, necio.

No recuerdo muy bien como salió la conversación. Hablando de nuestras

vidas supongo. El caso es que Tomás estaba maravillado con el hecho de que el *Café con Letras* fuera de mi madre.

—Es un lugar de culto, bueno para gente culta... ¡Qué sabrás tú!

Al parecer había ido allí en más de una ocasión. Siempre que visitaba mi ciudad, se dejaba caer por allí. Y aceptó encantado mi invitación para poder visitarlo con el *carné vip*.

Fue esa una visita al hogar un tanto extraña. Llevaba un par de meses sin volver. Por diversos motivos. El primero creo que se llamaba Lucía, y el segundo Fátima. O al revés, no recuerdo bien. El caso es que mi relación con Elena, simplemente se había ido apagando. Nunca le prometí que no la dejaría, y si le dije aquello de que no notaría mi ausencia, no tendría que habérselo tomado tan al pie de la letra. Que para medir las palabras y utilizarlas a la perfección, ya estaban Tomás y todos los que eran como él. No yo. Eso pensaba yo entonces, convencido de que mi libertad estaba por encima de todos. Incluso de mí mismo. Por eso les decía antes, estúpidamente, que la relación simplemente se había ido apagando. Simple era yo, que fui el que la había dejado consumirse sin remedio. En fin, de nada sirve ya martirizarse con aquello.

Tomás disfrutó más que yo de ese fin de semana. Enseguida se hizo amigo de mi madre, y sobre todo de Enrique, con el que hablaba y hablaba de libros. También de Fermín, con quien tuvo largas conversaciones sobre la novelita que éste estaba escribiendo, y que pasados los años, le ayudaría a acabar. Por un momento, todos parecían más interesados en la evolución académica de Tomás, que en la mía propia. Él estaba encantado con ese trato, y no dejaba de recordarme lo maravillosa que era mi familia.

—Sí claro, la próxima salida a tu aldea.

—Cuando quieras, pero no te va a gustar, te lo aseguro.

Si me hubiese gustado o no, nunca lo supe. No fuimos. Tampoco tenía yo mucho interés en ir, y menos escuchando las bondades de tan significativo lugar en boca del que debía ser mi anfitrión.

Pero no nos detengamos en detalles que no vienen al caso. Quédense con el hecho de que en ese primer año de carrera, al principio solía ir a menudo por casa, para ir dejando poco a poco de ir. Primero era cada semana, luego cada dos, después una vez al mes, más tarde cada dos y finalmente no volví por allí hasta que el curso finalizó. ¿Para qué antes? Pero como les decía, no tenía descuidados los estudios. Si hay padres leyendo esto, que creo que sí, que sepan que cuando se es universitario, salir se sale, pero también se aplica cada uno a lo suyo.

Tras ese primer año de carrera en la vetusta residencia, di un paso de calidad importantísimo, trasladándome a vivir a un piso compartido. Con Tomás,

y dos estudiantes más de los que apenas recuerdo el nombre. Me abstendré de nombrarlos, no me vaya a equivocar, lean esto y se enfaden por cambiarles el nombre. Eran raros, muy raros, y su buen carácter, no estaba precisamente entre sus cualidades más destacables. Pero pagaban. El día acordado. Con eso bastaba. Y tampoco tienen relevancia en toda esta historia.

Durante el tercer año de carrera, y gracias a los contactos de Fermín y de Luís, no me costó mucho encontrar donde realizar prácticas. Eso me permitió no volver a casa un verano. Definitivamente, estaba despegando del hogar. Vivir cada uno su vida es lo más normal del mundo. Van pasando los años y cuando se llega a una edad, todos buscamos huir. En mi caso, fue de mí mismo. Aproveché la carrera, el poder largarme de mi pueblo, para no volver y hacer que la distancia que me separaba de los míos, fuera un obstáculo insalvable. Bueno, no les voy a engañar. Ya les he cogido cierta confianza y no puedo andarles con ambigüedades: tampoco era un obstáculo la distancia, y sí una oportunidad para marcharme. Seguro que ya lo habían pensado.

Tomás también era de mi opinión, y aprovechó mucho más que yo la oportunidad para romper con todo lo que había conocido hasta la fecha y reinventarse, o al menos, aceptarse. Nunca le juzgué, ahora mucho menos. Todavía hoy, le tengo como uno de mis mejores amigos. Si algo hice con él, fue entenderle y sobre todo respetarle. Recuerdo el día en el que el bueno de Tomás me contó su preocupación, y cuando acabó su pesado monólogo, le contesté con un ¿y?, que todavía le debe provocar la risa cuando lo recuerda. Vamos a tomar unas cañas; fue lo que le dije aquel día, y nunca más me ha dado explicaciones de lo que hace o deja de hacer. A los amigos, no sólo se les entiende, se les acepta por ser como son. Si no lo fueran, no serían ellos, y no habría un nosotros sincero. Ni una amistad verdadera. Qué curioso, yo hablando de sinceridad y de verdad... Sí, ya ven, me aplico la ironía a mí mismo, así es mucho más divertida. Algunos de ustedes estaban pensando en lo cínico que puedo llegar a ser, por las expresiones que adoptan cuando les explico algo, les empiezo a conocer.

34

—Sinceramente, no te entiendo... El tiempo pasa Pablo. Pero el hoy no volverá. De verdad, no te entiendo —un camarero se acercó, le sirvió un poco de vino, y esperó paciente a que lo probara—. Perfecto.

Con las copas en la mano, y tras probarlo los dos, realmente era perfecto, Harry siguió reprochándome el hecho de que les hubiera abandonado a su suerte a todos.

—¡Vamos Harry, sin mí os defendéis todos muy bien!

—Todos no, no seas estúpido. Ella no.

Ella no, claro. Ella esperaba. Su tristeza no había pasado desapercibida para los que sí se preocupaban por ella. Toda la familia parecía estar al corriente de mi conducta. Había sido paciente, mucho quizá. Creo que no se lo dije antes, pero le prometí que no notaría mi ausencia. Sí, se lo dije, perdónenme si me repito con algo. Será como si no me hubiera ido nunca, creo recordar que le solté. Tal cual. El mundo se divide entre los que prometen lo que saben que no van a cumplir, y los que se creen esas promesas, a pesar de saber que no se cumplirán. Venga va, no me jodan con eso de que también hay quienes las cumplen y que si no, no las hacen... Discúlpenme el tono, ustedes no tienen la culpa de mis contradicciones, y de que quede en evidencia cada vez que me sincero.

—Bueno sí, pero es que aquí tengo cosas que hacer. Mi vida ha cambiado Harry, ya no soy el mismo.

—¿Ya no eres Pablo? Estupendo.

—No quiero decir eso...

—Yo me fui de casa, como bien sabes. Dejé mi país, y me vine a éste tan alejado de mi hogar y tan distinto. Pero nunca cambió todo para mí —bebió de su copa y miró con tranquilidad lo que quedaba de vino en ella—, no puedo imaginarme la vida sin Christine. Pero quizá tengas razón, lo que yo siento por ella no debe ser lo mismo que lo que sentías tú por Elena...

¡Maldito americano cabrón, cómo dominaba el idioma! ¿Ustedes también se han dado cuenta verdad? No usó el tiempo presente, para decir "lo que sientes por Elena". No, el muy... usó el tiempo pasado, lo que *sentías* tú por Elena, para atacarme y llamarme ante todo falso y olvidadizo. Que en realidad yo nunca sentí nada, y que en todo caso, era pasado ya. Eso me dolió. Me estaba diciendo a la cara que yo era capaz de prometer lo que sabía que no iba a cumplir, que podía tener a alguien a quien decía amar esperando, sin intención de volver. Me dijo, a bocajarro, que yo era un insensible capaz de priorizar mis necesidades personales a mis deberes para con los demás... Todo eso en una sola frase en un idioma que no era el suyo... Pero lo peor, y de eso me di cuenta con el tiempo, es que todo era verdad. En aquel momento no, pero después de despedirnos tras la copiosa cena, pensé mucho en aquellas palabras. Caminamos un rato hasta su hotel.

—¿Te apetece una copa?

—No Harry, mañana yo también madrugo.

—Nos vemos pronto Pablo, y piensa en lo que hemos hablado —y vaya si pensé.

A solas, volvieron a mí las palabras de Harry. Yo no la quise nunca. Bien, eso quiso decir. Dejémonos de vendas. No es que me comparara con él y su

forma de querer perfecta, no. Lo que me dijo es que yo no la quise, no que la quise poco o mal. Claro que la quise, me dije. Tanto como para prometerle la luna, y llevársela cada día. Y la quería. Claro que la quería. Pero había dejado pasar el tiempo. Y el tiempo, como me dijo él, no vuelve.

A la semana siguiente a aquel encuentro, volví al pueblo. Está claro que no fue una visita improvisada, el jodido Harry me había hecho pensar demasiado. Me sorprendió mucho lo que había crecido María. Sin duda, el paso del tiempo se hace más evidente en los niños. Luego la vida me enseñaría que también lo hace en los viejos. En aquel momento, durante unos breves instantes, sentí que uno no debe irse tanto de los suyos. María era demasiado pequeña para entender, e incluso para decidir por ella misma. Dependía de mí si me veía o no. La estreché entre mis brazos un buen rato. Qué bueno que estés aquí Pablo, me dijo al oído. Qué bueno que estés tú, le contesté con sinceridad.

—¿Hasta cuándo estás? —me sacaba de mis casillas que mi madre siempre me preguntara eso nada más llegar. El tiempo, dichoso tiempo. Todavía no me había desabrochado los zapatos, y ya me lo preguntó.

—No sé, hasta el jueves creo...

Lo cierto era que no tenía fecha de vuelta. Tenía toda esa semana sin clases en la universidad y además, la revista en la que trabajaba de forma esporádica, bonita manera de decir que me contrataban muy de tanto en tanto para reportajes de relleno, no me había encargado nada desde hacía unos meses. Con lo cual, tampoco era de esperar que lo fueran a hacer en los próximos. Tenía tiempo.

Recuerdo muy bien esa vuelta al hogar. A quien tenía ganas de ver también era a Harry. Decirle en los mismísimos morros que yo quería a Elena mucho más que él a Christine. ¿Qué se había pensado él, que yo era un tunante? Había recuperado fuerzas para afrontar la verdad a base de mentiras, ya ven ustedes. Qué fácil resulta pasar de la aceptación y pena, al dolor, y seguidamente a la negación y a pensar que todo el mundo va en contra dirección menos uno mismo. Esa conversación no se produjo esos días, pero se produjo. Sería al cabo de un año y medio, más o menos, de aquella visita al hogar a la que les hago mención. Estábamos los dos solos un día, y le dije eso mismo, yo quería a Elena como ningún hombre quiere a una mujer.

—Claro, por eso la dejaste como un cobarde —me dijo serenamente, mirándome fijamente a los ojos, sin parpadear.

No sé si a ustedes les ha pasado alguna vez eso de estar dándole vueltas a las ideas, a las palabras, convencidos de que llevan razón en algo, incluso se enfadan al repetírselas. Patalean. Gritan. En mi caso, rebuzné. Pero luego, cuando tienen delante a la persona a la que esperaban dirigir toda su furia, todo su enojo,

sus argumentos pesados, esperando que esa persona se dé cuenta de su error y que les pida perdón, esa persona, con una sola frase, una sólo, les desmonta todo el argumento. Y no sólo eso, ya cuando le explicaba a Harry mis sentimientos, sentí que algo no iba bien. Algo no cuadraba. Al verbalizar depende qué, delante de depende quién, se da cuenta uno de que está equivocado. Pero es que además, el maldito americano cabrón sabía contestar. Cuánta razón tenía.

—No te pongas así Pablo. Al menos ahora, sabes lo que eres.

¿Era necesaria tanta crueldad? Ahora sé que sí. Es un buen amigo este Harry. Muy buen amigo. Estarán de acuerdo conmigo en que los buenos amigos, son aquellos que nos dicen las cosas a la cara sin anestesia. Si tienen que decirnos algo, lo harán aunque sepan que nos va a doler. Y mi amigo sabía que para hacerme reaccionar, o al menos reflexionar, debía decirme las cosas así. Sospechaba, y con razón, que por mí mismo era bastante probable que no llegara a las conclusiones acertadas. Pero claro, como bien supondrán, a mí en ese momento no me hizo mucha gracia escuchar esas palabras. Era joven y estúpido. Bueno, tampoco he cambiado mucho desde entonces, aunque me consuela saber que, al menos, ahora ya no soy joven.

Pero como les decía, esa conversación tuvo lugar más adelante, no en la visita que les contaba. Me vuelvo a adelantar con cosas que sucedieron más tarde. Durante ese viaje que les comentaba ahora, el bueno de Harry estaba en uno de sus viajes de trabajo. Pero lo peor es que además de él, la que no estaba era Elena. Estudiaba fuera como yo. ¿Dónde? En otra ciudad diferente a donde lo hacía yo, y su hermana. Ahora era ella la que había decidido huir y alejarse. Hasta ese momento ni me había preocupado hacia dónde le llevaban sus pasos. Entendí que era tarde para intentar algo que debía haber hecho mucho tiempo atrás. Y acepté que eso era así. Y así debía de ser.

Me quedé toda la semana en casa. Quizá Elena volviese. Pero no lo hizo, y tuve que regresar con varias conversaciones pendientes. Sin haberla visto a ella, y sin haber hablado con Harry.

Al menos, me llevé los besos y abrazos de María. Que bien merecían la pena.

35

Empiezo a tener mucho frío. Debí coger la chaqueta. De pequeño me encantaba el invierno, por ver nevar, pero ahora sin duda prefiero el calor. El verano. O mejor, la primavera. Como aquella que recuerdo ahora. Hacía casi un año que había acabado la carrera. Seguía viviendo en la capital, me había acostumbrado a eso

de la libertad. Pero estaba a punto de iniciar el enésimo cambio en mi vida: ir a vivir a una gran ciudad. Reinventarme de nuevo buscando algo indefinido que me definiera de una vez. Unos días antes de dar el salto a mi nueva vida, volví al pueblo. Se iba a celebrar un acontecimiento importante en el *Café con Letras*, y mi presencia era importante. La mía, y la de toda la familia. La presentación tan esperada de la novela de Fermín.

Recuerdo perfectamente que era viernes. Tuve que ser yo quien recogiera a María del instituto. Tendrás que llevarla a comer, nosotros tendremos mucha faena por aquí; me dijo mi madre, la noche anterior cenando en casa. Todos. ¡Cuánto tiempo sin hacerlo! Fermín parecía muy tranquilo, todo lo contrario a como me lo había descrito mi madre por la mañana. Está hecho un flan el pobre; me dijo. Pero sabía mantener las formas. Fingirlas vaya. Excelente cualidad esa, sin duda. María se empeñó en ir a un restaurante de esos de comida rápida.

—Ni hablar —le dije—, mañana me voy lejos, y prefiero ir a un sitio de los buenos.

Ella no insistió, aunque se quedó con las ganas. Lo cierto era que iba a echar de menos aquellos lugares donde comer con calma. Degustar la comida y la bebida sin prisa. Esos sitios con encanto, carajillo y orujo. ¡Cuánto iba a añorar esos pequeños placeres de mi tierra! Bueno, y a mi gente. Qué tampoco es uno tan egoísta. No sigan juzgándome con eso...

Aproveché esa comida para ponerme al día sobre la vida de mi hermana. Pero no dejaba de pensar en poder charlar unos instantes con Elena. En despedirme de ella. Mientras pensaba en eso, María me contó no sé qué de una amiga, otra cosa de un trabajo que tenía que hacer, y algo muy gracioso que le pasó en clase de lengua con su profesora. Yo reí, pensando en las palabras que le diría en cuanto la viera. Si es que tenía el valor para hablar. La sobremesa duró lo que tenía que durar. Poco. Yo soy de sobremesa larga, pero con María no tocaba. Tras el segundo café, bien regadito, para casa. No sé muy bien por qué, pero mi hermana no tenía clase por la tarde. Ni idea de los horarios que tenían por entonces.

Bien avanzada la tarde, el *Café con Letras* estaba a rebosar de gente. Sin duda Fermín era una persona conocida y querida. Y bien que se lo merecía. Era su momento. Yo tenía cierta curiosidad por verle aparecer, ver que pose adoptaba, él que era tan reservado y modesto. Esa tarde, no podría pasar desapercibido. Esa tarde no.

Llegué pronto, Marga necesitaba ayuda en el *Café*. Recordaré viejos tiempos; le dije nada más llegar. ¿Sirviendo cafés? No, me sentaré en aquella esquina a fingir que hago deberes. Reímos los dos. Nos abrazamos y nos miramos. Qué bonito hubiera sido; dijo. ¿Qué había querido decir? Más tarde le

pregunto, pensé. Y como siempre, no hubo pregunta. Siempre dejo para más tarde lo que sé que no voy a afrontar nunca. Además, sabía perfectamente que había querido decir, y por eso rehuí la pregunta. ¿Saben una cosa? Contándoles todo esto, estoy descubriendo un poco mis miserias. Bueno, a lo que iba, esa tarde el *Café* iba a estar lleno.

La presentación se celebró en el pequeño salón. Ése donde celebraban en otro tiempo banquetes los modestos, seguro que lo recuerdan de haberlo leído por ahí antes de conocerme. Al fondo, donde yo solía estudiar de pequeño, había una mesa con varias sillas, y en la pared, una foto de la portada del libro de Fermín, y un enorme cartel en el que se leía: "*Fermín Hernández. La vida al fin y al cabo*". Más de quince años para escribirlo... Ya podía ser bueno ya.

Sobre las siete de la tarde, una hora antes del inicio del acto, el *Café* estaba lleno. Nadie quería perderse la presentación. Incluso varios medios de comunicación cubrieron la noticia. Entre ellos, el diario de la capital, ése donde Fermín trabajó durante mucho tiempo. Enviaron a un reportero para cubrir el evento. Saldría publicado en la edición del día siguiente, sábado. Sin duda, un guiño de sus antiguos jefes. Fermín sonrió al ver al joven periodista, cámara de fotos en mano, haciendo preguntas aquí y allá. Le recordó a sí mismo, muchos años atrás, y divertido se detuvo a observarlo, mientras se preguntaba si también aquél se iba a enamorar de alguna chica que conociera esa tarde. Yo miraba al compañero con algo de envidia, aunque seguro que él escribiría de forma mucho más imparcial de lo que lo hubiera hecho yo.

Otra persona que no podía faltar era Tomás. Había sido de gran ayuda, una pieza clave en la finalización de la obra, según el autor. Mi amigo había corregido pacientemente la novela. Deberías presentarla a algún concurso, hazme caso. Pero Fermín no se lo hizo. No la escribí para eso Tomás. Y no, no la presentó a ningún concurso, aunque Enrique también le animó a hacerlo tras leer, muy por encima, su obra. Qué no... Pero a lo que no se pudo negar, fue a que Enrique la mostrara a varios editores que conocía bien, y sin necesidad de pedir trato de favor, uno de ellos le propuso editarla. Primero una tirada corta, y según vieran si tenía aceptación en el mercado, editarían más.

—Ah bueno, eso sí me parece buena idea —y con estas palabras, Fermín dio su consentimiento para que su novela llegara a imprimirse y presentarse en el *Café con Letras* ese día. Fue un éxito para todos, incluso para el editor. En aquella presentación, más de cien personas asistieron al evento y además, a recoger su novela reservada, con la ilusión de que el autor se la dedicara.

Aproveché la ocasión para charlar con Tomás. Llevábamos tiempo sin vernos, aunque nunca perdimos el contacto del todo. A aquella presentación, asistió con su pareja.

—¿Ves Tomás? Tantas preocupaciones, y al final has encontrado la estabilidad emocional mucho antes que yo —le comenté cuando estábamos los dos tras la barra, yo sirviendo algún café, él pasando el rato mirando a la gente que entraba y salía del salón, a la espera de que empezara el acto.

—Eso es porque yo fui a por ella.

—Sí claro.

—¿Sabes una cosa, Pablo? Nunca entendí cómo podías ser tan bueno con los problemas de los demás, ayudar de esa forma tan tuya, y luego ser tan nocivo contigo mismo.

—¿Tú también con esas Tomás?

—Es que no es justo, no eres como vives. No tienes que cambiar, tienes que empezar a ser tú.

Afortunadamente se acercó su pareja, y eso me dio un respiro. Lo que menos necesitaba en ese momento era una bronca de mi amigo. Incluso la noche anterior, mi madre me había preguntado: ¿con Elena qué? Yo no supe, o no quise, responder. Pero Tomás era otra cosa. Con este tío no era fácil salirse por la tangente cuando se proponía diseminar un tema. Pero como les digo, Álvaro, su pareja, me libró de seguir hablando de algo de lo que no quería.

—¿Cuánta gente no? —dijo al acercarse.

—Pues todavía es pronto, falta gente por venir.

Y claro que faltaba gente. Entre los que faltaban por venir, Christine y Harry. Maldito Harry, fue este día cuando me soltó aquello de que yo era un cobarde... En fin, ya es pasado y además, no le faltaba razón. Llegarían, esos dos llegarían, como siempre a última hora, pero llegarían. Y faltaba Elena, que hizo acto de presencia cuando Fermín ya se arrancaba con las primeras palabras.

—Qué de gente —dijo a mis espaldas. Yo ni me giré. No podía. Algo me paralizaba. La tenía de nuevo al lado. No sabía muy bien cómo reaccionar en ese momento. Por un instante pensé en girarme y besarla. Todos miraban al frente, a Fermín. Nadie me hubiera visto. Sería un beso sólo para nosotros. Pero no lo hice. Me quedé quieto pensando en besarla y lamentando no hacerlo al mismo tiempo. Muy típico en mí. Desear hacer algo y no hacerlo. Me limité a asentir levemente con la cabeza, la mirada al frente. Ella creyó que era momento de callar, y calló. Luego tuve oportunidad de hablar con ella, pero poco hablé.

—Mañana me marcho.

—Sí, ya me dijo mi madre.

—Ojalá todo hubiera sido diferente.

—Ya, pero todo es como es.

Las palabras justas. Así era Elena. Mi Elena. También hablé, como les

he comentado antes, con Harry y Christine. Lo que me dijo él, no lo voy a volver a repetir, y no sólo por dañino, sino por no ser repetitivo. En ese orden. Con Christine, charlé un buen rato. Es una ciudad maravillosa, seguro que encuentras todo lo que necesitas. ¿Todo lo que necesito? Ya me entiendes Pablo, y girándose saludó a una señora que yo no conocía, momento que aproveché para dar por finalizada la conversación con ella. Empezaba a estar un poco cansado de que todos se creyeran con la potestad de decirme sí hacía bien o no con mi vida.

—Cuando estés instalado, en todos los sentidos, haré un par de llamadas para ver si puedo ayudarte.

—No es necesario que lo hagas Fermín.

—¿Por? Una pequeña ayuda le va bien a todo el mundo. Aquello es muy grande y seréis muchos buscando lo mismo.

—Bueno, algo saldrá.

—Eso seguro Pablo, eso seguro.

Fermín era el único que jamás me reprochaba nada sobre mi manera de hacer las cosas. Y no por aquello de que no fuera mi padre, y que por lo tanto no podía ejercer la figura como tal. No era por eso, Fermín es así. Entiende que cada uno es dueño de sus errores, que somos nosotros mismos el ejemplo a seguir, o a no seguir. Que se aprende con la experiencia propia y que no hay mejor maestro que el yo. Hacía mucho tiempo que ejercía de padre para mí. Le había quitado la barrera que nos separaba en un inicio. En realidad, no tardé en hacerlo.

Mi madre se pasó toda la noche mirando orgullosa a su marido. En un momento en el que charlamos, me recomendó que leyera su novela, ahora que iba a estar solo de verdad. Léelo despacio Pablo, hay un momento en el que habla de ti. ¿En serio? Pues lo haré.

—Y Pablo, cualquier cosa me llamas. No hagas como siempre y pases de tu madre.

—Que sí mamá...

—Recuerda que vas a mi ciudad. La de tiempo que no estoy por allí.

—Pues ahora tendrás un buen motivo para volver.

—Claro, seguro que estarás deseando que vaya a meter las narices —y rió como siempre—. Y llama a Miguel, Marga ya le ha avisado que te vas a vivir allí.

—Que sí mamá...

Al día siguiente, el de la resaca post-presentación de la novela de Fermín, me fui lejos. Muy lejos.

Aunque en su momento no lo creyera, tampoco pensé en ello, es más que probable que las causas por las que acabé marchándome a vivir a una gran ciudad, fueran las mismas por las que mi madre acabó en una pequeña: huir. Sí. Huir. Poner tierra de por medio. Mucha. Mi madre en su momento decidió empezar de cero en un sitio nuevo, pero en realidad lo que hizo fue huir. Eso mismo hice yo. Y como ella, elegí mi destino por las referencias que tenía. Era una especie de vuelta al pasado. Regresé a la ciudad de ella. A buscarme un futuro que yo creía mejor del que tenía. Pero mi realidad, huelga decirlo, no era tan dramática como la suya. Aunque yo también tenía un motivo para huir: Elena. Por ella debí quedarme, pero por ella me fui. Era mi forma de hacer las cosas. Una mierda de forma sí, pero era la mía.

En mi pueblo, no tenía una estabilidad laboral como para haber supuesto que mi sitio estuviese allí. Que ridículos somos las personas creyendo que somos de donde trabajamos. Hay gente que encuentra la estabilidad en un trabajo fijo. Y la vida es otra cosa. La estabilidad nos la dan las personas que nos rodean, las que nos hacen sentirnos vivos. Precisamente por eso, yo decidí irme. Por las personas que debían darme estabilidad, y que yo acabé por desestabilizar. Qué contradictorio me parece todo esto visto ahora.

Ir a una gran ciudad representó para mí, de entrada, reinventarme de nuevo. Y no sé cuántas veces iban ya. Alquilé un modesto piso en el que fue el mismo barrio de mi madre. Y no, no fue queriendo. Fue una de esas curiosas casualidades. Ya, seguro que piensan que no fue tan casualidad, y que buscaba seguir los mismos pasos perdidos. Pero no, créanme por esta vez, fue casualidad. El piso era pequeño aunque suficiente. Tenía dos habitaciones, me sobraba una, cocina, salón y lavabo. Perfecto. Además, disponía de una inútil plaza de parking, que luego no sería tan inútil al comprarme una motocicleta. Preferí alquilar primero y probar mi nueva vida. No soy de los que piensan con las largas puestas, eso ha quedado claro. De hecho, hasta hace bien poco, nunca he sido propietario de nada, y permítanme la expresión, serio. Ni vivienda, ni siquiera coche propio. Únicamente la mencionada motocicleta a la que les hacía referencia antes.

Una gran ciudad desconocida lo que le da a uno es el privilegio del anonimato. Nadie te conoce, y resulta excitante creerse libre para hacer lo que le venga a uno en gana. Incluso, en esa efervescencia del placer, puedes llegar a inventarte tus gustos y rarezas. Volcarte sin escrúpulos al arte de probarlo todo. Perdonen, no entraré en detalles. ¿Se acuerdan de las cartas, que escribía junto a mi madre, para mi padre? ¿Recuerdan que los secretos se los enviaba por la mente, verdad? Pues eso, lo han entendido. Sólo les diré que pasado un tiempo, uno se acaba dando cuenta de que se equivoca en eso de que no le ve nadie. Me

veía a mí mismo, y la persona más dura juzgándonos, siempre somos nosotros mismos. Afortunadamente, también somos nosotros mismos, la persona que más de corazón nos perdona.

Pasado el breve periodo de adaptación a mi nuevo entorno, y a todas las posibilidades que se me ofrecían, tocaba buscar trabajo. ¿Quieres decir que es la mejor época para probar? Solía decirme mi madre días antes de partir hacia mi nuevo destino. Por supuesto que sí, se acerca el verano y seguro que le sale alguna cosa con la que empezar; contestaba por mí Fermín. Siempre que podía me echaba un capote. Ahora que estaba solo, más que nunca en mi vida, era momento de tocar a todas las puertas posibles a ver si finalmente me salía esa cosa.

Creo que no se lo he comentado todavía, lo hago ahora aun a riesgo de repetirme: me especialicé en la radio. Era y es mi medio preferido. Comunicas sin jugar con la libre interpretación que muchas veces se le da a las palabras escritas, ni abusas de las imágenes condicionantes que emplean en la televisión. La radio es la palabra en su máxima expresión. Es una opinión personal, que nadie se ofenda si no piensa como yo. Me enamoré de esa forma de comunicar cuando asistí por primera vez a un partido de fútbol, junto a Harry y a Luís...

Yo era un crío que por entonces había decidido que quería seguir los pasos de Fermín, y olvidarme de la medicina. Que sí, estaría muy bien eso de curar a enfermitos y tal, pero la sangre no era lo mío. A mí lo que me atraía de veras era narrar emociones. Y aquella tarde, en una esquina de la cabina del campo de fútbol, me quedé fascinado con el poder de la radio. Estuve prácticamente todo el partido mirando por la ventana de la cabina hacia el campo, con los ojos cerrados. Preferí imaginarme que pasaba ahí abajo a través de la voz de Luís y las exclamaciones de Harry, que viéndolo con mis propios ojos. Fue fantástico. No me llamen bicho raro, es algo parecido a lo que siento cuando voy al cine, en contadísimas ocasiones por cierto, o leo un libro. Cuando de un libro se trata, trabaja la imaginación, a través de la pantalla está todo masticado, y al menos para mí, la experiencia es mucho más intensa leyendo. La radio es como leer un libro a un ciego, o algo parecido. Seguro que para muchos de ustedes también. Pues eso sentí yo aquel día en ese partido de fútbol, que por cierto creo que ganamos tres a cero. La radio, a partir de entonces, pasó a ser una fiel compañera en mi vida. No sólo a nivel profesional.

Mandé mi currículum a todas las emisoras de la ciudad. Vía mail, carta e incluso personándome en sus oficinas. Tenía tiempo de sobra. No disponía de una fortuna en mi cuenta corriente, pero sí lo suficiente como para que la situación, siempre y cuando no se alargara más de la cuenta, no fuera crítica.

—¿Te salió algo ya?

—Qué va Fermín, nada. No me queda ninguna emisora a la que llamar.

El mes que viene, empiezo a pedir trabajo en los supermercados.

—Déjame que haga un par de llamadas desde aquí, algo conseguiremos.

Fermín, siempre solícito. Durante los primeros meses en mi nueva ciudad, me dio tiempo a leer su novela. Me llegó a emocionar el capítulo en el que, como bien me señaló mi madre, hablaba de mí. Para ello se inventó un personaje, evidentemente, pero era a todas luces yo. En ese capítulo no sólo me citaba, sino que profundizaba en lo que sentía él por mí. Perdonen que se lo cuente un poco así de esta manera, pero es que no quiero adelantarles nada de su obra. Si pueden, léanla. Merece mucho la pena.

Finalmente no me hizo falta pedir trabajo en ningún supermercado. Realmente lo pensé. Que quede claro que no lo consideraba mala opción, no crean que lo digo como si fuera algo peyorativo. Pero entiendan que después de tener una carrera, pues uno prefiera trabajar de lo suyo. La ansiada llamada para una entrevista, llegó. Nada más y nada menos que de la emisora líder a nivel nacional. Me vine arriba la tarde en la que sonó el teléfono, por fin. Decidí abrir una botella de buen vino para celebrar, a solas, la posibilidad de que la buena fortuna llamara a mi puerta.

La entrevista tuvo lugar en un despacho más bien gris. Delante de mí tenía a un tipo de lo más normal. Hablaba en tono neutro, únicamente repasaba en voz alta lo que leía en el currículum que les había dejado en sus oficinas, vayan ustedes a saber hacía cuánto tiempo. Los dos folios estaban arrugados y sobre ellos había varias notas escritas que no alcancé a leer. ¿Por cuántas manos había pasado antes de llegar a ésas que ahora los sostenían? Ni idea.

—Bien —dijo al fin, sin apenas haberme hecho un par de preguntas—, ahora vendrá el director en persona a hablar con usted. Sepa que esto no es nada habitual, pero ha preferido hacerlo él mismo.

Aquello me sorprendió tanto como a él, que parecía ligeramente molesto con la situación. Se levantó y me dejó solo esperando. Sí, se llevó mi manoseado currículum y nos dejó a todos, a ustedes y a mí, sin saber que decían aquellas notas.

—Siéntese por favor —este otro hombre, más mayor que el primero, se mostraba más seguro y cómodo. Impecablemente vestido, se notaba que era de los que hace mucho tiempo que están acostumbrados a eso de mandar.

—Bienvenido a nuestra casa —dijo nada más sentarse, y me sorprendió mucho que me diera por contratado, luego lo entendería—. Viene usted muy bien recomendado.

—Sí, mi padrastro...

—¿Cómo dice?

—Fermín Hernández, es mi...

—No sé de quién me está hablando.

—Espere, ¿se refiere al *Gato*?

—¿Gato?

—Luís Samprín. Es como lo conocen los de mi pueblo, fue un...

—No, no, cállese. De quién le hablo es de una persona importante, pero ajena a los medios. Bueno, tan ajena tampoco, que algo me dijo que hizo en la radio hace un tiempo. El caso es que me pidió que le diera a usted una oportunidad, pero que si a los dos días veíamos que usted no era de nuestro agrado, y cito textualmente, le mandara a tomar por el culo.

—Harry...

—El mismo. Y créame que esto último lo haremos si no cumple. Tiene trabajo por delante para convencernos de que merece esta oportunidad.

—Descuide que lo haré.

—Sí, esperemos. Ah, otra cosa: Harry me pidió que no le dijera nada acerca de que él intervino por usted. Pero yo no oculté ninguna información a mi equipo. Usted tampoco lo hará, primera lección.

—Sí señor.

—Pero a él, sí le ocultaremos este pequeño detalle. Yo no le he dicho nada. ¿Sabe una cosa? Debe de ser usted muy importante para él, o debe de confiar mucho, jamás pide un favor a nivel profesional a nadie, y tampoco acepta que se lo pidan a él.

—Sí, es muy buen amigo.

—Bueno, en realidad lo arregló diciéndome que el favor me lo hacía él a mí, estaba evitando que usted acabara trabajando para la competencia. Fue esto lo que me convenció, noté que lo decía en serio. Espero acabar debiéndole un favor a ese americano malhablado...

—Y yo señor, y yo...

Así fue como conseguí mi primer trabajo de verdad. Al principio haciendo un poco de todo, las tareas menos gratas como pude comprobar más adelante, pero no desaproveché la oportunidad que me habían brindado. Tardé mucho tiempo en volver a cruzarme con el director general de la emisora. Llevaba algo más de un año trabajando allí, cuando me tropecé con él por los pasillos. Iba con algo de prisa, llegaba apurado al noticiario de las cuatro de la tarde, y él justo salía del ascensor. Casi me lo llevo por delante, literal.

—¡Hombre Losada! ¿Qué tal todo por aquí?

—Bien, bien, muchas gracias —contesté, sorprendido de que se acordara de mi nombre.

—Me alegra oír eso, no se vaya usted a la competencia —no se paró para esperar mi respuesta, se fue riendo sin pudor. Sin duda, un tipo curioso. Muy

del estilo Harry, por otra parte.

Con un trabajo estable, y sobre todo de mi gusto, encontré una estabilidad desconocida para mí. Sí, lo sé, antes les hablaba de lo absurdo que era buscar precisamente esa estabilidad en tener o no trabajo, pero es que yo hasta ese momento no había tenido ninguno, y no había sentido qué era eso de querer echar raíces en un lugar.

El inicio no fue fácil, pisé mucha calle en busca de noticias con poca, o nula relevancia. Pero como les dije, a mí me parecía todo perfecto. No tardé en pasar a trabajar de forma fija desde los estudios de la emisora. Al principio, lo confieso, eché de menos la calle y ver las cosas con mis propios ojos, pero ese cambio representó tener una labor fija en los noticiarios de cada hora, y eso era una especie de ascenso. Con el tiempo la cosa cambió e incluso llegué a dirigir y presentar mi propio programa, pero eso sucederá mucho tiempo después de lo que les estoy contando ahora. De hecho, creo que se acabará este relato, y no habremos llegado a ese punto de mi vida. Les veo interesados por saber, creo que son menos de los que comenzaron a leer toda esta parrafada mía, pero los que quedan, están sorprendentemente atentos. Se lo agradezco. Sigamos.

Cada poco llamaba a casa. Además, con la tecnología de la que disponemos, la distancia se hace menos distancia. Esta vez sí me propuse eso de que mi ausencia no se hiciera tan evidente. No sé si llegué a conseguirlo, pero lo que les aseguro, es que está vez sí lo intenté. Mi madre me preguntaba siempre por lo que comía, y si había conocido a alguna chica. Con Fermín hablaba mucho más tiempo, casi siempre sobre trabajo, de forma muy amena. Y luego estaba María. Un verano, se vino a pasar un par de semanas a mi casa.

—No seas exigente en eso que siempre dice mamá, y todo irá bien.

—¿A qué te refieres?

—A eso del orden y las comidas.

—Genial.

Y sí, fue genial. A mi hermana le encantó la gran ciudad. Me vendré a vivir contigo en cuanto pueda; me dijo el día que la acompañé a la estación para que cogiera el tren de regreso a casa. Ojalá, pensé yo, sintiendo lo mucho que me estaba perdiendo, viviendo tan lejos de los míos.

No eran pocas las ocasiones en las que la soledad se hacía más evidente. Pero tenía mis métodos para librarme de esa sensación real pero hiriente. Hasta que un día todo cambió. Fue en una llamada a casa, una de tantas. Mi madre me lo comentó por teléfono como si nada. Tardé mucho en reaccionar, pero reaccioné. Tarde pero mal. Típico en mí.

Las largas rectas sin apenas tráfico, son perfectas para pensar. Para dejarse llevar. Ayuda que en la mayoría de esas grandes líneas sin giros, el paisaje no invita a devorarlo con los ojos. A mí me gustan más las montañas y los verdes valles, pero claro, allí son todo curvas. Por la que circulaba yo aquella mañana de verano, el entorno era desolador, pero la carretera perfecta. Una cosa por otra. Hacía dos años que me había comprado mi motocicleta, y sobre ella me lanzaba cada vez que podía a viajar. En calma. Viajar en moto, es la coartada perfecta para hacerlo solo sin levantar sospechas. Todo el mundo, o casi, entiende e incluso comparte ese sentimiento de libertad que te da viajar con el aire constantemente golpeándote en la cara. No me negarán que uno es más libre, cuanto más solo viaja. Sin ataduras ni compromisos. Eso me gustaba a mí, mi moto y yo, al fin del mundo.

Ese verano al que retrocedemos, viajaba a la capital del país. Por puro placer. Aunque había algo más. Tenía un motivo para ir. Yo me decía que era un añadido al viaje, que lo hubiera hecho de todas formas, que no era, ni mucho menos, el objetivo. Pero realmente, sí lo era. Ese viaje a través de medio país, era para ver a Elena.

Hacía más de año y medio que no la veía. La última vez fue en navidades. En el pueblo. Aquella vez hablamos poco. Muy poco. Fue durante la comida de navidad, o en nochebuena, no recuerdo bien. Estábamos todos reunidos alrededor de la mesa, disfrutando de la comida, de la bebida y sobre todo, de la compañía. La familia era enorme. Y Elena estaba radiante. Yo entonces no se lo dije, que uno tiene ese poquito de dignidad muy de vez en cuando, y delante de su marido no pensaba decirle lo mucho que me gustaba aquella noche, o medio día, aunque deseara hacerlo. Un año antes a aquella escena navideña, yo encajé con indiferencia la noticia de que se iba a casar. César, se llamaba el intruso. No es cosa mía, me dije cuando mi madre me lo comentó por teléfono un día. ¿Recuerdan aquello de que una buena mentira abriga? Pues ésta era mala, y no me evitó el frío.

—Por cierto, antes de que se me olvide, ¿se nos casa Elena, qué alegría!

—Ah, bien, me alegro. La llamaré para felicitarla. Ahora te dejo que tengo mucho trabajo.

Les diré la verdad: en un primer momento, la indiferencia no era fingida. Era consciente de que eso podía pasar en cualquier momento. Elena era de esas personas a las que no le faltan seguidores. Cualquiera con dos dedos de frente, sería capaz de pedirle matrimonio a la segunda cita. No había que estar loco para perder el juicio por ella. Eso alguien normal, yo no lo hice en su debido tiempo.

Pero como pueden sospechar, esa indiferencia pasó a tristeza primero, melancolía después, enojo al cabo de un tiempo, y resignación mezclada con todo lo anterior al final. A veces es mejor pensar que ya no se puede hacer nada, antes que lanzarse al riesgo de intentarlo. Había dejado pasar el tiempo demasiado.

No fui a la boda. Me inventé una excusa que muchos no creyeron, pero que tampoco podían demostrar que fuera falsa. Ventajas de vivir a casi mil kilómetros de distancia del lugar de los hechos. Lo siento, me han encargado cubrir una noticia ese día. Sí, lo he intentado por todos los medios, pero no ha habido manera de convencer a mi jefe. Ya, una pena.

Durante esa comida de navidad, ¿o era cena de nochebuena?, me acerqué a Elena para disculparme por no haber podido ir a su boda, y ella me contestó con algo de indiferencia.

—No te preocupes, estabas muy ocupado. Pero fue como si nunca te hubieras ido.

Esa frase volvía a mi cabeza de tanto en tanto. Como en aquella recta por la que transitaba ese verano, a lomos de mi motocicleta camino a mi cita con ella. Era de las que hablan poco y dicen mucho. Frases con pocas palabras y mucho significado. En aquel último encuentro, poco más hablamos. Esa sentencia suya, acalló mis palabras. Pero ahora, pensaba yo de camino, te voy a decir todo lo que debí decirte hace demasiado tiempo, y que sea lo que Dios quiera. Si es que hay Dios, y si es que quiere algo.

Quedamos a media tarde en una cafetería del centro de la ciudad. En una muy conocida y sin pérdida. Había dejado la moto y mi escaso equipaje en el hotel y, tras una merecida ducha y cambio de ropa, fui a comer algo antes de mi cita. Estaba nervioso. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella a solas, y quería decirle muchas cosas. Volteé por la zona durante la hora larga de antelación con la que llegué a la puerta de la cafetería, ensayando mi discurso. Hasta que llegó, puntual y sonriente como siempre. ¿Has encontrado fácil el sitio? Sin problema.

Hablamos de trivialidades que seguro me agradecerán que pase por alto, para hablarle de la forma en la que había acabado lo nuestro. O, como apuntó ella, la forma en la que yo había decidido que la cosa no comenzara. Lo serio, Pablo, no dejaste que comenzara.

—Sabes una cosa, Pablo —dijo después de suspirar profundamente, tras escuchar mi alegato de arrepentimiento—, creo que si en lugar de conmigo, hubieras estado con Laura, nunca te hubieras ido del todo.

—¿Cómo con Laura?

—Vamos no te hagas el sorprendido, ¿crees que no me di cuenta en su momento?

—Ya... Eso sólo fue un flechazo de crío, no era amor de verdad.

—Sí. Yo me enamoré de ti el primer día que te vi en casa de tu madre. Y era más cría que tú —dijo mirándome a los ojos—. Si ella no hubiera pasado de ti años después, creo que tú estarías con ella.

—No. Además, si me fui estando contigo, con cualquiera me hubiera ido igual.

—Eso no lo puedes saber.

—Yo digo lo que sé, y tú lo que crees.

Hablar con alguien de sentimientos mutuos, y centrarse en el significado de cada palabra, convierte la conversación en una especie de guerra dialéctica. Yo sé, tú crees, nosotros nada.

—Las cosas que no se hablan en su momento, mejor no hablarlas nunca —dijo, como dando por finalizada la conversación.

—Nunca es demasiado tiempo —repliqué—, pero tampoco tiene por qué ser ahora.

Acabamos aquella cita volviendo a temas mucho menos importantes, de forma atropellada y con prisas por acabar. Fue un encuentro de esos que se alargan con cada uno en su esquina del ring. A solas. Pensando. En lo que se ha dicho y en lo que se ha escuchado. En lo que se debería haber dicho y en lo que se debería haber escuchado. Todo complicado. Muy complicado. Como la vida, al fin y al cabo.

De nuevo en el hotel, sentí la soledad como nunca. Era duro de aceptar haber estado con Elena charlando, y ahora no tenerla al lado, ni saber cuando sería la próxima vez. Le había dicho lo mucho que lo sentía, que nunca debí abandonarla. Tarde, muy tarde. Es curioso, pero durante esa noche en la ciudad más poblada del país y más solitaria del mundo, aprendí que el pasado siempre vuelve. Aquella tarde, Elena me dijo que las cosas que no se hablan cuando toca hablarlas, es mejor callarlas para siempre. Era una especie de deuda que no se ha de pagar ya, pero que siempre se va a deber. Además, me reprochó la tontería de su hermana, como si fuera importante para mí. ¿Se han dado cuenta de que nunca la cito? Les apuesto lo que quieran, a que no vuelven a oír su nombre en lo que queda de historia...

Por la noche, no me negarán que el miedo se acentúa mucho más que por el día, y yo esa noche pasé miedo. A quedarme solo. Vacié el mueble bar en un intento de olvidar. Yo era de esos que se emborrachan a solas en casa, o en cualquier hotelucho de medio pelo. Sin testigos hace uno menos el ridículo, pero lo hace. Ebrio, entendí que la fina capa de protección que el orgullo me había tejido alrededor de Elena, se me había caído esa misma tarde. En ese momento no era consciente, pero por la mañana, tras dos cafés dobles, entendí que esa fina

capa, era precisamente lo que me había llevado a ser lo que no era, y a estar como no quería: solo. Orgullo, maldito orgullo.

No me di cuenta del hecho de que durante la larga conversación mantenida con Elena la tarde anterior, en ningún momento salió el nombre de su marido. ¿Cómo se llamaba? Es igual, no importa. No hablamos de su presente ni de su situación. No sé si me hubiera cambiado algo saber que su matrimonio hacía aguas en ese momento. Tal vez hubiera seguido con lo mío, ante su negativa de reconstruir lo que un día tuvimos. Pero seguro que algo me hubiera hecho cambiar, haber sabido que más tarde sus problemas matrimoniales, me tuvieron a mí como epicentro. Pero yo no pregunté, interesado únicamente en hablar de mí, y ella no me dijo nada, interesada únicamente en hacerme ver que era tarde para todo. Ignorante de la situación, bajé los brazos y acepté que el tiempo pasa, y que como me dijo en su día Harry, el hoy no vuelve. Era momento de reinventarse de nuevo.

38

De vuelta a mi mundo, decidí empezar otra vez de cero. Levantar la cabeza y seguir. Mi madre siempre dice que lo que no depende de uno, no debe ser una preocupación vital. Pues eso me propuse hacer yo, no preocuparme más por Elena. Estaba más que claro que se sabía defender. Eso decidí creer, y más teniendo en cuenta que contaba con todo un marido, que se preocupaba día y noche por ella. Y ella por él, me repetía constantemente, dándome ánimos para afrontar mi desastre.

Aprovechar el tiempo en una gran ciudad, representa abrir un amplio abanico de posibilidades, como ya les conté anteriormente. Son tantas, que incluso da vértigo lanzarse a ciegas. Bueno, igual estoy exagerando un poco la situación y mis propósitos... No crean que me lancé a múltiples y apasionantes aventuras, ni mi cuerpo ni sobre todo mi cabeza, me pedían ese tipo de entretenimientos. Ya no. Lo que hacía por entonces en mis horas muertas, era pasear. Alguna vez, contadas, iba a cenar con algunos compañeros de trabajo. Otras, asistía a eventos de todo tipo, desde algún torneo de tenis, que aborrecía sobremanera, a algún estreno teatral o al cine, siempre con invitaciones. Así rellenaba las horas, los días, las semanas, y por extensión, los meses. Sin hacer gran cosa al fin y al cabo. Hasta que todo cambió por un tiempo.

Susana trabajaba en el mismo grupo empresarial, era fotógrafa en el periódico cuya redacción estaba en el piso de abajo a la emisora donde lo hacía yo. Habíamos coincidido muchas veces en el ascensor del edificio. Tardé varios

días en darme cuenta de su presencia, y de que teníamos horarios parecidos. En mi época de reportero callejero, también nos habíamos visto esperando alguna noticia intrascendente. Nos limitábamos entonces a saludarnos. ¿Qué tal, esperando? Ya ves, que frío. Era lo máximo que hablábamos. El hecho de que fuera simpática, de mi misma edad, más o menos, y hasta cierto punto atractiva, me pasó totalmente desapercibido. No soy de esos que van por la vida en busca de ligues. Seguro que alguno de ustedes no se cree esto último, siempre los hay incrédulos que creen conocerme mejor que yo mismo. En fin, sigamos.

Como bien saben, tenía una motocicleta, y Susana vino un día a pedirme consejo para la compra de un casco, unos guantes o algo por el estilo. Alguien le había comentado que yo era motero, descripción que a todas luces me venía grande, y vino dispuesta a sacar buenos consejos de todo un experto.

—No tengo ni idea de lo que me preguntas. Tengo moto, pero ni idea de motos.

Muy graciosa le debió de parecer mi respuesta. A veces, la sinceridad conquista. Me preguntó qué moto tenía, le dije que cuando quisiera le llevaba a dar una vuelta, este mismo sábado dijo, y salimos.

Seguramente fuera del trabajo todos nos comportamos de forma diferente a como lo hacemos dentro de él. Aunque no estemos trabajando en sentido literal, el hecho de hablar con alguna compañera, aunque de otro departamento, dentro de las instalaciones laborales, implica unas ciertas maneras. Parece como si lo que habláramos lo escuchara el jefe, o que esa compañera fuera a ir a contárselo a cualquiera. En cambio, si quedamos fuera de todo contexto laboral, la cosa cambia. Es como más íntimo. Evidentemente, lo es.

Susana me pareció muy simpática. Mucho más que cuando nos cruzábamos por los ascensores o nos veíamos en la calle, ella con la cámara y yo con el micrófono. Fue un día bonito aquél. Empezamos curvando por la costa norte, y acabamos enroscados entre las sábanas de mi cama.

Sin duda fue una época intensa aquella. No lo negaré. Susana me daba un plus de tranquilidad. Muchos de mis compañeros suspiraban al verla pasar. No les culpo, hasta ese momento no, pero entonces me di cuenta de que era realmente atractiva, además de simpática. Pero lo que más me gustaba de ella, era su inteligencia.

No tardamos en aparecer juntos por el trabajo, después de haber pasado la noche en mi piso. Poco a poco, fue instalándose en mi vida. Seguramente cualquiera habría sido feliz en mi situación. Yo lo que estaba era cómodo. Pero algo no me cuadraba en todo aquello. Susana era de esas personas que todo lo hacía fácil. Sin una voz más alta que otra. Sin una palabra malsonante. Todo lo razonaba y era de las que torcían el brazo con suma facilidad. Convivir con ella

era algo muy sencillo. Sin complicaciones. Pero me faltaba algo. ¿Existe algo más hermoso que una pareja discutiendo? Pues eso me faltaba. Ese punto de mala hostia que tanto me gusta en las personas. ¿Será que yo lo tengo? No creo...

Pero a pesar de que para mí la relación no era perfecta del todo, podría haberla mantenido por siempre. En cierta manera vivía tranquilo, y no aspiraba a mucho más. Hasta que un día, como de soslayo, mi madre me dijo algo por teléfono que me hizo recordar pasiones pasadas. Y uno compara. Recuerda. Lamenta. Me di cuenta de que esa pasión no era pasada, y que no estaba con la persona que quería. También coincidió, que casualidades tiene a veces la vida, con el hecho de que Susana me propusiera algo que representaba un avance definitivo en nuestra relación. Eso fue la nota discordante en aquella historia que parecía destinada a perdurar, a pesar de estar condenada al fracaso. Tampoco podía, ni quería, alargar demasiado lo que se había convertido en farsa con Susana. Ella no se lo merecía. Acompañé mi negativa a casarnos, sí lo propuso ella, con una negativa a algo mayor. Mejor nos damos un tiempo para pensar si esto tiene futuro, le propuse sabiendo perfectamente lo que significaba aquello. Y nos dimos tiempo, todo lo que nos quedaba de vida.

Recuperada la soltería, volví a lamentar el pasado. Qué mal se vive pensando en el ayer perdido. No lo hagan, mírense siempre los pies, es el presente; y luego hacia delante, caminen, es el futuro, siempre hacia delante. Y sigan avanzando. Es fácil decirlo, lo sé. Yo en esa época que les comento, logré hacerlo. Caminé decidido hacia delante, con la cabeza bien alta. Pero girándome a cada momento, para ver si Elena venía por mí...

39

El día que me cambió de nuevo la vida, aunque esta vez de forma definitiva, fue un día agradable de primavera. Había asumido con cierta resignación mi soledad, tanto, que hasta le empecé a coger gusto a esto de hacer y deshacer sin contar con nadie. Algo que tampoco me era del todo extraño. ¿Cuántos años habían pasado desde la aventurilla aquella con Susana? ¿Dos? No lo recuerdo muy bien. Pero dos mínimo. Tampoco tenía mucha importancia el tiempo transcurrido desde que acabó todo aquello. No pesaba estar solo. De hecho, podía presumir, si es que se puede hacer eso, de haber elegido yo esa manera de vivir.

Y sí, están en lo cierto todos aquellos que piensen que no sería siempre tan agradable esta especie de resignación forzada. Que aunque forzada por uno mismo, no es menos forzada. Y perdonen que repita la palabra forzada, pero es que así le doy más énfasis a la idea... Ya ven, destaco lo forzado de una situación

que les decía que era aceptada. Siempre moviéndome sobre la débil línea de la ambigüedad...

Venga, no nos perdamos en palabrerías, que les iba a relatar el día en el que cambió todo de nuevo. Era primavera, eso ya lo había dicho. Un día realmente agradable. De los que invitan a pasear. Sin prisas. Coincidió además que pude salir pronto del trabajo, lo cual era una excepción que por sí misma merecía una celebración. Volví a casa en autobús, como siempre que no tenía prisa por llegar, que era casi siempre. No sé lo que pensarán, pero a mí eso de viajar en metro me da una cosa que no sé ni explicar. Viajar sin ver el paisaje es como dormir negándose a soñar. Y ya me conocen, soy de los que prefieren soñar.

Al bajar del bus, caminé sin prisa hacia casa. Me detuve mirando un parque infantil, donde jugaban alborotados lo que me pareció un millar de niños. A esa hora nunca pasaba por allí, y me sorprendió la algarabía que provocaban aquellas gargantas deseosas de expresar sus gritos de libertad. Qué bueno eso de ser niño, ajeno a todos los problemas. Me quedé un momento observándoles, pensando qué se sentiría al tener la responsabilidad de ser el padre de uno de aquellos diablos. Traer al mundo a una persona, es lo más grande que un ser humano es capaz de hacer. Crear vida. Y en eso, como en casi todas las cosas verdaderamente importantes de la vida, las mujeres nos sacan ventaja. En todo eso pensaba yo en ese momento, en cierta manera lamentando mi soledad y mi negativa forzada, de nuevo la palabra de marras, a tener un presente diferente al que tenía. Entonces, alguien me apretó suavemente el brazo y me giré, no sé muy bien por qué, a cámara lenta como en una de esas películas tontas de enamorados.

—¿Elena?

La misma. Allí mismo. Delante de mí sonriendo. Como si nada. Extraordinariamente guapa. Vestía con su estilo habitual, toda conjuntada, maquillada a la perfección y sonriente. Y si me permiten la apreciación, con un brillo en la mirada que invitaba a acompañar esa sonrisa. Nos abrazamos cortésmente, después de los dos besos en las mejillas. ¡Qué sorpresa! Dije tras superarla. Sí, esa era mi intención, sorprenderte. Me explicó que mi madre le había dado las señas de mi casa y ella, ni corta ni perezosa, había ido hasta allí a probar suerte por si me veía. Si no, tengo tu número de móvil, pero era mejor hacerlo así..

—¿Y Carlos? —pregunté en cuanto tuve ocasión.

—¿Quién?

—Tu marido.

—César, querrás decir.

—Eso.

—¿No te lo dijo tu madre? Nos separamos hace año y medio...

No estoy seguro de sí mi madre me lo dijo o no. No lo puedo asegurar. Escuchar aquello me produjo una alegría contenida. En aquel atropello inesperado, como buen atropello por otra parte, no estaba yo en disposición de pensar con claridad. Pero aun así, me alegré. Vaya si lo hice.

Entonces, Elena se sacó de un bolsillo lo que parecían dos entradas para algo, no me pude fijar bien, perdido como estaba en sus ojos. Se abanicó cómicamente con ellas, mientras me preguntaba si tenía planes para el día siguiente.

—No, la verdad es que no.

—Pues entonces ahora sí, mira —y me plantó las dos entradas en la cara —, nos vamos a ver el partido, gentileza del mismísimo Luís Samprín. Tribuna principal.

—¿Pero qué partido? —pregunté, enfocando de nuevo la mirada a aquellos ojos que me volvían a cegar.

—¿Pero qué partido va a ser? Mañana juega el equipo del pueblo contra el todo poderoso de tu ciudad.

—¿Ah, es mañana?

—Claro, me extraña mucho que no te hayas topado con paisanos por el centro de la ciudad. Es todo un acontecimiento para nosotros.

—Ah, entonces es por eso... —dije con cierto abatimiento.

—¿El qué?

—El motivo por el que estás aquí. Has venido por el fútbol...

—No, he venido por ti.

Sonreímos. Nos quedamos un instante mirándonos fijamente a los ojos. Yo no sabía muy bien qué hacer. En los momentos clave, suelo ser bastante torpe, ya se habrán percatado ustedes de esta brillante capacidad mía. Elena se acercó un poco más a mí, y nos besamos, al fin. Sentí que volvía a la adolescencia, a aquella cena donde nos reunimos todos una noche de despedida. Noté sus dedos entrelazados con los míos, ocultos bajo la mesa. Ella pareció leer mi pensamiento, como siempre solía hacer.

—¿Sabes qué es lo curioso de todo esto? —dijo en un hilo de voz—. Tenías razón aquella noche. A pesar de tus actos, yo sí noté que nunca te fuiste. De mí, nunca lo hiciste, y mira que lo intentaste idiota.

Volvió a sonreír, volví a sonreír, y nos volvimos a besar. A veces, cuando creemos que no hay perdón posible, dos frases amables, aun conteniendo un reproche, acaban con años de rencor.

Al día siguiente, fuimos juntos al partido. Desde mi casa. Tranquilo, le he dicho al tío Miguel que lo más seguro es que no dormiría hoy en su casa. Vaya,

el tío Miguel, pensé. Tenía que haberle llamado al llegar, ¿lo recuerdan? Ahora ya era tarde.

Luís estaba en plena forma. Qué alegría verle de nuevo.

—¡Hombre colega! Aparta esa mano, dame un abrazo— y nos abrazamos.

Viendo el partido, le comenté a Elena la admiración que sentía hacia Luís, y cuando era pequeño e iba a escucharle narrar el fútbol mientras cerraba los ojos. Poco miramos el partido aquel día, interesados más en mirarnos el uno al otro que a veintidós desconocidos tras una pelota. Yo tampoco soy muy de fútbol, se lo he de reconocer, pero en esa situación mucho menos. No recuerdo muy bien cómo acabó el partido, creo que siete a cero, pero de aquel estadio fuimos los más felices al salir. Realmente, no me podía creer lo que me estaba pasando. No podía. Era, y soy, de reacciones lentas.

Ya en la calle, y tras andar un buen rato camino del restaurante donde cenaríamos, dejamos atrás el bullicio de la gente, los gritos y el sonido de miles de pisadas perfectamente compasadas. Caminábamos con los dedos de las manos entrelazados cuando me detuve de golpe en medio de la calle. Elena miraba a los lados ante una ciudad desconocida por entonces para ella. Nos miramos a los ojos de nuevo.

—Tenemos que hablar de muchas cosas, Elena.

—Sí, y lo haremos.

—No quiero separarme de ti nunca.

—No, y no lo harás.

Cenamos entre risas, poniéndonos al día de nuestras vidas, con una botella de vino como combustible. No entramos en detalles de sentimientos, eso lo dejamos para la intimidad. Además, Luís se uniría a nosotros en cualquier momento, y elegimos temas que se pudieran interrumpir sin dejar algo importante a medias. Su divorcio, lo hablamos refiriéndonos sólo a las fechas. Ya tendría tiempo de saber los motivos, como los que yo tuve para romper aquella relación seria que le había contado su madre que tuve y que se fue al garete.

—Pareja, ¿han dejado algo?

Fue Luís quien me puso definitivamente al tanto de todos los detalles de la gran familia, allá a lo lejos. Podríamos resumirlo con un "todo sigue igual". Esa gente no tiene por qué cambiar, dijo Luís en el momento de brindar.

—Y tú Pablo, no tardes en volver, que te queremos todos demasiado como para que no vuelvas a menudo —y volviendo a levantar su copa, mirándonos a ambos con una enorme sonrisa, añadió—: Por ustedes dos, ¡qué viva el amor!

La vida me sorprendió en calma. Todo era fácil. Muy fácil. Convivir con Elena era de esas cosas sumamente agradables. Enseguida recuperamos la complicidad de antaño. Ni un solo reproche más. Ni un ojalá ni un lamento. Tenemos que mirar el hoy, y si acaso el mañana, el ayer ya pasó y para el pasado mañana queda mucho. Ella siempre sabía decir las cosas con claridad y sensatez. Yo, sin poder remediarlo, me lamentaba al principio, muchas veces en voz alta, del tiempo perdido. De la oportunidad de estar juntos que, principalmente por mi culpa, habíamos dejado pasar.

—¿Y qué quieres hacer ahora, lamentarte por el pasado y perderte el presente?

—Tienes razón. No, no quiero perderme el presente —contestaba yo, admirando esa manera de ver las cosas tan clara de ella.

Pero de tanto en tanto, la relación estaba aliñada por alguna que otra discusión menor. Eso era lo que nos unía siempre cuando acababan. No volvió a casa del tío Miguel, ese al que debí llamar a mi llegada. Los primeros días de tenerla conmigo, no le pregunté por ello, temiendo que se acordara de él y se largara allí. No recuerdo muy bien cómo salió la conversación, el caso es que me confesó, riéndose, que había venido con la intención de pasar sólo una noche en casa de su tío, y el resto de su vida en la mía.

—Oye, muy segura estabas tú de que te iba a recibir con los brazos abiertos... —le dije sonriendo también.

—Claro que sí. Sabía que caerías rendidito al verme.

—Ya...

—¿Qué número?

Nos reíamos a menudo de nosotros mismos, con bromas que sólo nosotros entendíamos. Es la mejor forma de combatir los problemas. Casi siempre uno se entiende mejor a sí mismo, a través de una caricatura, que no deja de ser lo que somos todos, unos más que otros evidentemente.

Sobre el trabajo, no había problema. Cuando Elena se vino a vivir conmigo para siempre, ya había arreglado su traslado a las oficinas de mi ciudad.

—Ah, ¿tienen oficinas aquí también? —pregunté aliviado.

—Sí. ¿Te has quedado más tranquilo sabiendo que no vas a tener que mantenerme, eh?

Qué fácil resulta todo, cuando todo es fácil. Con ella todo lo era. Se incorporó a su nuevo destino a la semana de llegar. Justo el mismo día en el que llamaron al timbre de casa. Era el repartidor de una empresa de transportes.

Buenos días, ¿Pablo Losada? Sí, soy yo. Traemos un montón de cajas a su nombre. Y todas las cosas de Elena entraron en nuestro piso en cajas de cartón, perfectamente empaquetadas. Qué segura estaba de que se iba a quedar. Motivos para esa seguridad, tenía de sobra.

Pero el pasado no es algo que se deba ignorar. Hay que recordar, hablar y explicar. Somos lo que hacemos, y sobre todo el por qué lo hacemos. Elena no es de las que se esconden a la hora de dar explicaciones, y una noche, arropados por una buena botella de vino, me explicó su vida desde el momento en el que yo me fui del todo.

—Que como bien sabes, no fue cuando te fuiste a la universidad. Si no algo después, despegado de mierda.

No fue fácil para ella. De eso se dio cuenta todo el mundo, como bien me dijo Harry cuando vino a verme un día en mi época de estudiante. ¿Lo recuerdan? Mejor, porque no tengo ninguna intención de explicarles de nuevo esa parte de mi pasado. Podría haber elegido estudiar en mi misma universidad, pero eligió hacerlo en otra. A propósito, confesó.

—Quería empezar otra vida. Lejos de ti.

Lo consiguió a medias. Estudió como la que más, y no le costó en absoluto sacar la carrera en el tiempo mínimo. Poco a poco, la herida provocada por mi marcha, se fue cerrando, aunque de vez en cuando la cicatriz le escocía con el recuerdo.

—Nunca entenderé como pudiste irte sin dar una explicación...

—Ni yo tampoco Elena, ni yo tampoco...

—Bueno, supongo que el motivo era que eres gilipollas. Igual que ahora —y rió a pleno pulmón. Yo me quedé callado, pensado que le tocaba reír a ella a solas, pero enseguida me dijo—: Qué tonto eres, perdiendo el tiempo... —y acabé acompañándole en sus carcajadas.

Conoció a Carlos en clase. Estudiaban juntos, y aquel tipo con gafas de pasta y modales refinados, acabó prendándose de ella perdidamente. No le culpo. Ya les dije antes que cualquier persona con dos dedos de frente, le pediría la mano a mi Elena en la segunda cita. Ella no hizo caso a los intentos de acercamiento de él, hasta que un día, sí lo hizo. Me ahorró los detalles, cosa que agradecí. No hay nada más estúpido que un tonto con celos, y ella me permitió no caer en semejante desvergüenza. Conocerse, tratarse, quererse y casarse. Así funciona la gente normal. Eso fue lo que hicieron aquellos dos.

Si se había olvidado de mí del todo o no, no me lo dijo. Al menos no directamente. Pero a las pruebas me remito. Hay cosas que no hacen falta explicar para entenderlas. Y vaya, si hasta yo las entiendo, es que son extraordinariamente evidentes. Y lo eran. El momento de crisis que acabó por desencadenar en

divorcio, fue la voluntad del osado marido de tener un hijo. Aspiración por otro lado, del todo lícita. Fue en ese momento, cuando ella sintió que estaba haciendo algo que no debía. Siempre había soñado que tendría un hijo conmigo. Así lo dijo. Tal cual. A bocajarro. Y el hecho de que yo fuera un auténtico imbécil, no significaba que ella estuviera dispuesta a tenerlo con otro.

—No, no era sólo por ti Pablo, era mucho más. Era por los dos. Lo sentía por los dos.

A pesar de que ella sabía que lo que ansiaba era casi imposible, estar conmigo, alimentó con su negativa el germen que acabó con su matrimonio.

—Me di cuenta de que, a pesar de todo, o estaba contigo o con nadie. Ya ves, yo tampoco soy muy lista.

Así fue como los miembros de la pareja agrietada, entendieron que no iban a poder darse el uno al otro, todo aquello que necesitaban. Al poco tiempo, decidieron que el suyo había acabado y que no tenía sentido alargar lo que ya no existía. Se dieron espacio y libertad para comenzar de nuevo. Por separado. Llegó la separación y posteriormente el divorcio. En su momento no lo supe, como les dije antes, pero la época de máxima tensión entre ellos dos, coincidió con mi viaje en moto para verla. Sí, ya ven que ahora no me importa reconocer abiertamente, que el objetivo de aquel viaje era ése. Qué manía con negar lo evidente, y más ridículo aún es hacerlo con algo supuestamente bueno. Es increíble, y hasta cierto punto tonto, negar las cosas que se hacen de buena fe.

El caso es que fue todo una especie de coincidencia, pero que llegó seguramente en un momento no del todo bueno para nosotros. Al poco tiempo, Elena se enteró de que yo tenía una relación estable. Lamentó que eso fuera así, pero lo que no hizo fue pensar que se equivocó en lo de su matrimonio. Carlos no tenía la culpa de nada, no tenía porque convertirse en el otro, menos aún siendo el marido. Ya ven, sin quererlo le había hecho ser el añadido, el figurante en la historia de su propia mujer. Ella lo supo, lo entendió, y decidió que no debía hacerle daño al que había sido, hasta ese momento, su marido. Si no podía estar conmigo, era mejor que no estuviera con nadie. Pero esperen un momento, era César y no Carlos. Corríjanme ustedes si ven que me equivoco, que sino quedo como un tonto sin darme cuenta...

Por mi parte, le resumí mi historia brevemente. No hace falta que se la repita, pues es sobradamente conocida por todos. Profundicé en mis motivos, además de explicarle los hechos en sí. Después de mi viaje en moto, me dejé llevar, convencido de que lo nuestro estaba muerto. Que ya no habría más. Hasta que Susana, como saben, me propuso algo más. También influyó esa llamada a casa un día. Eso creo que no saben de que iba... Mi madre me dijo, como de refilón, que Marga le había dicho que Elena estaba buscando tener un hijo. No sé

muy bien de dónde lo sacó mi madre, o mejor dicho, de dónde lo sacó Marga. Desconozco si Elena se lo dijo, o si le dijo todo lo contrario, que no quería tener un hijo con César. El caso es que a mí, eso me puso triste. Imaginarla teniendo un hijo con otro, me pareció una especie de tortura. Precisamente pensar eso, en que sentía algo de envidia hacia el marido, muchos celos, un poco de odio, y otro tanto de pena, una colección de malos sentimientos al fin y al cabo, me hizo entender que no tenía lo que quería y, además, no estaba siendo justo con Susana. Todo esto le contaba a Elena, ese día en el que ella me contaba el naufragio de su matrimonio. Es curioso, pero hablando con ella, de verdad y sin cortapisas, indagué mucho más en mí mismo, para entenderme y conocerme más. Qué bueno tener a quien abrir el alma.

—¿Sabes? Creo que me pasó algo parecido a ti.

—¿Qué?

—Pues eso, fue enfrentarme a tener algo mucho más serio, y saber que la persona con la que quería hacerlo no era ella.

—¿Y quién es entonces la elegida? Pobre desgraciada... —dijo sonriendo.

—Una boba que conocí en mi pueblo.

Contar el pasado nos hace entender las claves del comportamiento propio y ajeno. Eso sí, entre dos personas que se aman, debe hacerse sin juzgar y por lo tanto, sin condenar. Respetar y, si se puede, entender a la otra parte. Ninguno de los dos nos reprochamos el hecho de haber tenido otra pareja. Si bien es cierto que ella fue más lejos que yo casándose, no nos echamos en cara en ningún momento eso de haber buscado el amor y el cariño en terceras personas. Seguramente, eso habría sido un problema para comenzar a reconstruir lo nuestro. Llegados a este punto, no estábamos dispuestos a poner nada de nuestra parte que pudiera estropear lo que tanto habíamos ansiado tener.

41

No tardamos en adaptarnos a la rutina de estar juntos. Lo cual no quería decir que no apreciáramos el enorme placer de tenernos el uno al otro. Las llamadas a casa se hicieron aún más frecuentes. O llamaba yo a la mía, o ella a la suya. Daba igual. En cualquiera de las dos, o bien su madre o bien la mía, nos ponían al tanto de todo, y nos mostraban su felicidad al saber que estábamos juntos de nuevo. Qué curiosa es la vida a veces, caprichosa casi siempre. Yo soy de reacciones lentas, posiblemente ya se hayan dado cuenta hace rato. Lamento no darme cuenta de lo que me hace feliz, hasta que lo vivo, no cuando lo pierdo. Mi vida hasta ese

momento, había sido una especie de correr lento hacia ninguna parte. Escapando. Pero ahora, junto a ella, se podía decir que era todo lo feliz que puede ser una persona. Lo tenía todo. Y ella, como me insistía en reconocer a cada momento, era más feliz que yo. Qué bueno decirse siempre lo mucho que se quiere. Las palabras muchas veces lo ensucian todo, pero otras veces le dan color y calor a la vida. No hay que escatimar en palabras amables, que no por sabidas son menos agradables de sentir. Mi ejemplo en ese tiempo era Fermín. Recordaba como sorprendía a mi madre casi a diario, con algún detallito, algo que le hiciera saber que él pensaba en ella. Aunque vivieran separados. Fermín, el bueno de Fermín, se había convertido en el mejor modelo para mí.

Volvimos al pueblo varias veces, juntos, y esas visitas fueron muy especiales para todos. Las primeras veces, nos separábamos al llegar. Yo a mi casa, ella a la suya. María, ¡cuánto había crecido mi hermana!, era la que más feliz parecía hacerle el hecho de que Elena y yo estuviéramos juntos. Es perfecta para ti Pablo, solía decirme sin cesar aquellos días.

—Lo malo, es que ahora ya no tendrás sitio para mí si voy a visitarte...

—¿Cómo qué no? Tengo trastero.

Nos visitó un par de veces. Y no, no durmió en el trastero. ¿Me creen capaz? Vale, no he preguntado nada.

Llevábamos casi un año juntos, cuando un día llegué a casa y me encontré un paquete a mi nombre sobre la mesa del comedor.

—¿Y esto? —pregunté, mirando con detenimiento el paquete sin sellos. Sólo mi nombre escrito en él.

—Ah, eso, me lo ha dado mi tío, estuvo la semana pasada en el pueblo, y se lo dieron para ti.

Elena se fue a la cocina, cogí el paquete y me senté en el sofá para abrirlo. En un fabuloso estuche, había una no menos fabulosa botella de vino. Caray menuda joya, pensé. Al sacar la botella para poder admirarla bien, se cayó un papel doblado al suelo. Al abrirlo, no pude más que sonreír al leer:

*"Retiro lo de cobarde. Aunque la valiente es Elena.
Os quiero, Harry"*

Qué grande este Harry. Siempre un detalle...

—¡Cariño, trae dos copas, vamos a brindar!

—¿Y por quién? —contestó asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—Por Harry, mira que botella nos ha mandado. La abrimos ahora mismo, hay que ser fieles a su estilo.

Entonces, Elena vino al comedor con el sacacorchos y una copa.

—Aquí tienes tu copa.

—Pero, ¿y la tuya?

—Yo no puedo —dijo sonriendo más que nunca.

—¿Por?

—En mi estado, no puedo beber alcohol.

Así fue como me anunció que Lidia, nuestra hija mayor, estaba de camino. La emoción que sentimos en ese momento, es sencillamente indescriptible. Lo siento, sé que por mucho que se lo cuente, no podría llegar a transmitirles todos los sentimientos que nos embargaron tanto a mí como a ella en ese momento. Y en los días y semanas posteriores. Aunque ahora que me hacen recordar, me doy cuenta de que esa emoción, todavía hoy, después de que naciera nuestro segundo hijo, sigue muy presente en nosotros.

Pero esa primera vez... Quizá sea injusto decirlo, a buen seguro que más de uno, o de dos, de ustedes no fue el primer hijo de sus padres. No se preocupen, si son padres ya sabrán que el amor es infinito. Y entre hijos, no se reparte, se multiplica. Pero esa primera vez es algo especial. Iba a ser padre. Yo, que no tuve. Qué paradojas tiene la vida. Me vinieron a la mente muchas cosas. Alguna vez hablé con amigos sobre el hecho de ser padre, y siempre me decían, de una manera más o menos directa, que su aspiración era fundamentalmente, llegar a ser mejor padre con sus hijos, de lo que lo fue el suyo con ellos. Darles una vida mejor. Yo no iba a poder hacer eso. Aunque me di cuenta de que en realidad, iba a hacer precisamente eso. Yo, al menos, iba a estar, no hay nada mejor para un hijo.

Después de esperar el correspondiente tiempo prudencial, comunicamos la buena noticia a toda la familia. Que era mucha, y estaba lejos. Lo primero que solían preguntar todos, tras la felicitación sincera, era para cuándo la boda. De esa insistencia ajena, nació la pregunta propia.

—¿La boda para cuándo, eh? —le repetía a Elena en broma.

—Cuando madures.

No nos preocupamos en absoluto de eso. Era un papel, y si algo habíamos aprendido durante nuestras vidas, era que las promesas no se tienen por qué cumplir, ni muchos menos por el insignificante aval de una escueta firma en un papel. Lo dejamos para más adelante, que acabó siendo mucho más adelante.

Al nacer nuestra hija, nos dimos cuenta, más que nunca, de la distancia que nos separaba de los nuestros. Tanto mi madre como Marga, junto a Fermín y Enrique, pasaron una semana larga junto a nosotros. Pero luego, inevitablemente, tuvieron que regresar. No lo hablamos, ninguno de los dos le dijo al otro lo que pensaba, pero en ese momento, en una especie de promesa muda, nos propusimos regresar. Juntos.

Ser padre le llena a uno de tanta alegría como de responsabilidad. Mi propia familia. Más íntima. Más mía. Más unido a Elena. Por momentos creía enloquecer de felicidad, ¿será esto madurar?, me preguntaba a solas. Maduro o no, era feliz. Y lo sigo siendo.

42

La calle tiene el pavimento empedrado, como casi todas las del pueblo. No puede decirse que sea estrecha, porque realmente no lo es, al menos, no de las más estrechas del lugar. Al final de la misma, entrando desde la calle principal, la que atraviesa el pueblo y su río, en sentido contrario al que toman todos los peregrinos, llega uno a una especie de plaza, pequeña, junto al mencionado río. Son pocos los días en los que se puede tomar un baño, pero cuando llegan esas semanas estivales, el chapuzón es sencillamente delicioso. Nuestra casa está en esta calle. Junto a un par de bodegas de otra época y de un supermercado, que tiene poco de súper y algo de mercado. Este es mi pueblo preferido de siempre. Con encanto y muy bien cuidado. Además, como ya se me ha escapado antes, lugar de paso de peregrinos, con lo cual, todas las mañanas son diferentes en ese pasar tranquilo, a pie o bicicleta, de gentes de todos los tipos y orígenes. Como lo hicieron en su día, ¿hace cuánto ya?, Christine y Harry en aquel viaje caminando, para tomar la temperatura a su nuevo hogar. Por cierto, hablando de esos dos, les comento que hace años que podrían haber vuelto a su país, pero decidieron sin pensarlo quedarse, y por aquí siguen.

A este maravilloso pueblo nos habíamos venido a vivir Elena, Lidia y yo. Dejando atrás la ciudad que tanto nos gustaba y que nos había unido tiempo atrás. Nos hubiéramos unido igual, eso lo sé, pero no dejaba de ser la ciudad donde nos habíamos reencontrado y donde había nacido nuestra primera hija. Hemos regresado un par de veces más hasta la fecha, pero ya como simples turistas admirando los cambios de la gran ciudad.

—Mañana me va a ir muy justo poder llevar a Lidia a la escuela. Tengo que estar muy temprano en el despacho.

—No hay problema, la llevo yo y entro algo más tarde —contesté a Elena, sentado cómodamente en el sofá del salón—. No se me acaba de ir el dolor de cabeza.

—Deberías ir al médico.

—Sí, será lo mejor. A ver si resulta que el embarazado voy a ser yo...

Elena sonrió. Era extraño que no hubiera bromas en todas nuestras conversaciones. Eso era lo que nos mantenía siempre con la chispa encendida.

Reírnos. De todo. Premio para el que haya deducido que mi Elena estaba embarazada. Sí, de cuatro meses para ser exactos. Hacía unos tres años que habíamos vuelto a nuestro sitio. A pocos kilómetros de nuestra ciudad. A un pueblo más pequeño, pero más bonito. Más tranquilo. Y como la felicidad verdadera no parece tener límites, ésta llegó acompañada de un nuevo embarazo. Cuando los dos estábamos totalmente estabilizados, a nivel laboral. Qué gracia, de nuevo pensando que la estabilidad nos la da el trabajo. Los hay que no aprenden que la vida es otra cosa.

Yo trabajaba en la misma emisora de siempre. Me costó un poco que aceptaran el cambio de destino, pero según palabras de mi director general: "no vamos a dejar que acabe usted en la competencia". Le había quedado grabada en la cabeza aquella sentencia de Harry a mi queridísimo director. Un buen tipo, sin duda. No crean que a nivel profesional, venirme a una emisora de provincias fue un retroceso. Todo lo contrario. Yo era el que venía de un sitio enorme, al que se le suponían infinidad de recursos, y enseguida me cayeron sobre las espaldas responsabilidades que mi supuesta experiencia demandaba. Yo acepté encantado ese cambio de rol. ¿Se acuerdan qué les comenté que acabaría presentado un programa propio? Pues sí, será aquí.

A Elena le costó más encontrar trabajo. Tuvo que pedir la baja definitiva de su anterior trabajo, aquí no tenían sucursal. Acabó trabajando en la empresa de Harry. Muy a regañadientes. Aunque, en teoría, Harry no había intervenido en su proceso de selección.

—No quiero ser una enchufada.

—Por lo que sé de Harry a nivel laboral, te aseguro que no lo serás.

Y no lo fue. Nunca notó ningún trato de favor. Harry era implacable cuando trabajaba. No hubiera distinguido a su jodida madre de tenerla a nómina. Vaya, se me pegó su forma de hablar. Jodido Harry...

Tanto mi madre como Fermín y María, estaban radiantes de felicidad al tenernos cerca. No eran pocas las veces que mi madre cuidaba de Lidia, incluso en días en los que no era necesario, si es que puede decirse que no exista siempre la necesidad de que una abuela vea a su nieta. Marga hacía exactamente lo mismo que mi madre, y la mayoría de veces, a la vez. La noticia del segundo embarazo de Elena, fue recibida con alboroto y escándalo una tarde en el *Café con Letras*. Esta gente no cambia, y todo lo hacen con ruido, mucho ruido. Aún recuerdo las lágrimas de Fermín cuando supo que mi segundo hijo llevaría su nombre. No caí en sentimentalismos de explicarle el motivo. Simplemente nos miramos y nos abrazamos. Sinceramente, no sé si Fermín, el bueno de Fermín, se abalanzó hacia el abrazo para evitar que le viera llorar o no. Pero el caso es que le vi, y lo mejor fue que le noté pegado a mí. En un abrazo que bien habría podido durar dos años,

con mi madre como emocionada espectadora, con Elena tras ella sonriente. Los detalles quizá sean lo de menos, algo que puede pasar desapercibido, pero muchos de ellos, sí son importantes. Y elegir el nombre de un hijo, ese nombre, lo era.

El dolor de cabeza que han presenciado antes, empezó a ser cada vez más insoportable. No, no fui al médico al instante. No soy un hipocondríaco que se cree que todas las enfermedades le atacan. Ya se pasará, me dije. Pero no, no se pasó. Además, de tanto en tanto, le acompañaban unas nauseas del todo inesperadas. Será algo que he comido en mal estado, le decía a Elena. Pero a la semana de los dolores, la teoría de la conspiración alimenticia perdía fuerza. Hasta que por insistencia de ella, acabé por ir al médico.

—Nada, nada, no se preocupe, hay una pasa de gastroenteritis. Parece que usted la ha cogido fuerte. Tómese esto cada ocho horas, y si no se encuentra mejor en un par de días, vuelva usted por aquí.

Dudo mucho que estos médicos de cabecera tengan otro diagnóstico cuando uno va a su consulta. Pero aquel tipo, enfundado en su bata blanca con manchas de tinta de bolígrafo, lo decía con tal seguridad, que me calmó.

Al sexto día de haber pasado por su consulta, volví, aquejado de dolores aún mayores.

—Vaya, pues le voy a derivar al hospital central, tendrán que examinarle a usted de forma más exhaustiva.

Y vaya si me examinaron...

43

Al principio el nombre me resultó vagamente conocido. De algo me sonaba, pero no sabía muy de qué. Hice precisamente lo que me recomendaron que no hiciera, al menos no hasta tener la certeza de que ese síndrome también me afectaba a mí: buscar en internet. Y de repente, me acordé. Leí que la cosa era hereditaria, y fue ahí cuando caí y me vino el recuerdo.

—Bueno, al menos le hemos dado un posible nombre —me resultó sorprendente, y hasta cierto punto esperanzador, el optimismo de este otro doctor. Supongo que todos vamos al médico como quien va a la horca, o algo peor tipo hacienda, pero cuando uno está resignado, debe confiar en ellos. Entiéndase resignado, a estar bien jodido.

La posibilidad de padecer la misma enfermedad que acabó con mi padre, me hundió. En esos momentos me vinieron muchas cosas a la cabeza. La primera, o de las primeras, fue pensar que no iba a poder cumplir mi promesa de superar a

mi padre respecto a ser mejor que él. Para eso, sólo debía estar, y se me presentaba la posibilidad de no poder hacerlo. Y no sólo con Lidia, a la que al menos había visto crecer unos años, sino no tener ni la posibilidad de ver nacer a Fermín. Es duro, muy duro, tener que enfrentarse a todo esto. También pensé en mi madre, que había sacrificado su vida por mí, para acabar de esta manera. Todo para este final de miseria.

En esos días de pruebas en el hospital, me volví a acordar de mi padre. En sentido un poco figurado, evidentemente. ¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en él? Creo que mucho, demasiado. Pensar en él, siempre era evocar algo muy negativo. Una tremenda frustración. Una herida que nunca podrá cerrarse, porque no tiene cura. Pero aun y así, durante mucho tiempo, sí lo hice. Pero había dejado de hacerlo. En cierta manera, lo había sustituido por Fermín. Sin buscarlo ninguno de los dos, pero sin querer negarlo, habíamos establecido ese vínculo de padre-hijo. Por cariño, por roce. Voluntariamente. Pero ahora que aquel señor vestido de charcutero, perdonenme el calificativo, me había dado un motivo a mis constantes dolores de cabeza y náuseas, me sentí unido a mi padre, el de verdad, y a su mismo destino. En ese momento, me di cuenta de que seguramente lo que sentía yo, un miedo frío, era lo mismo que sintió él, casi cuarenta años atrás...

Mi madre de todo aquello me contó poco, pero sí lo suficiente para que yo me hiciera una idea de cómo reaccionó mi padre ante la noticia de su enfermedad. Ella no me lo dijo de esa manera, pero yo sí pensé que fue un cobarde. Debería haber afrontado la situación desde el principio con coraje, y en ningún caso negar la evidencia. Mucho menos a mi madre, a la que supuestamente quería. Su manera de hacer las cosas, me di cuenta también en ese momento, se parecía mucho a la mía. ¿Se habían dado cuenta también ustedes verdad? Qué diferentes se ven los toros detrás de la barrera...

Pero al menos en esto, a mí no me pasó lo mismo: yo sí actué con firmeza y valentía. Tenía a Elena pegada a mí. No te preocupes que no será nada, me dijo con tanta seguridad, que la creí. A pies puntillas. Eso fue justo antes de que me ingresaran en el hospital para iniciar las pruebas.

—Será lo normal en estos casos. Te tienen que hacer varias y les resultará más cómodo tenerte aquí.

A mí, de entrada, me sorprendió que me ingresaran tan pronto, pero a ella todo le resultaba normal. A petición mía, hicimos auténticos malabarismos con nuestros horarios, en realidad con los de ella y el de algunos amigos, para poder llevar y recoger a Lidia del colegio, y que nuestras familias vivieran ajenas a mi encierro forzado.

—Prefiero no decirles nada hasta que sepamos seguro que me pasa —no le pareció buena idea, pero prefirió no llevarme la contraria. Tampoco íbamos a

esperar mucho para anunciarlo.

Después de pensar mucho en la idea de dejar huérfanos a mis hijos, al pequeño sin verlo nacer siquiera, pensé mucho en Elena. Yo no iba a hacer como mi padre, y hacer como si nada. No, no creo que sea como él. Yo afronto los problemas a la cara. No soy un cobarde que vive de espaldas a la realidad, cuando sabe que le quedan cuatro telediarios. Soy de los que no se arrugan y no engañan a la gente, mucho menos a la que amo. Como Harry, o más. Pero es que además, en ese momento no tuve otra posibilidad. De haberla tenido, creo que hubiera escurrido el bulto como él, no les voy a engañar. Pero no podía. Bueno, puede que sí sea un poco como él.

—Me preocupa mucho dejarte sola. Esto puede ir mal.

—Calla cenizo, no te adelantes pensando en lo peor...

Pero lo pensaba. Vaya sí lo pensaba. Incluso un día, cuando llevaba ya cinco días de cautiverio hospitalario, le propuse casarnos antes de morir para que, al menos, le quedara una paga o lo que fuera.

—¡Oh, es lo más romántico que me has dicho en años! —y aunque parecía que lo decía en nuestro habitual tono de broma, burlándose de mí, afloraron en sus ojos lágrimas de pena y miedo. Ese día nos abrazamos y lloramos juntos, por fin.

—No me dejes Pablo, no me dejes por favor...

Creo que ese fue uno de los momentos más duros de mi vida. Les diría que trataran de imaginar como me sentía yo en ese momento, pero prefiero que no lo hagan. Me desesperé profundamente, al no saber si iba a poder cumplir la promesa que le acababa de hacer a la mujer de mi vida. Mis labios no se despegaron cuando le prometí que todo iba a ir bien. No dije que lo mejor estaba por venir, que esto no podía acabar así, de repente. No le dije nada en un discurso que resultó ser rotundo: no me iba a morir, no le iba a dejar sola. Pero claro, luego a uno le sobreviene la duda, el miedo. ¿Es de cobardes sentirlo? Pues qué quieren que les diga, yo lo sentí, júzguenme ustedes si quieren. Yo no lo voy a hacer.

Entonces decidí irme. Largarme. Avanzarme. Ser yo quien eligiera el momento. Acabar con todo. En cuanto me permitieron salir de esa sala de experimentos, me propuse acabar yo solo el trabajo. Con el diagnóstico confirmado bajo el brazo, tomé la decisión. Correcta o no, fue la mía. Me fui. Sólo quería volar.

Pero como les decía antes, no se queden con esta parte triste. Lástima que el final sea así. Pero es lo que hay. Quédense mejor con el recuerdo de vernos a Elena y a mí felices, paseando con los dedos de las manos entrelazados, sin prisa, observando a nuestra Lidia correr unos metros por delante. Quédense con

la visión de mi Elena con el pelo revuelto por el viento de una tarde de otoño, sonriendo a la vida, feliz. Piensen en nosotros mirándonos a los ojos frente a la puerta del *Café con Letras*. Quédense con la imagen de vernos besándonos a solas en casa, la pequeña acostada y nosotros charlando hasta las tantas junto al calor de una buena botella de vino. Quédense con eso, porque todo lo que sigue, es demasiado tormentoso como para pensar en ello. Mejor no lo hagan...

EPÍLOGO

Perdonen ustedes. Me quedé un momento pensado en el pasado. Tengo la sensación de haber recordado toda mi vida, incluso la de mis padres... Les decía lo mucho que puede cambiar la vida en una semana. Pues ahora lo van a saber: una semana entera en el hospital haciéndome pruebas para confirmar lo peor. Pero permítanme que antes de continuar, baje de esta azotea. No me pregunten por qué, pero creo que al menos hoy, no voy a probar eso de volar. Sí, esta era mi idea de

acabar con todo. De tomar yo el mando. Es horrible el frío que hace esta noche, ¿dónde habré dejado la chaqueta?

—La tienes aquí dentro, ¿vienes o te la acerco? —tengo a un anciano delante de lo más particular. Como sacado de otra época. Y de otro lugar.

—¿Quién diablos es usted?

—Eso no importa joven, simplemente te decía que tu chaqueta está ahí dentro, en el vestíbulo. ¿Qué, no saltas?

—¿Pero cómo sabe que pensaba en mi chaqueta? Y...

No sigo hablando más tiempo con este viejo. Menuda rabia me da que ni siquiera en este momento, que estaba a punto de ser el último, no pueda estar solo. Y lo peor, al entrar en el vestíbulo que da acceso a la azotea de este hotel, si saben cuál es les agradecería que me lo dijeran, veo que hay otra persona sentada en uno de los sofás que hay a la derecha. Genial, iba a tener público. Pues se quedaron sin función.

—¿A qué vienen tantas prisas, Pablo? —el viejo me habla a mis espaldas.

—Pero oiga, ¿cómo sabe mi nombre?

—Eso no importa. Hemos venido a hablar contigo. Serán solo unos minutos.

—¿Pero quiénes son ustedes, me largo!

—Eso que ibas a hacer, era una estupidez. ¿Lo sabes verdad? Acabarás muerto tarde o temprano de todas formas, créeme, sé lo que digo, ¿por qué adelantarse?

—Claro sí, adiós...

—Esa enfermedad tuya... Tienes que luchar, no tires la toalla, y hazlo ya. Piensa en tu familia y...

—Oiga, ¿de qué va todo esto?

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? Deja de hacerte preguntas estúpidas sobre quién soy o quién dejo de ser. Sólo escúchame. Eso que tienes, sí, es grave, pero lucha. No te abandones, que todo ha avanzado mucho. Y apóyate en los tuyos.

—Pero...

—¿Sabes una cosa? Caray, en la época en la que me tocó a mí vivir, esas cosas no se hacían de esa manera... ¡No te juzgo, eh! No me mal interpretes, que sé que tienes el mismo carácter que tu padre.

—¿Mi padre?

—Sólo te digo que llames a esa mujer con la que tendrías que estar casado ya... Perdona, no quise decir eso... En fin, confía en ella. Y en tu madre.

—Pero...

—Llámales, déjate ayudar y se valiente. Entre tú y yo, no te va a pasar nada, lo superarás. No es tu momento. Y no vayas por ahí diciendo que te he dicho esto, bastantes problemas vamos a tener ya por haber venido a hablarte.

—¿Pero de qué habla?

—Nada, nada. Hazme caso en eso que te digo. Y espera que ahora será él quien te diga algo.

El puñetero viejo se aleja con paso lento hacia el sillón del fondo. El otro tipo parece discutir con él. Como si no quisiera levantarse. De verdad, no sé que harían ustedes en mi situación, pero empiezo a tener curiosidad por este par de extraños personajes que se han colado justo ahora. Bien, parece que se decide a venir a decirme algo. Moreno, de mi estatura, me recuerda a alguien, pero no sabría decirles. La situación es un tanto surrealista, pero de repente me siento tranquilo...

—Hola. Perdona si mi abuelo ha estado brusco, es de pueblo y muy directo al hablar...

—Hola. Nada, me gusta la gente directa. ¿Pero quiénes sois?

—Eso no importa. Únicamente quiero decirte que luches. Yo no lo hice a tiempo, pero tú si podrás hacerlo.

—¿Cómo dices?

—Se fuerte, Pablo. Todo irá bien. Siempre he estado a tu lado.

—¿Qué?

—Las preguntas no importan. No hay respuestas. Te he traído una cosa —me entrega un sobre—, las leía todas. Gracias.

—No entiendo...

—Ni falta que hace —me quedo mirando el sobre—. Dile a tu madre que estoy orgulloso de ella.

—¿Quién eres?

Al levantar la cabeza de nuevo, el tipo ya no está. Miro a derecha e izquierda, pero no hay nadie. ¿Dónde está el viejo? Han desaparecido sin más los dos. ¿Ustedes les han visto cómo yo verdad? ¿Me estaré volviendo loco ahora que todo llega a su fin? Es lo que me faltaba ahora.

Suspiro profundamente. No sé de qué va todo esto. Abro el sobre y me dispongo a leer. La letra me es conocida, si no fuera del todo imposible, diría que es la de mi madre.

"Querido papá:

Hoy cumpla cinco años. Mamá me ha hecho una fiesta genial. Me porto muy bien, con ella y con el abuelo. Me gusta ir a la escuela. Voy a estudiar medicina para ayudar a la gente. Me gustaría que estuvieras aquí. Y haber estado

contigo cuando tenías el bicho dentro para matarlo. Ahora estarías con nosotros.

Te quiero. Te echo de menos.

Pablo”

Perdónenme de nuevo, ahora por llorar... La carta que acabo de leer, es la que yo... Ya no me extraña nada esta noche, ni siquiera el hecho de que la carta que les acabo de leer se haya convertido en cenizas en mis manos...

Definitivamente me estoy volviendo loco. Pero ese viejo y el otro, maldita sea, creo que tienen razón. ¿Dónde tengo el teléfono? Aquí, vamos a ver...

—¿Elena? Hola soy yo.

—¡Pablo! ¿Estás bien?

—Estoy bien tranquila.

—Me tenías muy preocupada...

—Sí, lo sé. Perdóname lo de esta tarde. No debí irme así.

—Tienes que volver al hospital, por favor.

—Sí, mañana por la mañana ingreso de nuevo. Ahora voy a casa y hablamos. Te quiero.

Sé que no son horas y que además está fuera, pero hay cosas que es mejor no postergar. De nuevo marco un número.

—Hola mamá, soy Pablo.

—...

—Sí, sé que es tarde. Pero tengo algo importante que decirte. ¿Te acuerdas de la enfermedad que mató a mi padre?

—...

—Pues... no te asustes, pero ayer me la diagnosticaron a mí —oír las lágrimas de mi madre al otro lado, me trae las propias, y sigo entre sollozos—, no te preocupes mamá, sé que todo va a ir bien... todo va a ir bien...